

Se ofrece
Musa
a tiempo
parcial

2^º EDICIÓN

LORRAINE
COCOÓ

Lectulandia



*A mis musos y musas. Siempre conmigo, compartiendo mis sueños,
mis pasiones, mis latidos, mis impulsos, mis locuras y desvelos.*

Agradecimientos

Mientras escribía esta historia me pregunté en varias ocasiones si sería capaz de transmitir lo importante que es para mí la figura de la musa, y, después, mi mente curiosa, dio una vuelta más con una nueva incógnita: ¿qué pensarán algunos de mis compañeros y autores más admirados sobre este ente fantástico? Y no lo dudé: escribí a cada uno de ellos pidiéndoles que me hicieran cómplice de la relación con su musa.

Decir que me siento increíblemente honrada por su dispuesta y efusiva colaboración, es quedarse muy parca. Y por eso, solo tengo infinitas palabras de agradecimiento para ellos: Yolanda Revuelta, Megan Maxwell, Olivia Ardey, Lola P. Nieva, Olga Salar, Regina Román, José de la Rosa, Lydia Leyte Coello, Mar Fernández, Isabel Keats, Javier Romero, Laura Nuño, Azahara Vega, María Martínez, Josephine Lys, Carla crespo, y Gema Samaro. ¡¡¡MIL GRACIAS!!!

Nota de la autora

“Es mi opinión que, para conservar a una Musa, primero hay que ofrecerle comida. Cómo se alimenta algo que todavía no está ahí es un poco difícil de explicar. Pero vivimos en un clima de paradojas. Una más no debería hacernos daño.”

Ray Bradbury

Este es un libro muy especial para mí por muchos motivos, y el primero y más importante es el de permitirme hacer un homenaje a una figura, en mi vida, imprescindible, pues no imagino un trabajo como el mío sin ella: mi musa. Tan real como mi sombra o el aire que respiro. De hecho, en muchas ocasiones, amigas y compañeras de profesión me han oído decir en mitad del proceso de creación: “Este capítulo lo ha escrito entero ella”.

Y es así. Tantas veces frente al papel he sentido la necesidad de dejarme llevar, sentirme poseída por este ente fascinante y ser consciente nada más que del golpeteo incesante de mis dedos sobre las teclas de mi ordenador. Sin pensar, sin razonar, sin seguir una idea, solo sintiendo y dejándome llevar por los susurros de mi figura mágica. Cuando varias horas más tarde levanto la cabeza de la pantalla y leo lo que he escrito, no soy capaz de entender de dónde han salido todas esas situaciones, sentimientos y momentos que a partir de ese momento van a ser inolvidables para mí. Y es por ella, solo por ella, que guía mis dedos sobre las teclas hechizándome el alma, alentándome a soñar y permitiéndome vivir mil vidas en una, que os ofrezco esta historia, que espero también hechice vuestros corazones.

CAPÍTULO 1

“La mujer musa es la de carne y hueso.”

Rubén Darío

“Se ofrece musa a tiempo parcial”, leyó en voz alta William el anuncio en el periódico, y en sus labios se dibujó una mueca al tiempo que exhalaba un resoplido.

De entre todos los anuncios grotescos y extravagantes que había en el periódico, aquel, impreso con letra cursiva rodeada por una guirnalda de flores y corazones llamó su atención sobre el resto. Pero el hecho de creer que un trabajo como el suyo dependía de la intervención o influencia de una supuesta musa, más que del trabajo empírico, la profunda investigación del tema y el desarrollo de un exhaustivo plan, era algo totalmente estúpido. Ciertamente en una profesión como la suya, la de escritor, siempre se había hablado del personaje fantástico de “la musa”, pero pensar que verdaderamente una obra literaria pudiese salir de los susurros de un ente como aquel, era algo totalmente descabellado. Y su desazón no llegaba a cotas de desesperación tal, como para siquiera plantearse semejante posibilidad.

La gente estaba decididamente loca en aquella ciudad. “¡Y luego dicen de los neoyorkinos!”, pensó cabeceando. Esa chica se ofrecía como musa, ¿se podía ser más ridícula? ¿Podía alguien creer una majadería como esa? Volvió a doblar el periódico por la página y lo dejó sobre la encimera de la cocina. Dio otro sorbo a su humeante y fuerte café de la mañana y bajó un par de peldaños, los que separaban dicha zona de la de su amplio salón. Se acercó hasta su enorme escritorio de madera de ébano, prácticamente cubierto por pilas de folios, archivos, documentación, fotografías y su imprescindible iMac. Aparentemente, todo cuanto necesitaba para escribir su próxima novela. Pero no era así. Llevaba con ese proyecto cerca de un año. Un agónico y estresante año, pero todo lo que había conseguido eran cerca de cuatrocientas páginas de bazofia; asquerosa bazofia sin sentido que no servía ni para encender la chimenea.

No se sentó tras el escritorio. Solo se dedicó a dar vueltas en torno a él,

mirando todo cuanto lo cubría como si fuesen bombas a punto de explotar. Y de alguna manera, así era. Pues de no encontrar una solución pronto a su problema, las cosas iban a ponerse muy feas para él.

Hacía casi dos años desde que consiguió su primer y gran éxito como escritor. Indudablemente, ganar un premio Anthony lo había catapultado a la cumbre. Fue *bestseller* durante meses y había llegado a vislumbrar el futuro brillante que le esperaba como escritor. Las firmas, presentaciones, eventos y entrevistas comenzaron a sucederse durante el siguiente año, sin dejarle tiempo para más. No se quejaba, le había encantado sumergirse en la vorágine de la promoción. Pero toda aquella atención mediática pronto le agenció el título de “La gran promesa del suspense policial”. Las expectativas sobre lo que sería su próxima publicación crecieron al tiempo que su popularidad, cuando su siguiente libro no era ni un proyecto. Y cuanto mayores eran dichas expectativas, más bloqueado se sentía él. Pero el sueño, esa carrera meteórica, solo se afianzaría si conseguía que su segundo libro llegase a impresionar tanto como el primero. De lo contrario, terminaría siendo uno más en la lista de talentos fugaces en ese competitivo mundo.

Tenía que centrarse en el libro. Apenas contaba con tres meses para poder hacerlo. Un gran problema, teniendo en cuenta que en escribir su primera obra tardó casi un año y que prácticamente ya se había gastado casi todo el cuantioso anticipo que había recibido de la editorial al firmar el contrato de la publicación. Para colmo, en su cabeza, todas las ideas que paseaban seguían sin parecerle lo suficientemente buenas.

Resopló con frustración y recordó el anuncio del periódico. “Si las cosas fuesen tan sencillas como llamar a una musa...”. Tras ese pensamiento puso los ojos inmediatamente en blanco. No solo había que estar desesperado, sino ser un auténtico majadero para cometer tal estupidez. Su gesto, esta vez cansado, volvió a dibujar una mueca en su rostro que acentuaba el entrecejo fruncido que se había agenciado los últimos meses, desde que su angustia se había hecho más acusada, y volvió a pensar en quemar aquellas cuatrocientas páginas. No había querido mostrárselas ni a su agente, Gina. Y llevaba tanto tiempo dándole largas que ya no sabía qué más podía decirle para justificar no haberle enviado al menos los primeros capítulos del libro.

Dio un trago a su café y definitivamente se sentó tras el escritorio, pero nada más dejarse caer en su elegante sillón de cuero el aire se volvió espeso y le costó respirar. Se levantó del asiento con tanta rapidez que se tiró el café encima de la

camiseta blanca, quemándose el pecho.

—¡Joder! ¿Hay peor forma de empezar el día, William? —se preguntó en voz alta, mientras se miraba completamente manchado. Había caído café sobre su ropa, el suelo, el escritorio y...—. ¡Mierda! —También sobre los folios de bazofia que había sobre él. Cierto que no valían para nada, pero era lo único que tenía. Y si se veía obligado a dar algo que leer a Gina, tendría que salir de ahí.

Se acercó a la cocina a por trapos para limpiar el desastre mientras se sacaba la camiseta por la cabeza cuando el teléfono de casa comenzó a sonar. Fue hasta el aparato y reconoció el número en la pantalla: era Gina, su agente que, como siempre, parecía leerle la mente y decidir llamarlo en el peor momento. No estaba de ánimo para comenzar una discusión que con total seguridad terminaría perdiendo. Gina, además de su agente, era su exnovia. Habían estado juntos casi tres años, la relación más larga que había tenido, y eso le había proporcionado un máster sobre cómo sacarlo de quicio. Esa había sido una de las razones por las que acordaron romper hacía un año. Se apreciaban y respetaban mutuamente, pero eran totalmente incompatibles. A ella le gustaba intentar manipularlo y a él le agotaba ese juego. Ella había querido diseñar su vida y relación a su capricho y él no había estado dispuesto a perder su voz e independencia. Lo mejor para ambos había sido quedar como amigos, aunque Gina seguía intentando con frecuencia meterse en su vida y organizársela más allá de los límites de su carrera profesional.

Por fin el sonido del teléfono cesó y respiró con alivio. Cogió los trapos de la cocina y volvió al escritorio para limpiar concienzudamente la madera, cuando el teléfono volvió a sonar. Sabía que no iba a desistir, era persistente como ella sola. No dejaría de llamarlo hasta que contestase, pero definitivamente no estaba de humor y esperó a que cesase de nuevo. Después fue a poner en silencio el aparato.

Pero entonces fue el timbre de la puerta el que lo interrumpió. Resoplando, fue hasta su dormitorio, tomó una camiseta limpia del cajón de su cómoda y se la puso mientras la persona que llamaba parecía haberse quedado pegada al timbre sin dejar de apretarlo. Cuando llegó hasta la entrada y abrió la puerta, su ánimo estaba más que caldeado. Y entonces, como una exhalación, vio cómo Gina y su leonina melena rubia entraban sin esperar a ser invitadas.

—¿Crees que no tengo otra cosa que hacer más que ir tras de ti, William? —le dijo, girándose para brindarle una mirada entornada y furiosa.

—Buenos días, Gina. No puedo decir que me alegre de verte, pero ya que estás

aquí... ¿Quieres un café? —le preguntó cerrando la puerta, y pasando por su lado ignoró deliberadamente su enfado.

La agente no mostró el menor cambio en su gesto.

—No he venido a tomar café, William. De hecho, tengo muchas cosas que hacer esta mañana y me estás obligando a retrasar mi agenda teniendo que venir aquí a hacer de perro guardián.

—Te encanta ese papel. No entiendo por qué te quejas —contestó mientras le servía una taza a pesar de haberla rechazado.

Se la ofreció y ella la miró durante un segundo. Después dejó su bolso sobre uno de los taburetes de la barra de la cocina y tomó la taza con una mueca. William sabía que le costaba claudicar, pero también que era incapaz de resistirse al que sería, con total seguridad, al menos su quinto café de la mañana. Gina era adicta a la cafeína y no pasaba más de dos horas sin tomarse una dosis.

La agente dio un sorbo del oscuro brebaje y paladeó con placer.

—Malongo Blue Mountain Jamaica —le informó de la variedad y ella asintió complacida—. Lo comercializa una empresa francesa con sede en Niza especializada en cafés *gourmets*. Se cultiva a 2.000 metros de altitud y se cosecha a mano con mínima producción —siguió indicándole.

Gina inspiró, intentando atrapar todo el aroma que pudo de su taza con los ojos cerrados, y William sonrió al verla deleitarse. Pero inmediatamente se dio cuenta de que estaba siendo manipulada para desviar su atención. Y eso era algo que no podía permitir. La manipulación era su juego, su don especial, y no pensaba caer como una pardilla aunque fuese tentada con el más delicioso de los cafés. Apretó los labios mientras dejaba la taza, sin apurar, sobre la encimera y regaló la más fría de sus miradas a William.

—¿A qué estás jugando? —le preguntó cruzándose de brazos.

—No te entiendo...

—Te tengo por muchas cosas, William, y algunas no son precisamente buenas...

—Gracias —dijo él, cortándola.

Gina apretó de nuevo los labios. No había cosa que le irritase más que verse interrumpida.

—... Pero desde luego no te tengo por estúpido, aunque a veces lo parezcas —apuntilló—. Así que, ahórrame la cantidad de excusas que tengas preparadas para hoy y dime la verdad, ¿qué está pasando? ¿Estás tratando con otro agente?

William la miró perplejo. Ella leyó su gesto y sin darle tiempo a contestar prosiguió.

—Entonces, ¿qué ocurre? No lo entiendo, llevo semanas, meses, llamándote y pidiéndote al menos los primeros capítulos de la novela. Nos quedamos sin tiempo. Ya he recibido tres llamadas de la editora para preguntarme cómo vas y no sé qué decirle porque mantienes en un absoluto hermetismo el proyecto.

—El libro va bien —se limitó a contestar, evitando mirarla mientras recogía su taza de la encimera y la llevaba hasta el fregadero.

—¿El libro va bien? ¿Es todo cuanto piensas decirme? ¿Crees que a estas alturas me conformaré con eso? Quiero al menos el 50% de la novela.

—Eso no va a ser posible...

—¿Por qué? —preguntó cruzando los brazos con impaciencia.

—Mira, no te lo tomes a mal, pero necesito repasar lo que llevo antes de dártelo. Aún no estoy listo.

—¿Qué aún no estás listo? ¡Eso es inaceptable! Ya te he dicho que no disponemos de tiempo...

—Inaceptable o no, es lo que hay. Lo siento, pero es así —zanjó él, imitando su gesto y cruzando los fuertes brazos sobre su amplio pecho.

Gina enarcó una ceja perfecta ante su actitud ofuscada.

—No, no es lo que hay —dijo sin dejarse amedrentar.

William podía sacarle tres palmos de altura y tener unos brazos como para partir en dos su menudo cuerpo. Su ceño fruncido y postura defensiva dejaba claro que no pensaba colaborar, pero ella no se dejaba amilanar por nadie y, mostrándole la más estudiada de sus sonrisas, giró sobre sus talones y fue derecha al escritorio de su ex con paso decidido. Cuando él quiso reaccionar ella ya estaba frente a la pila de folios que tenía sobre la oscura madera.

—¡Gina...! —le gritó William en tono de advertencia.

—¿Es esto verdad? Me lo llevo —decidió en el momento, y tomó el gran taco de hojas impresas. Se abrazó a ellas como si le fuese la vida en el gesto y comenzó a dirigirse a la puerta.

—¡No te los vas a llevar! —le advirtió en tono frío.

—Estoy deseando saber cómo piensas impedirlo —lo retó.

William suspiró con frustración. Gina era terca como una mula, y si estaba completamente decidida a llevarse la bazofia no iba a poder impedirselo. Una vez

más tenía ganas de estrangularla. Intentó reafirmar su postura volviendo a cruzarse de brazos ante ella, junto a la puerta, pero Gina se limitó a sonreír triunfal al pasar por su lado. Y no pudiendo evitar hacer alarde de su victoria, se detuvo junto a él, posó una mano sobre su pétrea mejilla y le dijo:

—No te tenses querido, no es bueno para la creatividad. —Le dio una palmadita y salió del *loft* con paso victorioso, plenamente satisfecha.

En cuanto desapareció, William cerró la puerta y se apoyó en ella, dejando salir el aire contenido en los pulmones. “Estoy acabado, pensó”. Definitivamente acabado. Sabía lo que Gina diría en cuanto leyese aquel manuscrito. No creía ni que llegase a terminarlo. Al menos él no lo haría.

Adiós a su carrera como escritor. Era el momento de asumirlo.

CAPITULO 2

"Siempre creí que mi tío confundía musa con medusa hasta que las Musas me susurraron por primera vez en la playa..."

Gema Samaro

Didie se desperezó en la cama pocos minutos antes de las nueve, como cada lunes. El aroma a donuts recién hechos llegó a ella desde la cocina e hizo que sus tripas rugiesen escandalosamente. Vince se los llevaba todas las semanas, sin faltar una sola. Aunque Didie le dijese que no era necesario, él decía que tenía una deuda con ella que pagaría el resto de su vida. Y no lo iba a negar, despertar con el aroma de los bollos más tiernos y deliciosos, hechos por uno de los mejores pasteleros de la ciudad, era un lujo que le encantaba disfrutar. Solo de pensar en el placer que le proporcionarían esos pasteles, sin abrir los ojos, en su rostro ya se dibujó una sonrisa. ¿Había mejor forma de levantarse que aquella, dejándose colmar por los sentidos? No, definitivamente no.

Estiró la mano hasta alcanzar su reproductor de música, colocado sobre la mesita de noche, y lo encendió tras tantear con los dedos las teclas del aparato de imitación *vintage*. Cuando presionó el botón adecuado y las primeras notas de *Candyman*, de Christina Aguilera, llegaron hasta ella, los dedos de sus pies comenzaron a tamborilear el aire moviéndose al ritmo de la música. Las uñas, pintadas en negro, resaltaban en contraste con su piel pálida. Estiró los brazos e imitó el movimiento con los dedos de sus manos, con las uñas a juego con las de sus pies.

Ya no aguantaba más en la cama, tenía una gran semana por delante, lo presentía. Cada célula de su cuerpo se lo gritaba. Saltó de la cama y fue hasta la ventana. El sol entraba a raudales atravesando los cristales y templando su rostro. Nunca cerraba las persianas. Le gustaba ver la luna y las estrellas desde su mullido colchón sobre el suelo cada noche, y bañarse con el sol en cuanto este hacía su aparición cada mañana. Aunque también mecerse en el repiqueteo de la lluvia contra el cristal los días de tormenta, y sumergirse en las luces tenues de un día nublado. Todos los estados eran inspiradores y mágicos, y apreciaba cada uno de ellos.

El sonido estridente del timbre que comunicaba el apartamento con el local de

la planta baja, que regentaba su mejor amiga y compañera de piso, sonó tres veces. Sonrió, y fue hasta el gran burro con ruedas en el que colgaba toda su ropa y accesorios y, pasando el dedo sobre las perchas con los ojos cerrados, acarició los ganchos de metal hasta detenerse sobre uno al azar. Abrió un ojo y sonrió al ver la elección de ropa para aquel día. Marguerite iba a ponerse muy contenta, el amarillo era su color favorito, y los vestidos con vuelo, el atuendo que solía preferir para ella.

Fue hasta el baño con todas sus cosas y una hora más tarde salía completamente arreglada. Había combinado el vestido con un cinturón ancho de charol negro a juego con unos altísimos tacones. Un recogido alto con tupé y un pañuelo amarillo con topos negros y lazada sobre la cabeza. El maquillaje fue a lo que más tiempo le dedicó. Ponía especial esmero en maquillar sus ojos castaños, enmarcando el párpado superior con un delineador negro líquido, sombras ahumadas, y abundante máscara de pestañas. Colorete en las mejillas, polvos translúcidos que daban apariencia nacarada a su tez pálida y un poco de *gloss* en los labios. Estaba perfecta, se dijo lanzando un beso al espejo tras dar un par de vueltas frente a él, en las que hizo volar su falda a la altura de las rodillas. Con las manos agarradas a la espalda, sonrió satisfecha.

De nuevo, tres molestas timbradas le recordaron que Marguerite la esperaba. Salió de la habitación y fue hasta la cocina, abrió la bandeja de grandes donuts de aquella mañana y eligió, de entre todos, dos que llamaron especialmente su atención. Estaban rellenos de frambuesa y cubiertos de azúcar glaseado. Los colocó sobre un platito y se chupó el azúcar de los dedos. De dos en dos bajó los escalones que llevaban hasta la tienda de jabones.

—¡Buenos días, *mon petit!* —la saludó su amiga con su dulce y marcado acento francés, nada más atravesar la puerta de la trastienda.

Didie llegó hasta ella, la rodeó con sus brazos y la apretó entre ellos mientras la besaba en la mejilla ruidosamente, dejándole un par de marcas de brillo rosado. Después se sentó sobre el antiguo mostrador de madera de caoba tallada, una de las piezas que más carácter infundía al establecimiento. Aquella *boutique* del jabón pertenecía a Marguerite desde que su abuela falleció hacía casi un año. Fue entonces cuando decidió continuar con la tradición familiar y hacerse cargo del negocio.

—Espero que traigas algo más que besos y sonrisas esta mañana, ¡me muero de hambre! —le dijo Marguerite, observándola sobre la montura fina de sus gafas redondas de metal mientras se limpiaba el brillo de la mejilla.

La forma en la que torcía los labios en una mueca cuando la hacía esperar para saborear su desayuno, siempre le robaban una sonrisa. La miró unos segundos más, impacientándola, y la menuda pelirroja con corte cleopatra se sopló el flequillo con exasperación.

—¿Vas a darme los bollos o no?

—Si tenías tanta hambre, podías haberle hincado el diente a esta tarta de arándanos —la chinchó, señalando una de las coloridas tartas de jabón, cortada en porciones, que tenía sobre el mostrador. Tomó un pedazo y se la pasó por delante del rostro mientras alejaba los verdaderos pasteles de ella. Después le dio un gran mordisco a uno de los donuts y gimió de placer—. Estos son míos —anunció con la boca llena.

Marguerite se limitó a mirar a otro lado con gesto ofuscado.

—¿Cómo puedes estar tan enganchada al azúcar? —preguntó la pelirroja enarcando una ceja hasta ocultarla bajo el flequillo, mientras se aguantaba la risa.

—¡No soy yo, son los nervios! Intuyo que esta semana van a pasar grandes cosas. Y cuando estoy nerviosa solo puedo pensar en comer.

—Lo sé, pero ese bollo es mío. Dámelo antes de que tenga que matarte por él. Ni siquiera me molestaré en hacer que parezca un accidente —añadió, arrebatándoselo de las manos y comenzando a morderlo de manera mucho más comedida y sofisticada que ella—. ¿Has puesto otro anuncio? —preguntó tras limpiarse el azúcar de la comisura de los labios con delicadeza.

—Sí, hace dos meses que no acojo a nadie bajo mi influencia... Creo que es el momento.

Marguerite la observó terminar de engullir el bollo de un bocado. Era evidente el estado de ansiedad de su amiga, lo que hacía que no tuviese tan claro que fuese “el momento”, pero no pensaba decir nada al respecto. Didie tendía a hacer lo contrario de lo que se le sugería, y hacía mucho tiempo que había descubierto que era mejor dejarla fluir y hacer lo que le apeteciese.

—¿Y no has recibido ninguna llamada aún?

—Solo la de un tipo, anoche, preguntando si la musa daba “masajes con final feliz”.

Ambas se miraron y se echaron a reír.

—¡Cuanta mente sucia hay en el mundo! —exclamó Didie sacudiendo el azúcar de sus manos.

—Al menos estarás utilizando un teléfono desechable esta vez...

Didie se mordió el labio y desvió la mirada.

—¡Oh! ¿En serio? ¿Me prometiste que no volverías a hacerlo? ¡No sé si podré soportar otra vez semanas de llamadas a horas intempestivas de todo tipo de fauna pirada preguntando por la musa!

—Es que sentí la necesidad repentina de poner el anuncio. Estoy segura de que por ahí hay alguien que necesita mi ayuda... —intentó justificarse, pero Marguerite resopló exasperada—. ¿No confías en mí? —le preguntó yendo hasta ella y rodeándola de nuevo con sus brazos. Su amiga sonrió inmediatamente.

—Claro que confío en ti, en quienes no confío es en los locos que quieren tus servicios. El último no fue muy bien que digamos...

El rostro de Didie se tensó inmediatamente, y el escaso rubor de sus mejillas desapareció por completo.

—Eso no volverá a pasar... —contestó separándose de su amiga, dándole la espalda y concentrándose aparentemente en la visión de la calle tras el escaparate. Un niño de unos cinco años, acompañado por su madre, miraba las piruletas de jabón como si fuesen de caramelo.

—Eso espero, solo quiero que tú estés bien.

—Lo estaré. No volveré a confiarme.

Didie sacó una de las piruletas y comenzó a hacer que la chupaba. Inmediatamente retorció su gesto en una mueca de asco y se tiró al suelo como si se hubiese envenenado, ante la mirada, primero sorprendida y después desternillante, del niño del escaparate. La madre del pequeño, viendo semejante escena, se apresuró a tirar de él, alejándolo del cristal.

—Estás loca, quítate de ahí o vas a dejarnos sin clientela —le riñó su amiga. Pero su tono dulce no la engañó.

—¿Quién ha traído los dulces esta mañana? —preguntó Didie cambiando de tema.

El pequeño rostro de Marguerite adquirió inmediatamente la tonalidad de las fresas más jugosas. Y hasta un ligero temblor asomó a sus labios antes de pronunciar el nombre de su amigo.

—Vince...

Hacía tiempo que se había dado cuenta de que su pequeña francesita suspiraba por el apuesto cocinero, pero era tan tímida que jamás se atrevía siquiera a mirarlo a

los ojos cuando él aparecía por el local.

—¿Y le has dicho algo?

Marguerite la miró perpleja.

—¿Algo como qué?

—Como que te mueres por lamer esa tableta de chocolate que tiene por abdominales...

—*Mon dieu*, Didie! ¿Cómo puedes decir esas cosas? ¡Eres peor que los cochinos que llaman por teléfono!

Didie se limitó a reír a carcajadas mientras observaba a su amiga, presa de un repentino ataque de calor, abanicarse con las manos y respirar azorada.

—¿Acaso no es verdad? ¿No te mueres por hacerlo? ¿O prefieres enredar los dedos en su ondulado cabello azabache y besar esos labios llenos y pecaminosos? — preguntó en tono teatral.

—Eres un demonio... —la acusó.

—Y tú una cobarde, ¿sabes cuántas mujeres en esta ciudad estarán planeando la forma de engatusarlo en este momento?

Aquella acusación enfureció a la chica, y su rostro se encendió como una bombilla.

—¡Él solo tiene ojos para ti!

—Eso no es verdad. Solo está agradecido por haberlo acogido bajo mi influencia hace dos años. Y por haber conseguido el puesto de jefe de pastelería del Fairmont San Francisco gracias a ello.

—Y desde entonces te mira como si fueses una diosa.

—No soy una diosa; soy una ninfa. Y eso no te hace a ti menos cobarde — siguió pinchándola.

—¡No soy cobarde!

—Pues pídele una cita —la retó.

Marguerite torció el gesto en una mueca. Había caído en la trampa.

—Tú tampoco tienes citas...

—Yo no puedo tenerlas, soy una musa. Pero tú sí...Y si no se la pides, vas a perder la oportunidad de disfrutar de esa tableta de chocolate.

—Eres un mal bicho... y...

El sonido del teléfono las interrumpió, y Didie se apresuró a responder la llamada antes de que su amiga pudiese terminar la frase. Lo que hizo que esta se

detuviese y cruzara los brazos con un resoplido.

Tras unos segundos, Marguerite vio teñir las mejillas pálidas de Didie de rojo carmesí y después contestar:

—Lo siento, la musa no hace ese tipo de trabajos.

Y colgó.

—Lo tienes bien merecido —le dijo Marguerite conteniendo la risa. Pero lejos de enfadarse, Didie la acompañó y ambas rompieron a reír.

CAPÍTULO 3

“Mis *musos* son para mí esos duendecillos que consiguen que yo escriba una historia tal y como a ellos les gusta.”

Megan Maxwell

—¡William L. James! ¿Qué es lo que me has dado a leer?

William abrió un ojo y descubrió a su agente prácticamente sobre él. Tomó el reloj que había dejado sobre la silla que hacía las veces de mesita de noche, junto a la cama, y comprobó atónito la hora. Pasaban unos minutos de media noche y una enfurecida y desencajada Gina, con el peor aspecto que le había visto jamás, lo miraba como si quisiese desintegrarlo.

—Gina, sabes que la llave es solo para casos de emergencia, ¿verdad? ¡No puedes presentarte en mi casa, en mi dormitorio, cuando te plazca!

—Esto es una emergencia, y he pasado más de veinte minutos llamando a la puerta antes de decidirme a entrar.

William se tapó la cara con la almohada. Lo último que le apetecía era discutir con ella. Sabía que pasar por aquel trance era inevitable desde que ella se llevó el manuscrito. La esperaba desde entonces contando cada hora, cada minuto, pero hubiese pagado millones por tener la capacidad de desaparecer y evitar el enfrentamiento.

—Yo no te di nada para leer, tú lo robaste de mi mesa —protestó con un gruñido.

—¡Oh, Dios mío! ¡No te atrevas a culparme! Llevaba meses detrás de ti. Y ahora... esto. William no podemos presentar a la editorial... lo que he leído.

Él ya sabía eso.

—No entiendo lo que has hecho... Es incoherente, sin conexión, falto de desarrollo y la trama...

—... Insulsa —terminó por ella.

Gina se quedó un segundo mirándolo perpleja. Lo vio apartar la almohada de su rostro y cruzando los brazos bajo su cabeza, quedarse perdido en el dibujo estucado del techo.

—William... ¿Qué te está pasando? —le preguntó, intentando que su tono no expresase la inquietud que sentía en realidad.

—No lo sé —aseguró, levantándose de la cama. Le dio la espalda y se dirigió al baño sin mirarla.

Lo oyó abrir el grifo del lavabo. Varios minutos más tarde, salía con el rostro, cabello y torso empapados.

—¿Cómo que no lo sabes? ¿Cuánto tiempo hace que pasa esto? Deberías haberme dicho algo...

—¿Para qué? ¿Para que cancelases el contrato con la editorial? ¡Necesito este éxito!

William se pasó las manos por el cabello húmedo con desesperación y se sentó a los pies de la cama.

—Pues es lo que tenemos que hacer. Tú eres consciente de que lo que he leído no es de la calidad suficiente. No podemos presentar eso a la editorial, y si me hubieses contado lo que pasaba antes, quizás habríamos tenido tiempo para hacer algo al respecto. Pero ya es tarde. Apenas quedan tres meses para la entrega. Tenemos que cancelar el contrato...

—¡No puedes hacerlo!

—¿Por qué?

—Me he gastado el dinero del anticipo —dijo él sin más, observando el dibujo de la madera bajo sus pies. No iba a mirarla, no le hacía falta para saber que a Gina estaban a punto de salirse los ojos de las órbitas.

—¿Qué has hecho qué? ¿Cómo has podido gastarte...?

—El cómo es lo de menos. Está hecho y ya está. No hay vuelta atrás.

—No es lo de menos, William. Es muchísimo dinero. ¿Te has metido en algún lío?

—¡No, por supuesto que no! —contestó, levantándose y enfrentándose a ella—. Pero lo necesitaba, y ya está hecho. Ahora solo tengo que encontrar la manera de arreglarlo.

—¿Solo tienes que encontrar la manera de arreglarlo? ¿Así de sencillo? William, lo que tienes escrito nos lo van a tirar a la cara. No podemos presentarlo.

Llevas casi un año trabajando en el proyecto, ¿qué te hace pensar que puedes arreglarlo en solo tres meses? ¿Tienes alguna musa escondida bajo la cama?

La voz de su agente sonaba cada vez más aguda, estridente y desesperada. Sabía que se esforzaba por no dejarse llevar por el ataque de pánico que sentía, pero era un libro abierto para él. Estaba asustada. Se jugaba su prestigio como agente, su carrera; igual que él. No sabía cómo iba a solucionar la situación, pero algo tendría que hacer. Se giró y vio a Gina mirar bajo su cama como si mantuviese la esperanza de encontrar allí a su ente imaginario. Exhibió una sonrisa cansada al recordar el anuncio en el periódico. Fue hasta ella y la ayudó a levantarse.

—No la tengo ahí, la guardo en el armario —le dijo con un buen humor que no sentía, pero que esperaba liberase de algo de tensión al momento.

Gina no cambió el gesto.

—Tranquila, lo solucionaré. Tengo un plan, solo tienes que dejarme hacer. En unas semanas te daré un manuscrito del que sentirte orgullosa.

William sintió temblar a Gina bajo su contacto. Era impactante verla en ese estado. Su agente siempre hacía alarde de una seguridad y templanza que en más de una ocasión le había valido el apodo de “la mujer de hielo” Ahora, sin embargo, parecía a punto de quebrarse. Todo habría sido más sencillo si hubiese podido contarle su problema, por qué había tenido que usar el dinero del anticipo. O si hubiese podido compartir con ella el bloqueo que sentía cada vez que se sentaba frente a su ordenador. La falta de aire, la asfixia, el mareo y sobrecogimiento que llevaban meses incapacitándolo para escribir. Pero no había podido hacer nada de eso. Era asunto suyo, solamente suyo. Aunque si no conseguía cumplir con su trabajo, ambos podrían pagar las consecuencias.

—Lo solucionaré —repitió, más para convencerse a sí mismo, que para ella—. Respira y confía en mí.

Gina, aún con gesto indispuerto, lo miró intentando analizar su rostro. Y su media sonrisa pareció infundirle algo de confianza porque, tras respirar con profundidad un par de veces, asintió y le devolvió el escueto gesto.

—Está bien, confiaré en ti. Pero William, solo tienes ocho semanas. Si en ocho semanas no eres capaz de darme el 50% de un *bestseller*, tendré que anular el contrato.

William permaneció impasible, a pesar de que el aire se volvió inmediatamente espeso para él.

—Ahora será mejor que me marche. Tengo algunas cosas que solucionar a primera hora de la mañana y tú tienes que ponerte a escribir sin descanso —le dijo Gina dirigiéndose a la salida. En su mirada se reflejaba el desconcierto que le provocaba aquella situación.

Se limitó a acompañarla hasta la puerta.

—Haz lo que sea necesario, pero tienes que conseguirlo, William —fueron sus últimas palabras antes de salir.

“Lo que sea necesario”, se repitió él ya en la soledad de su *loft*. Fue hasta su escritorio, con paso lento, sin mucha convicción y sabiendo lo que pasaría en cuanto se sentase tras él.

Y efectivamente así fue, solo tuvo que poner el trasero en la silla para sentir que se asfixiaba. Las paredes parecían cerrarse en torno a él, como una prisión que lo amenazaba con un aplastamiento inminente. Se levantó antes incluso de haber calentado el asiento. Y se alejó como si le quemase estar próximo al escritorio.

“Lo que sea necesario”. Fue hasta la cocina; después de aquella intempestiva visita era imposible que pudiese volver a conciliar el sueño. Abrió la nevera y sacó una botella de leche. Bebió directamente de ella hasta vaciar la mitad de su contenido de un trago y, al dejarla sobre la encimera, sus ojos se dirigieron nuevamente al anuncio encuadrado en aquella llamativa y cursi guirnalda de corazones y flores.

Estaba desesperado, pero aún no había perdido la cabeza. Cogió el periódico y lo lanzó a la basura con determinación. No quería volver a pensar en aquella estúpida posibilidad. Maldijo entre dientes y volvió a la cama.

Didie se despertó sobresaltada, incorporándose en el colchón como si hubiese recibido una descarga eléctrica. No fue consciente de dónde estaba hasta que la puerta de su cuarto se abrió y una malhumorada Marguerite apareció tras ella, frotándose los ojos y maldiciendo en francés. Entonces se percató del motivo de su sobresalto al ver iluminarse la pantalla del teléfono y reconocer el tono de llamada como el molesto sonido que la había despertado. Tomó el aparato antes de que su amiga lo lanzase a la calle por la ventana.

—¿Diga? —contestó, sin saber quién sería esta vez.

Nadie respondió y se vio abrumada de repente por una angustia y desasosiego

nada habitual en ella. Un segundo más tarde se cortaba la llamada.

—Perfecto —comenzó a quejarse su amiga—, seguro que era uno de esos pirados respondiendo al anuncio —añadió cruzándose de brazos. Y la vio ir hacia ella con la intención de quitarle el aparato y silenciarlo. Pero cuando estaba a punto de arrancárselo de las manos, este sonó de nuevo.

—¿Diga? —volvió a preguntar rápidamente.

Otra vez silencio. Torció los labios en una mueca y Marguerite le quitó el aparato de las manos.

—¡Escúchame bien, pervertido, la musa no hace ese tipo de trabaj...! —comenzó a gritar a su interlocutor, pero de pronto se detuvo. Atendió un par de segundos y su expresión cambió por completo dejando a Didie intrigada—. Es para ti —dijo en tono calmado y gesto altivo mientras le ofrecía el aparato.

Didie la miró perpleja y parpadeó un par de veces antes de tomar el teléfono.

—Ya tienes a tu próximo “acogido”. Quita el anuncio del periódico para que volvamos a la tranquilidad, *s'il vous plaît* —le pidió su amiga antes de salir de la habitación.

Miró la pantalla del teléfono y respiró con profundidad antes de contestar, con una mezcla de nerviosismo e impaciencia. Mil mariposas revolotearon en su estómago, excitadas y ansiosas.

Algo extraordinario estaba a punto de ocurrir.

CAPÍTULO 4

“Las musas no cobran derechos de autor.”

Joaquín Sabina

William miró su reloj por tercera vez en los últimos diez minutos. No le gustaba esperar. Él era extremadamente puntual en sus citas y, en especial, lo había sido en esta a petición de Gina. Su agente también se vanagloriaba de su puntualidad, por eso le resultaba tan incómodo e intrigante que en este caso no lo estuviese siendo. Y más cuando imaginaba que el motivo que la había llevado a concertar aquel encuentro no era otro que el de tranquilizar su nerviosismo por la situación en la que se encontraban, buscando confirmar que él había entendido la gravedad de las circunstancias y la necesidad de solucionar el problema.

Pensando que así sería, había aceptado aquel encuentro, aunque le sorprendió el lugar elegido por su ex para que tuviera lugar. A Gina le gustaban los cafés elegantes, las cafeterías de los hoteles más lujosos y, en su defecto, su propia oficina, para los encuentros de índole laboral. Pero jamás la habría imaginado en el muelle, donde el olor del mar, el salitre, los barcos de pesca, y la comida de los abundantes y variados restaurantes de la zona se mezclaban de una forma curiosa. El calor también era sofocante, espeso y pegajoso, nada raro en aquellos primeros días de septiembre. Otra de las razones por las que jamás habría imaginado a Gina quedando en un sitio como aquel, donde cualquiera pudiese verla sudar como a una simple mortal.

Miró su caro reloj por cuarta vez y vio que tan solo habían pasado un par de eternos minutos más y, resoplando, se apoyó en la balaustrada de madera mirando a la colonia de leones marinos que se habían apoderado de aquella zona del embarcadero y que tirados al sol se amontonaban unos sobre otros. De repente, sintió clavada en él una mirada y pensando que podría tratarse por fin de Gina. Se giró en busca de su agente, pero no la encontró. A su derecha, un grupo de turistas se turnaban para hacerse fotos con los leones marinos de fondo; y a su izquierda, una pareja de adolescentes se regalaba algunos besos entre risas.

Los observó unos instantes y, cuando estaba a punto de desviar su atención de

nuevo hacia los leones, vio asomarse tras la pareja a una chica morena, de preciosos y vivaces ojos castaños que lo observaba con una gran sonrisa. Parpadeó un par de veces ante aquel gesto. Era una sonrisa enorme, de carnosos labios rojos como frambuesas que, un segundo más tarde, estaba utilizando para rodear una piruleta del mismo color en forma de corazón. Jugeteaba con el caramelo mientras lo miraba con intensidad, sin dejar de sonreírle abiertamente.

Aquella sonrisa no podía estar dirigida a él; no había visto a esa chica en su vida, y miró a un lado y a otro buscando al destinatario del gesto. Pero no había nadie que prestase atención a la joven, salvo él. Volvió a mirarla y ella ya no estaba. Se inclinó sobre la barandilla para comprobar si se ocultaba tras la pareja, pero entonces los adolescentes se separaron y se alejaron abrazados. La chica había desaparecido.

Algo lo empujó a mirar a su alrededor, buscándola. No es que estuviese interesado en una desconocida, pero, cuanto menos, lo había intrigado. Y aún más cuando comprobó que se había volatilizado. No había rastro de ella.

Pensó que igual estaba perdiendo la cabeza. El acuciante calor y su estado de nervios de los últimos días estaban haciéndolo delirar, debía ser eso.

Se pasó las manos por el cabello, resoplando, y decidió que veinte minutos de espera eran suficientes como gesto de cortesía. Ya no aguantaba más y optó por marcharse. La preocupación de Gina debía haber menguado lo suficiente como para olvidar la cita. Giró sobre sus talones con la intención de volver a casa cuando se topó de frente con la chica de la enorme sonrisa, que estaba pegada a su espalda.

—¡Hola! —lo saludó con aquella inquietante sonrisa bailando en sus labios.

Lo miró muy fijamente y se metió la piruleta de nuevo en la boca. La lamió con placer, y entonces William se dio cuenta de que esperaba una respuesta. Estaba muy cerca de él, tanto como para invadir su espacio personal. Y aunque era una chica preciosa, tenía un aspecto pintoresco y singular que lo hacía sentir un poco incómodo.

La chica debía medir poco más de metro sesenta y cinco, menuda, de cuerpo curvilíneo, más fácilmente apreciable por los vaqueros piratas de talle alto que lucía ceñidos a sus piernas, cadera y trasero. Una camisa de cuadros rojos, anudada bajo el pecho, dejaba libre una pequeña porción de piel nacarada a la altura de su cintura. Sus bailarinas rojas y un pañuelo del mismo color que recogía una coleta altísima con tupé, completaban el conjunto de una muñeca *pin up*, que parecía haber salido de un catálogo de los 50.

—... Perdona, ¿nos conocemos? —le preguntó con la certeza de que no era así.

—No lo sé. Déjame averiguarlo —contestó la joven tomándole la mano por sorpresa. Entrelazó sus dedos lagos y finos de tacto suave, con los suyos. Y a pesar de estar atónito ante el gesto, la dejó hacer sin protestar, llevado por la curiosidad que ella le generaba.

La chica elevó las manos entre los dos, hasta la altura de sus ojos, y observó ambas enlazadas bajo la mirada estupefacta de William. Permaneció así un par de segundos interminables, concentrada en la visión, y William sintió cómo se ralentizaba su corazón de una forma inquietante, hasta sentir doloroso cada intenso latido que lo dejó sin aliento.

—No, definitivamente no nos habíamos visto antes —le dijo soltándole la mano con la misma rapidez con la que se había apoderado de ella.

El aire volvió a los pulmones de William con una gran inhalación.

—¿Qué ...qué demonios ha sido eso? ¿Qué has hecho? ¿Quién eres?

William estaba totalmente alucinado. ¿Qué pretendía aquella mujer?

—Soy Didie, he venido por ti...

—¿Por mí? Lo siento señorita, pero yo no la conozco. Me temo que se equivoca de persona —dijo pasando por su lado, cabeceando confuso, aturdido y deseando marcharse de allí.

—No me equivoco. —Ella lo detuvo posando una mano en su brazo. El contacto hizo que parase en seco y ella aprovechó para colocarse nuevamente frente a él—. No suelo hacerlo. No digo que no me pueda pasar —añadió, arrugando la pequeña nariz por un segundo—, pero estoy segura de que eres tú —afirmó acercándose un paso y escrutando su mirada azul con intensidad, como si pudiese leer en ella algún tipo de signo.

Estaban tan próximos que William compartió con ella su aliento a cereza, dulce e intenso. Se quedó hipnotizado mirando los labios, teñidos de rojo por el caramelo, que atrapaban ese aliento. La chica sonrió de nuevo y él, consciente de que la estaba mirando de manera inapropiada, dio un paso atrás consternado con su propio comportamiento.

—De veras, no la entiendo. No sé lo que espera de mí, pero tengo que marcharme —quiso cortar aquel extraño tropiezo. Era evidente que la chica estaba confundida y no tenía sentido alargar por más tiempo aquella extraña conversación.

—William, he venido a ayudarte. No tienes que preocuparte más, a partir de ahora todo irá mucho mejor.

—¿Que todo irá mejor? ¿Qué quiere decir? ¿Cómo sabe mi nombre? — preguntó consternado.

—Te he reconocido nada más verte...

William respiró con profundidad. Ya comenzaba a entender. Debía ser una fan. Hacía tiempo que no salía, pero meses atrás aquello le pasaba con cierta frecuencia. Se cruzaba con lectores que lo detenían para pedirle un autógrafo o hacerse una foto con él. El gesto tenso de su rostro se relajó un poco y sonrió, por primera vez en el encuentro.

—Está bien, señorita, ¿dónde quiere que le firme el autógrafo?

La chica comenzó a reír con una risa ligera y cantarina que hizo que su corazón latiese acelerado de nuevo. William, sorprendido con su reacción, la miró perplejo y se cruzó de brazos.

Didie lo observó allí, tan serio, con el ceño fruncido y cara de no entender nada en absoluto y, aunque una parte de ella le pedía que se apiadase de él y lo sacase de su error, otra, juguetona y traviesa, no podía evitar disfrutar con el desconcierto de aquel hombre.

Su agente le había dicho que era serio, pero aquel tipo estaba más tenso que una cuerda. Sin embargo, la tensión evidente de su gesto no restaba un ápice del gran atractivo que poseía. Era alto, mucho más que ella, al menos debía superarla en veinte centímetros, aunque podían ser más porque se le daban fatal las medidas. Sus ojos eran azules. Había visto muchos antes, pero nunca de la intensidad de estos; de un azul que haría palidecer al de las aguas del pacífico. La mirada adquiría mayor profundidad enmarcada por las espesas pestañas oscuras y las tupidas cejas que fruncía en aquel momento formando una severa arruga en el centro de su frente. Sus labios, carnosos y firmes, volvieron a apretarse en una mueca tensa, perdiendo el encanto de segundos antes, cuando casi los advirtió sonriendo.

Su postura era elegante, altiva, casi soberbia; parecía un aristócrata rígido y estirado. Era evidente que venía de buena familia. Pero por muchos buenos modales que hubiese adquirido, supo que los perdería si ella lo hacía esperar un poco más.

—No quiero un autógrafo, Will —lo tuteó, y él elevó las cejas sorprendido—, solo pretendo ayudarte. Soy tu musa.

William se quedó estupefacto. Por sus labios asomó una risa nerviosa, incrédula, y casi enloquecida. Comenzó a mirar a un lado y a otro, pasándose las manos por el rostro y el pelo.

—Es una broma, ¿verdad? ¿Alguna cámara oculta? —preguntó, obviándola mientras buscaba un equipo de grabación.

—No es ninguna cámara oculta. Me ha enviado Gina, tu agente.

—¿Gina está metida en esto? ¿Ella ha permitido que me gasten una broma para la televisión? —preguntó enfadado.

—¡Vaya! Sí que eres terco... ¡Que no es una broma! Soy una musa, tu musa — volvió a repetir ella, colocándose frente a él y obligándolo a verla.

—¡Eso es un disparate y no me interesa! —La miró fijamente y, después, pasó por su lado para marcharse.

—¿Quieres decir que no estás bloqueado? —gritó la chica a su espalda. William se detuvo, se dio la vuelta y se dirigió a ella levantando un dedo.

—Si estoy bloqueado o no, no es asunto suyo, señorita. No sé por qué ha venido hasta aquí, si de verdad la ha enviado Gina o no y qué demonios ha podido pasar por su cabeza para recurrir a alguien que dice ser una musa. Pero a mí me parece una autentica estupidez. Una locura, una charada en la que no estoy dispuesto a participar.

—Bien. No hace falta que creas en mí. No es la primera vez que tengo este problema, pero puedo ayudarte. Yo no elijo a mis acogidos, ellos llegan hasta mí y estoy obligada a ayudarles...

—¿Acogidos? —preguntó William asombrado.

—Acogidos bajo mi influencia —aclaró ella, levantando el rostro con orgullo—. Repito, no los elijo, llegan hasta mí, y mi obligación como musa es ayudarles a salir del bloqueo. ¡Y tú no puedes evitarlo! Tienes que aceptar mi ayuda. Tal vez te cueste un poco asumirlo al principio, pero terminarás haciéndolo, como todos.

—¡Menuda estupidez! No tengo que hacer nada. ¡No voy a hacer nada!

—Sí lo harás. Vendrás a mí y me pedirás que te acoja, y yo lo haré porque aunque me parezcas un necio, terco, corto de miras y desagradable espécimen de hombre, me necesitas. Así que cuanto antes aceptes mi ayuda, antes terminará todo esto. Y antes conseguirás librarte de mí.

—¡Está completamente loca! ¿Cómo se atreve...?

—Me atrevo porque puedo —le dijo ella poniéndose de puntillas, encarándose a él levantando la piruleta frente a su rostro como si blandiera una espada. Aquel gesto no consiguió mucho, ya que él seguía superándola con creces en tamaño, pero ella no se amilanó—. Y ahora que está todo claro, espero tu llamada. Gina sabe cómo

localizarme —dijo justo antes de pasar por su lado para marcharse. Pero tras dar un par de pasos, volvió a girarse—. Por cierto, la mejor forma de pedirme disculpas es trayéndome algo dulce — añadió guiñándole un ojo. Terminó por marcharse dejándolo parado en medio del muelle.

La vio irse haciendo bailar sus caderas enfundadas en aquel pantaloncito pirata y durante un segundo le costó volver a la realidad.

—¿Dulces? ¡Pfff...! —resopló alucinado—. ¡Menuda loca! ¡Completamente loca!

No pensaba regalarle dulces, ni ir a buscarla, ni volver a cruzarse con aquella desquiciada y ridícula chica. Pero Gina sí lo iba a oír, y muy alto, decidió mientras se marchaba del muelle a grandes zancadas, sin poder creer aún la escena que acababa de vivir.

CAPÍTULO 5

“Toma esta rosa, amable cual tú eres; rosa entre rosas bellas la más rosa; diosa en flor entre flores la más diosa de las Musas, la Musa de Citeres.”

Pierre De Ronsard

—¿Te has vuelto loca? —Más que una pregunta, fue la acusación con la que William irrumpió en el despacho de Gina.

Esta lo miró fríamente, sin mostrar sorpresa. No esperaba menos de él, lo conocía demasiado. Parecía un potro desbocado. Resoplaba profusamente y se movía nervioso como si estuviese haciendo un gran esfuerzo por contenerse.

—Buenos días, William —le contestó en tono calmado. Volvió a fijar su atención en los múltiples documentos que ocupaban su mesa.

—¿Buenos días? ¿Eso es todo lo que tienes que decir después de tu...? ¡Dios, no sé ni cómo llamarlo! ¿Qué demonios has hecho, Gina?

—Creo que es evidente —contestó su agente, reclinándose en su sillón de cuero al tiempo que se cruzaba de brazos—. Buscar ayuda.

—¿Buscar ayuda? ¿Estás loca? ¿Crees que me ayudas contratando a una timadora que se anuncia en el periódico, que se hace pasar por musa aprovechando la desesperación y estupidez de los incautos que se cruzan en su camino?

—No es una timadora, tiene referencias...

—¿Pero te estás oyendo? ¿Qué clase de referencias puede tener? ¡Las musas no existen! Y el hecho de que creas que es así hace que ponga en duda tu estado mental.

Gina se limitó a levantar un dedo a modo de advertencia.

—Si una persona consigue que te desbloquee y empieces a escribir sin parar otro *bestseller*, es una musa.

William, con ojos desorbitados, se dejó caer en uno de los sillones delante del escritorio.

—Llámala terapeuta, si eso te hace sentir más cómodo, pero no deja de ser lo que es: una incuestionable ayuda para conseguir salir de la situación en la que nos ha

metido tu silencio de estos meses.

—Ese es el problema, que yo sí la cuestiono. Esa chica no dice que es terapeuta, dice que es una musa. ¡Una musa! ¿Se puede ser más ridícula? ¡Dice que soy su “acogido”! ¿Pretendes que le siga el juego a una chalada en lugar de ponerme a escribir?

Gina resopló con calma como si la conversación comenzase a agotarla.

—Dime una cosa, desde que hablamos... ¿has escrito una palabra?

William se removió inquieto en el asiento. Había intentado hacerlo al menos una docena de veces, pero no había conseguido escribir una sola. De hecho, apenas era capaz de permanecer frente al escritorio un par de segundos sin sentir que se asfixiaba.

—Eso no tiene nada que ver —farfulló entre dientes, mirándose los zapatos.

—¡Claro que tiene que ver! Te pasa algo, no sé lo que es, pero hay que solucionarlo. Hoy he hablado con la editorial...

El rostro de William perdió el color de repente.

—¿Por qué has hecho eso? Te dije que lo solucionaría...

—Pero no puedes hacerlo solo. Y mi trabajo es velar por ti, por nosotros, por nuestros intereses...

William no contestó y ella decidió continuar.

—En fin, que les he contado una patraña; algo sobre que habías tenido algunos problemas familiares que han hecho que te retrases con el proyecto. Les he pedido un poco más de tiempo.

William parpadeó un par de veces. Con aquella excusa Gina no sabía cuánto se había acercado a la realidad.

—¿Y qué te han dicho? —preguntó esperanzado. Eso era lo que necesitaba un aplazamiento, no una supuesta musa.

—Han aceptado. Te dan tres meses más.

—¡Perfecto! ¡Perfecto! —repitió—. Eso es justo lo que necesito, más tiempo —dijo con entusiasmo, levantándose enérgicamente de la silla que rodeó y, apoyando las manos en el respaldo, le regaló una sonrisa cargada de alivio—. ¿Ves? Eso era todo lo que necesitaba: más tiempo. Ahora todo irá bien. No necesito a esa... lo que sea, para nada.

—Sí la necesitas, William.

—No, no la necesito.

—Sí la necesitas, porque si no aceptas estar bajo su influencia no firmaré el acuerdo de aplazamiento —le dijo su agente con una frialdad absoluta. La mujer insegura del día anterior había desaparecido por completo y ante él solo estaba Gina, la mujer de hielo. Entrelazando los dedos apoyó las manos sobre el escritorio y le sostuvo la mirada haciéndole entender que hablaba completamente en serio.

—¡No puedes hacerme esto! No puedes obligarme a... sea lo que sea lo que tenga que hacer con esa chica... ¡Tú has decidido contratarla sin mi autorización!

—Puedo obligarte a lo que quiera si con eso consigo que cumplas con el contrato. Y yo no la he contratado. Lo habría hecho de haber podido, pero según parece no funciona así. Ella tiene que aceptarte y será ella la que te exponga sus condiciones y te diga lo que quiere a cambio de sus servicios. Yo me limité a contactar con ella y no fue tarea fácil. Está muy solicitada...

—¡Oh! Estoy seguro de ello, la señorita sonrisas infinitas debe conseguir embaucar a muchos ilusos...

—¿Sonrisas infinitas? —preguntó Gina, irrumpiendo en una sonora carcajada. William la observó entornando la mirada.

—Me habían dicho que es una mujer... especial, pero no imaginaba que lo sería tanto como para impresionarte en un primer encuentro.

—¿Quién ha dicho que esté impresionado? ¡No digas tonterías! Es una chica excéntrica y pintoresca, nada más.

—Con sonrisas infinitas...—apostilló Gina.

Él resopló con desgana y se dirigió al enorme ventanal del despacho de su agente, con unas impresionantes vistas de la ciudad. Dándole la espalda se cruzó de brazos.

—Sí es tan inofensiva, no tienes nada que perder. Tú consigue que te acepte bajo su influencia y yo aseguraré el acuerdo de aplazamiento. Escribes un *bestseller* y todos tan contentos.

—Si escribo un *bestseller* o no, desde luego no va a ser por ella.

—Entonces, como te he dicho, no tienes nada que perder aceptando el acuerdo. Pero si no la convences para que te acoja, estarás acabado.

La contundencia de las palabras de Gina consiguió que se diera la vuelta muy lentamente y la observase como si no la conociera. Se sentía agobiado, encerrado y sin salidas. Y la única que le ofrecían pasaba por claudicar con una locura con la que no estaba de acuerdo en absoluto. Pero, en fin, se suponía que era una persona

creativa, y estar bajo la “influencia” de aquella chica se podía enfocar de muchas maneras. Podía seguirle la corriente un par de días y después decir que estaba curado y que ya no la necesitaba más. Permanecer con ella el tiempo suficiente para que Gina firmase el contrato de aplazamiento con la editorial y después abandonar la supuesta terapia, o lo que fuese aquella charada, y seguir con sus propios planes.

—Está bien, tú ganas. Me pondré en contacto con ella y comenzaré a estar “bajo su influencia” o la chorrada que eso quiera decir. Pero cuando esto no funcione, quiero un acuerdo escrito en el que firmes que jamás volverás a tomar decisiones sin mí. A partir de ahora yo decido cómo, cuándo y dónde escribir...

—Sí, sí, sí... Tú empieza a escribir y luego hablamos del resto.

William torció los labios en una mueca y vio cómo Gina, ignorándolo por completo, sacaba una tarjeta rosa del cajón de su escritorio. El filo estaba decorado con la misma guirnalda de flores y corazones que había llamado su atención días atrás en el periódico. Dio un paso a atrás cuando su agente se la ofreció, como si el pequeño y cursi papel fuese a explotar en cuanto entrase en contacto con su mano.

—Tómala, no seas ridículo, William. Ahí tienes su teléfono y la dirección de su casa. Llámala, ve a verla y convéncela de que serás el mejor “acogido” que tendrá en toda su vida. Necesito ese *bestseller*, ¿entendido?

William tomó finalmente la cartulina y la miró en los dedos sin disimular su recelo. Después se recordó que tenía un plan. Solo tenía que fingir un par de días y volvería a ser libre. Gracias al aplazamiento conseguiría escribir la novela, y todos felices.

Gina vio a su ex guardarse la tarjeta en el bolsillo del pantalón, y aunque su rostro demostraba la rendición de haber aceptado, su mirada desafiante le gritaba que él no había terminado de enfrentar batalla. Algo estaba maquinando, pero si había alguien experta en manipulaciones, esa era ella. Por lo que no iba a dejar que se saliese con la suya.

Le habían hablado muy bien de la musa. Había tenido incluso que firmar un acuerdo de confidencialidad con la persona que le dio su contacto. Pero cuando fue a visitar a otro de sus compañeros agentes y este le nombró la lista de artistas, de todo tipo, que habían estado bajo la “influencia” de la chica y cuales habían sido las obras resultado de su influjo, no tuvo dudas. Habría pactado con el diablo regalándole un par de años de vida con tal de conseguir sus servicios. Esperaba que William no la fastidiase, porque ambos sabían que, de ser así, su carrera habría terminado.

Una hora más tarde William llegaba a su *loft* y, tras dejar la cartera y las llaves sobre la mesa, se dejó caer en el sofá como si llegase de correr veinte kilómetros. Tenía que ser positivo: al menos Gina le había conseguido el aplazamiento. Escribir la novela en seis meses era factible. Podría conseguirlo, si supiese qué escribir, claro.

Apoyó la cabeza en el respaldo y cerró los ojos, agotado. Sí pudiese explicar cómo se sentía, si lograra expresar las emociones que lo superaban desde los últimos meses...

No quería pensar en ello. Cada vez que lo hacía el dolor en su pecho aumentaba hasta creer que el corazón le estallaría en mil pedazos. En realidad, solo le apetecía dormir. Caer en un sopor oscuro y seguro. Dejar que pasasen algunos días, semanas o meses, hasta que todo aquello pasara solo. Nunca había sido de los que huían de los problemas. Era una de las pocas cosas que le había enseñado su padre. Y no porque fuese un gran ejemplo a seguir. Muy al contrario, ver como él había sido capaz de abandonarlo todo, su negocio, su familia, su hijo... por simple y patética cobardía, había sido el gran revulsivo que necesitó siempre para no querer seguir sus pasos.

Su padre se marchó de su vida pocos días antes de que él cumpliera los nueve años y, a pesar de la cantidad de tiempo transcurrido, recordaba cada minuto de aquel día, cada gesto, cada sensación, cada pensamiento que le asaltó durante aquellas largas horas en las que fue consciente de que su vida estaba a punto de cambiar. Aquella mañana se levantó sobresaltado, como si algo lo empujase a salir de la cama e ir con los pies descalzos hasta la cocina.

Estaba de vacaciones, no tenía por qué madrugar. De hecho, no solía hacerlo, pero algo lo llevó hasta allí y durante unos minutos se quedó mirando desde la puerta a su madre, que terminaba de preparar el desayuno de su padre que, sentado a la mesa, observaba atentamente el periódico por la sección de deportes. Llevaba su traje beige y una camisa blanca, sin corbata. Mamá le insistía en que no se la pusiera hasta haber terminado de desayunar, por si se manchaba, y él esperaba hasta estar a punto de salir por la puerta para dejar que ella se acercara y se la anudase al cuello.

Unos minutos más tarde, su madre fue la primera en percatarse de que su pequeño estaba allí, observándolos y, con una sonrisa y la mejilla manchada de harina, lo animó a sentarse a la mesa del desayuno. Él no tenía ganas de desayunar, pero obedeció. Se sentó allí, junto a su padre, observando su rostro de perfil. Algo en él era diferente. Tal vez fuese la postura derrotada de sus hombros o la forma tensa

con la que agarraba el periódico hasta que sus nudillos se mostraron blanquecinos. Tenía ojeras y una fina capa de sudor perlaba su frente despejada. Lo miró durante largos minutos en silencio mientras su madre colocaba frente a él un vaso de zumo de naranja y un plato con tortitas y sirope de chocolate.

No prestó atención al plato; solo podía mirar a su padre como si algo lo obligase a grabar en su mente cada rasgo de su rostro, cada respiración profunda y cansada. Algo en su lectura hizo que cambiase de postura en la silla y se llevó la mano al cuello, queriendo aflojar el nudo inexistente de la corbata. Tiró del cuello de su camisa como si lo agobiase, a pesar de estar un par de botones abierta, y se pasó la mano por el sudor de la frente. Fue entonces cuando lo miró. Sus miradas azules se cruzaron y la de su padre le provocó un escalofrío que le recorrió la espalda. No supo describir qué era lo que le decía esa mirada, tan solo que era la primera vez que su padre lo miraba como si no lo viese, como si estuviese vacío. Sin vida.

Y entonces se levantó de la mesa con tanta energía que dejó caer la silla a su espalda, provocando un gran estruendo contra el suelo. No la recogió, solo se dirigió a la puerta cabeceando y farfullando algunas excusas por las que le urgía marcharse antes. Su madre, en la puerta, insistió en ponerle la corbata y él apenas dejó que se la pasase alrededor del cuello, le dio un beso ligero en los labios y de él ni se despidió. La corbata cayó junto a la puerta.

Aquella fue la última vez que lo vio.

¿Por qué recordaba aquel día en ese momento? No era un recuerdo recurrente. Intentaba mantenerlo alejado de él todo cuanto pudiese. Habían pasado muchos años, muchos, y con el tiempo se llegó a convencer de que la marcha de su padre era lo mejor que les había podido pasar a su madre y a él. No tenía sentido dejarse llevar por aquellos pensamientos precisamente en ese momento. Tampoco podía compararse con su padre. No era como él. No estaba huyendo; solo necesitaba descansar. Dejar de pensar, dejar de sentir...

Queriendo que su mente abandonase el rumbo de sus pensamientos, sacó la tarjeta rosa del bolsillo de su pantalón y la lanzó sobre la mesa, junto a la cartera y las llaves. Desde su asiento veía el dibujo de la guirnalda y se preguntó a qué vendría aquella cursilería. La chica que había conocido en el embarcadero no le había parecido cursi. Inmediatamente, la enorme sonrisa, roja como un fresón, invadió su mente con contundencia y recordó la forma en la que su corazón se ralentizó ante su contacto.

Instintivamente se llevó la mano al pecho, sobre el órgano, queriendo encontrar una explicación al extraño comportamiento que había tenido junto a ella. Con la otra mano tomó la tarjeta de la mesa y la observó, sabiendo que tendría que llamarla. En ella se leía su nombre, el número y una dirección en Haight-Ashbury.

Sí, tenía que hacerlo, pero no iba a ser en ese momento. Antes necesitaba pensar, tomar algunas decisiones, planificar cómo conseguiría deshacerse de ella lo antes posible. Y cuando lo tuviese todo resuelto, entonces hablaría con la chica, dejándole claro que él era el que tenía el control de la situación, no ella.

Para empezar, aquello de pedirle disculpas y llevarle dulces le parecía una estupidez. Si quería ser su musa, que lo fuese durante un par de días, no le quedaba más remedio que aceptar aquella pantomima, pero nada más.

Y en cuanto Gina firmase el maldito acuerdo no volvería a verla nunca más.

CAPÍTULO 6

“Las musas son caprichosas, huidizas, rebeldes... Y generosamente maravillosas cuando menos lo esperas.”

Olivia Ardey

—¿Cómo es? —preguntó Marguerite a una Didie que desde que se había levantado parecía en una nube.

Habitualmente era bastante parlanchina. Siempre tenía cosas interesantes que contar, o simplemente pensamientos que compartir. Era una persona muy comunicativa y a ella le gustaba esa faceta suya. Pero aquella mañana Didie no parecía la misma. Estaba como distraída y había tenido que llamar su atención ya en varias ocasiones para que mantuviese su habitual conversación matinal.

Tras unos minutos reflexionando se dio cuenta de que el único motivo que podía tenerla alterada era la cita que había concertado para aquella mañana con su nuevo acogido.

Didie seguía en silencio. Había insistido en que desayunasen en la azotea de la casa y, mientras Marguerite la observaba, parecía estar perdida en las formas de las nubes rabiosamente blancas de aquella mañana.

—¡Didie! —volvió a llamarla. Esta parpadeó un par de veces y la miró como si no entendiese a qué venía tanto revuelo—. Estás en las nubes...

—Es que están preciosas hoy. Tan definidas y esponjosas... Me encantaría poder tocarlas.

—¡Ya! Imagino que sí, pero yo intento mantener una conversación contigo y estás ausente.

—Lo siento, no era mi intención ignorarte, es que estoy un poco distraída

—Ya me he dado cuenta y creo que sé por qué.

Ella la miró sin entender.

—Normalmente, cuando vuelves de encontrarte por primera vez con un “acogido”, pasas horas describiendo lo que has visto en él. Lo que has notado que a tus ojos le hace especial. Pero desde que te encontraste con el nuevo parece que no estás. No me has contado nada y me tienes intrigada.

—Pues no tienes por qué...

Miró a Marguerite, que aguardaba una de sus extensas explicaciones y sonrió.

—¿Desde cuándo te interesan tanto mis acogidos?

—Desde que no hablas de ellos. ¿Qué pasó ayer? ¡Suéltalo todo!

Didie rio nuevamente.

—No hay mucho que contar. Lo vi, rastree sus energías y supe que era él... —
Suspiró, volviendo a quedarse mirando las nubes.

—¿Él? ¿Te refieres a que te diste cuenta de que es la persona que te necesita ahora?

—Mmmm... Sí, a eso me refiero —se apresuró en aclarar—. Es escritor y tiene un bloqueo monumental. Creo que está sufriendo, pero es muy hermético, y me va a costar romper ese cascarón en el que se esconde.

—Bueno, si hay alguien que puede hacerlo, esa eres tú. Y no es la primera vez que te enfrentas a una situación como esta.

—Desde luego que no.

—Entonces, por qué estás así... ¿Qué te preocupa? ¿Es un tipo insoportable, peligroso...?

—No es insoportable, aunque lo tuve que poner en su sitio...

—¿Sí? ¿Qué le dijiste? —preguntó Marguerite, cada vez con más curiosidad.

—Solo que me parecía un necio, terco, corto de miras y desagradable espécimen de hombre. —Didie se encogió de hombros ante la mirada boquiabierta de su amiga y ambas se echaron a reír.

—*Oh, mon dieu!* Te ha debido impactar mucho —comentó la pelirroja aún entre risas.

—¡No me ha impactado!

—Sí lo ha hecho, de otra manera no habría tenido que hacerte un tercer grado para que me hablastes de él. Y eso me lleva a otra pregunta, ¿es guapo?

Didie se atragantó con el cacao al escuchar la pregunta.

—¿Desde cuándo hablamos de mis acogidos en esos términos?

—Desde que estoy convencida de que has dado con uno guapo, muy guapo —
confesó la pelirroja con gesto pícaro.

Ella puso los ojos en blanco.

—Si es guapo o no, no es asunto mío. Y mucho menos tuyo. Es un detalle irrelevante para la ayuda que tengo que brindarle.

—¡Mmm! ¡Así que es guapísimo...! —fue su respuesta entusiasta, y comenzó a pensar que su amiga había condimentado su infusión de la mañana con algún excitante.

Tomó su taza del cajón de madera que hacía las veces de mesita, entre las hamacas que usaban para sentarse cuando estaban allí arriba, y olió el contenido esperando encontrarse con una sorpresa.

—¡No seas tonta! La que está rara esta mañana eres tú. Pero no quiero entrar en eso; prefiero que me describas a tu nuevo acogido —insistió Marguerite dispuesta a no rendirse.

En ese momento el timbre de la casa sonó y Didie se sintió salvada por la campana.

—¡Vaya! ¡Aún nos quedaban diez minutos para bajar...!

—¡Oh, sí! Es una pena tener que interrumpir esta animada conversación —contestó falsamente apenada, y le sacó la lengua contenta de librarse del interrogatorio.

Marguerite le devolvió el gesto y se marchó a ver de quién se trataba. Didie agradeció quedarse unos minutos a solas con sus propios pensamientos, que como bien había intuido su amiga, la tenían bastante desconcertada. Su encuentro con William había sido insólito. No era la primera vez que se enfrentaba a un acogido que no parecía aceptar lo que era ni lo necesitado que estaba de sus servicios, pero sí era la primera vez que, al rastrear sus energías, su cuerpo reaccionaba reconociéndolo aun sabiendo que jamás había coincidido con él. Y eso era lo que le había pasado al entrelazar los dedos con los suyos. Inmediatamente sintió una conexión. Su energía la traspasó a través de la piel y llegó hasta su corazón, haciendo que este disminuyese la velocidad de su latido. Lo sintió acompasado al suyo en una cadencia dolorosa y eso la asustó. Pero no había podido marcharse. Si algo había leído en sus ojos al cruzar sus miradas había sido dolor. Él soportaba una gran carga emocional que era con total seguridad lo que lo tenía bloqueado.

La necesitaba; quizá fuese el acogido que más la había necesitado en aquellos años, y quizá también eso lo convertía en el más peligroso para ella. Tenía que ayudarlo sin acercarse demasiado a él, y eso era una tarea harto complicada cuando la cura consistía en llegar a los pensamientos y sentimientos más profundos que guardara en su mente y su corazón.

Él tampoco se lo iba a poner fácil, y una parte de ella estaba deseando salir

corriendo. Después de advertir las reacciones de su propio cuerpo junto a él, le daba miedo indagar un poco más. Pero por más que quisiese, no podía luchar contra su propia naturaleza. El destino lo había llevado hasta ella. Ahora era su misión ayudarlo sin salir herida.

—¡Didie! Me temo que tu cita se ha adelantado —le dijo Marguerite regresando a la azotea—. Tu acogido está aquí —anunció escondiendo una sonrisa.

—¿Aquí? ¡Pero si habíamos quedado en una hora! —protestó, levantándose como un resorte.

—Pues ya ves, parece impaciente por empezar a trabajar contigo..., ¿no es así señor James? —preguntó su amiga, apartándose de la puerta y dejándole ver que él la había acompañado hasta allí.

El corazón de Didie se detuvo en seco al verlo salir por la pequeña puerta. Al enderezarse y acercarse un par de pasos a ella le dio la sensación de que había crecido desde el día anterior. Él la observó durante unos segundos, posiblemente evaluándola y ella no supo qué decir. Estaba sorprendida, no lo esperaba.

Marguerite volvió a intervenir.

—No me habías dicho que tu acogido era el señor William L. James. Soy una gran admiradora suya, señor James. *El caso Hitman* es uno de mis libros favoritos —dijo su amiga con admiración.

—Muchas gracias —fue la escueta respuesta del hombre con lo que pretendía ser una sonrisa, aunque apenas era un leve movimiento ascendente de la comisura de sus carnosos labios, casi imperceptible para alguien que no se fijase tanto como ella.

Él devolvió su atención a ella y Didie se molestó consigo misma por tardar tanto en reaccionar.

—Te has adelantado. Habíamos quedado en una hora —dijo, y su tono mostró un reproche que en realidad iba más dirigido a ella misma que a él, pero que William tradujo como un ataque.

—No te veo ocupada en este momento.

—No sabías si lo estaba cuando has decidido presentarte aquí antes de tiempo —replicó rápidamente.

Marguerite observaba la escena tras ellos, desde la puerta, y era como ver acercarse a toda velocidad a dos coches que van a colisionar. Sabía que debía marcharse, pero quería ver el accidente. Sin embargo, la siguiente mirada ceñuda de Didie fue para ella, y resoplando tuvo que aceptar que sobraba. Se marchó con una

disculpa cerrando la puerta a su paso.

Tras la marcha de su amiga, Didie vio con nerviosismo que William decidía acercarse a ella deteniéndose a tan solo un paso de distancia.

—¿No me has traído dulces? —lo provocó, cruzándose los brazos.

—¿Cuántos dulces necesitas por las mañanas? —preguntó él justo antes de subir la mano y acariciar la comisura de su labio, limpiando del mismo un rastro de azúcar glaseado que había quedado tras degustar su donut del desayuno.

El ligero contacto dejó sin aliento a Didie, que lo vio observar sus labios durante un segundo con intensidad.

—Necesito mucho azúcar... No lo entenderías —dijo apartándose de él un par de pasos—, es cosa de musas...

—Cosa de musas... —repitió el hombre con una mueca.

—Sí, cosa de musas. Y si te dejé bien claro que la mejor manera de disculparse conmigo era regalarme dulces, ¿por qué no lo has hecho, Will?

—Porque no voy a disculparme...

—Pues empiezas mal.

—No creo que tenga que hacerlo. Me pillaste por sorpresa, yo no pedí estar “bajo tu influencia” —dijo, recalcando el gesto de las comillas con una sonrisa burlona que le dejó claro que seguía sin aceptar su naturaleza—, pero según parece no tengo más opción que hacerlo. No me han dejado más salida.

—Entonces quieres mi ayuda...

—No la quiero, pero voy a aceptarla —contestó él, imitando su gesto y cruzándose de brazos también.

—Will, Will, Will... Aún no has entendido cómo funciona esto. Yo soy la que te acepta a ti, no al revés. Lo único que aceptas tú son las condiciones innegociables de mi forma de trabajo.

William arqueó una ceja y pareció sopesar sus palabras un segundo.

—Nada es innegociable —contestó finalmente.

—Esto sí. Son las normas básicas de nuestra relación. Y por nada del mundo puedes romperlas. Si no estás conforme con ellas, no podré acogerte. Es muy sencillo. Si las rompes, dejaré de trabajar contigo inmediatamente.

William sonrió abiertamente por primera vez, aquello le interesaba. Ella le iba a explicar lo que tenía que hacer para poder terminar con aquella ridícula situación en cuanto Gina hubiese firmado el acuerdo.

—¿Por qué sonrías? —preguntó entornando la mirada.

—Tengo curiosidad. Nada más.

Resopló, no creyéndolo ni por un momento. Lo miró a los ojos, aquellos ojos increíblemente azules y eléctricos en los que la burla seguía paseándose altanera, y supo que aquel hombre le daría grandes quebraderos de cabeza. ¡Ojala pudiese rechazarlo!, se dijo así misma. No sería la primera vez que lo hacía, pero algo superior a ella le obligaba a ahondar en el dolor que vio el día anterior en su mirada, impidiéndole hacerlo.

—¿Y cuántas condiciones tienes? —le preguntó él con impaciencia.

—Solo son tres, pero in....

—Sí, ya lo has dicho, innegociables. Venga, dispara, que me muero por conocerlas.

—Eres bastante exasperante, ¿sabes?

William se limitó a encogerse de hombros.

—Bien, la primera es que tienes que estar siempre disponible. Sea la hora que sea y el día que sea, tienes que acudir a mi llamada. Las musas somos caprichosas, no sabemos de horarios ni nada por estilo. Centelleamos cuando debemos hacerlo.

—¿Centelleas? ¡Eso me gustaría verlo! —dijo con esa mirada burlona.

—Sí, centelleo, pero no sé si tú lo verás, eres demasiado corto de miras.

—Algo de eso me habías comentado ya, sí. En fin, ¿cuáles son las otras dos?

William la instó a hablar, dijese lo que dijese le era indiferente. Solo le seguiría el juego unas horas, un par de días a lo sumo. No había problema.

Didie no podía creer que él no tuviese nada que objetar a la primera regla. Cada vez se fiaba menos de él.

—Segundo, harás todo lo que te pida, si te niegas, dejaré de ser tu musa. Por loco o descabellado que parezca, lo harás —le dijo con mirada entornada y gesto ladeado, esperando que esta vez saltase con una negativa. Era imposible que un hombre que exudaba esa cantidad de soberbia accediese a tener que cumplir sus órdenes.

Pero él no se inmutó. Ni protestó, ni mostró el menor cambio en su gesto. Tan solo cuando vio que ella no continuaba hablando la instó a proseguir con un gesto de su mano.

Didie resopló y arrugó ligeramente la nariz. Él ya había visto ese gesto, lo había hecho en el muelle, al decirle que ella nunca se equivocaba. Era graciosa, eso no lo

podía negar.

—Está bien, y la última y más importante.

—La más importante, puff... ¿Debería ponerme nervioso?

—Con que tengas claro que bajo ningún concepto puedes incumplirla, me vale.

El gesto de la chica se volvió tenso y nervioso, y William tuvo curiosidad por saber cuáles serían sus siguientes palabras. Por primera vez desde que ella empezó con el cuento ese de las reglas quería escuchar lo que tenía que decir.

—No te enamorarás de mí.

Se quedó perplejo. No había esperado nada parecido. Y una sonrisa nerviosa asomó a sus labios.

—¿Enamorarme? ¿Lo dices en serio?

—Lo digo muy en serio. —Ni su tono ni su gesto eran de broma—. Las musas ejercemos unas fuerzas... Es algo difícil de explicar, pero las personas se ven influenciadas en nuestra presencia, y es fácil que caigáis en el error de enamoraros de nosotras, o más bien creer que lo habéis hecho.

—Yo no voy a enamorarme de ti, puedes estar tranquila.

—Bien

—Bien

—Pues entonces está todo claro. Ya podemos empezar a solucionar tu problema —dijo ella pasando por su lado en dirección a la puerta. Justo cuando llegó al umbral se giró para decirle—: Y la próxima vez, tráeme algo dulce. Es por tu bien —añadió con una de sus sonrisas infinitas. La primera que le brindó aquel día y que lo dejó conmocionado por la sorpresa.

CAPÍTULO 7

“Nunca escribo cuando estoy borracho. ¿Por qué se debe tener necesidad de estimulantes? La Musa es una noble doncella a la que no le gusta ser cortejada de un modo brutal o grosero. Y tampoco tiene vocación de esclavo; en cualquier otro caso, miente.”

Wystan Hugh Auden

Siete horas más tarde, William estaba harto de preguntarse cómo había personas que podían tragarse aquel cuento de la musa.

Didie había decidido que pasarían el día en el Golden Gate Park, y hasta el momento habían dado un paseo en barca, en el que lo había tenido más de una hora remando mientras ella tomaba el sol. También habían hecho senderismo y escalado un tortuoso sendero del que se resbalaba constantemente con sus carísimos zapatos de diseño italiano. Después se colaron en una actividad para niños con pinturas de dedos y lo obligó a hacerle un retrato, para el que posó advirtiéndole que debía captar su esencia.

Si hubiese sido por él, la habría pintado con una camisa de fuerza, que era lo que realmente le sugería aquella chica loca y desquiciada. Pero lo peor había sido tener que pasar diez eternos minutos abrazando un árbol. Cada situación que experimentaba con ella era más ridícula que la anterior, y no le encontraba ningún sentido. ¿Qué se supone que iba a sacar él de pasar el día haciendo todas aquellas tonterías? No podía decir que hubiese sido horrible compartir tiempo con ella, sobre todo porque prácticamente no habían hablado, salvo para decirle lo que deseaba hacer y, por supuesto, instarle a pagar cada una de las actividades. La incomodidad se hacía evidente cuando ella, una vez metidos en faena, se dedicaba a mirarlo sin disimulo con aquella enorme sonrisa dibujada en los labios. Como si estuviese disfrutando horrores de ver cómo seguía todas sus excéntricas ocurrencias.

Sin duda, el momento más incómodo había sido el del abrazo del árbol. Ella había argumentado dicha actividad alegando que para conectar con su parte más creativa debía estar en comunión con la naturaleza, con los espíritus naturales de su entorno. A él, aquello, como todo lo demás, le había sonado a cuento chino. No era más que otra patraña que se había inventado para verlo hacer el ridículo más

espantoso. Pues era eso, y no algún tipo de comunión, lo que había sentido al ver a familias y parejas pasar por su lado mientras él permanecía abrazado como un bobo a aquel enorme tronco. Cuando finalmente ella le dijo que podía dejar de hacerlo, se separó de él como si le hubiese estado quemando la piel cada segundo de contacto con la áspera corteza.

—Bien, estarás contenta —le dijo sacudiéndose las manos enérgicamente —, ya he abrazado al maldito árbol...

Didie negó con la cabeza con pesar y resopló torciendo el gesto.

—Madre mía, Will, ¿crees que después de pronunciar esas horribles palabras, estoy satisfecha con tu grado de comunión con los espíritus de la naturaleza? Vas a tener que repetirlo —dijo en tono condescendiente, apoyando ambas manos en las caderas.

—¡Ni lo sueñes! ¡Ya he abrazado el maldito árbol! —protestó, sin poder creer que ella quisiese que repitiese la escena.

—Cada vez que dices “maldito” creo que necesitas sumar diez minutos más de tiempo —añadió encogiéndose de hombros ante la mirada alucinada de su acogido.

William la observó durante largos segundos y advirtió que ella apretaba los labios conteniendo una carcajada. Se estaba burlando de él, la muy bruja.

—Dime la verdad, ¿has estado riéndote de mí todo el día?

—¡Nooooo! —negó ella, casi sin poder contenerse—. Es que necesitaba saber si de verdad ibas a cumplir todo lo que te propusiese...

—¿Me has estado poniendo a prueba? —preguntó furioso.

—Quizás un poco, pero es que no me creo esa actitud tuya falsamente conformista de esta mañana. Sé que ocultas algo y no me gusta que jueguen conmigo.

—Pues ya somos dos. Y esto es precisamente lo que me parece, un juego. Uno muy tonto y absurdo con el que me haces perder el...

William se quedó con la palabra en la boca porque de repente el rostro de Didie se iluminó y, pasando por su lado e ignorándolo, como no había hecho nadie hasta ese momento, se dirigió hasta la explanada pegando saltitos.

Estupefacto, resopló y la siguió. De momento no tenía otra alternativa. Entre la pintura de dedos y el abrazo del árbol, había llamado a Gina por teléfono, aprovechando que la señorita sonrisas infinitas buscaba el árbol “ideal”. Y su agente le había informado de que aún no estaba el acuerdo firmado. Había quedado para el día siguiente con la responsable editorial, y le volvió a recordar que de no cumplir

con su parte del acuerdo no acudiría a la cita.

—¡Eso es lo que necesitas, Will! —le dijo la chica señalando su última y gran idea.

William retrocedió un par de pasos.

—¿Estás de broma, verdad? —preguntó, sopesando la posibilidad de salir corriendo de allí de una vez por todas.

—¿Qué te ocurre? ¿Nunca has subido en un tiovivo?

—¿Me ves cara de pasar las tardes dando vueltas? —fue la respuesta de William, que la miró con el rostro desencajado.

—No me refiero a ahora, bobo; cuando eras niño. ¿No te llevó tu padre a un tiovivo?

El rostro de William se oscureció de repente ante la mención de su progenitor, algo que no pasó inadvertido a la mirada curiosa de Didie.

—Bueno, da igual si no lo has hecho antes. Lo harás ahora —decidió ella cambiando de tema.

—No voy a subir —aseguró él.

—No puedes negarte, recuerda la regla número dos.

William la miró unos segundos, a pesar de las muchas veces que había resoplado aquellas horas y mostrado su desagrado ante las actividades que ella proponía, aquella era la primera vez que le recordaba las malditas reglas que podían llevar el acuerdo al traste.

—Me mareo —alegó cruzándose de brazos.

—Un hombretón como tú... no puede marearse —contestó ella.

—Un hombretón como yo que tiene vértigos debido a un problema en el oído por un balonazo recibido en un partido de fútbol en la universidad, se mareo.

—¡Ups! Vaya... Lo siento... No tenía ni idea —contestó Didie. Se mordió el labio inferior mortificada.

William sonrió en su interior. ¿Por qué no se le habría ocurrido antes mentir para evitar sus ocurrencias? Daba igual. Sin duda, de aquella se había librado, la chica parecía realmente apesadumbrada. Lo último que quería hacer para culminar ese horrible día era subirse cual niño de pantalones cortos en el colorido tiovivo.

—No te preocupes, Will, yo subiré contigo —le dijo ella de repente, tomándolo de la mano y regalándole otra de aquellas enormes sonrisas—. No dejaré que te caigas. Cuidaré de ti en todo momento —concluyó sin soltarlo y llevándolo hasta el

tiovivo que acababa de detenerse para que el siguiente turno de pasajeros subiesen a la atracción.

William, totalmente estupefacto, no sabía si más sorprendido por la salida de ella o por el hecho de que lo llevase agarrado con aquella pequeña mano de piel delicada y extremadamente suave, se dejó guiar sin oponer resistencia. Solo cuando le indicó que subiese en la figura más grande de entre las decenas que había allí, un enorme caballo negro de crines plateadas, se dio cuenta de que estaba a punto de complacerla en aquella locura también.

—No puedo hacerlo —intentó rebelarse por última vez.

—Claro que sí. Además, ahora no te puedes echar atrás, está a punto de ponerse en marcha. Sube y no te preocupes, ya te he dicho que yo me ocupo de todo.

William vio que el personal del tiovivo avisaba de que iban comenzar y se subió al caballo con un enorme resoplido y, para su sorpresa, vio cómo se sentaba tras él, pegada completamente a su cuerpo.

En el mismo instante en el que la chica le rodeó la cintura con los brazos y apoyó la cabeza en su ancha espalda, el resto del tiovivo dejó de existir para él. Inmediatamente se vio envuelto en la fragancia a cerezas que salía de sus labios mientras le susurraba que se relajase, que todo iba a ir bien. Y su corazón desbocado por la discusión se ralentizó de manera alarmante hasta pensar que podría detenerse en el pecho.

Intentó tomar más aire con el que llenar sus pulmones, pero hasta la respiración se le hizo dolorosa. Era como si de la manera más inesperada perdiese el control de sus sentidos, quedando sometido a una fuerza inexplicable que tomaba el control por él. Cerró los ojos y sintió los dedos ágiles de Didie acariciar su vientre de manera despreocupada mientras seguía intentando que él se tranquilizase. Lo que no imaginaba ella era que con aquel aparentemente inocente y sutil contacto, conseguía que cada parte de su cuerpo masculino, hasta las más inconvenientes, estuviesen despertando de un profundo letargo. En su interior vio crecer la necesidad imperiosa de ser él quien la acariciase. Deseaba hacerlo más que nada en el mundo, y sin querer se imaginó atrapando el dulce aliento a cereza de la chica entre sus labios. Respiró con pesadez y contuvo un gruñido de deseo.

Didie, apoyada en la enorme y dura espalda de William, sintiendo cada uno de sus apretados músculos junto a la mejilla, se preguntó qué demonios le estaba pasando. Solo había pretendido tranquilizarlo, ayudarlo con su problema y conseguir

que se relajase disfrutando de la experiencia de dejarse llevar por el tiovivo. Lo que no había imaginado era que, al hacerlo, se vería afectada de aquella forma tan primitiva y poco apropiada. En cuanto rodeó la cintura de William y apoyó el rostro en su espalda sintió, igual que en el muelle, que su corazón se ralentizaba, haciéndola consciente de cada intenso latido, de cada profunda respiración de William acompañada a la suya. A pesar de respirar de aquella forma anhelante y profusa, el oxígeno que atesoraban sus pulmones se le antojó insuficiente para calmar las miles de emociones que se estaban apoderando de ella.

Y aun sabiendo que el contacto con él debía terminar cuanto antes, no fue capaz de separarse. Muy a su pesar, se vio acariciando de manera nerviosa su cuerpo, mientras el aroma masculino y amaderado de William despertaba sus sentidos. De repente, lo sintió contener el aliento cuando ella se aproximó sin darse cuenta a la zona más baja de su vientre y, sintiéndose apoderada por la mayor de las vergüenzas, se soltó de su cintura como si su contacto le quemase.

—No me sueltes —le dijo él con voz ronca, y atrapó una de sus manos con la suya, que llevó hasta su pecho, manteniéndola contra él hasta que pudo sentir a través de su fina camiseta el calor del cuerpo masculino llegar hasta su piel. Y bajo el contacto de sus dedos, el latido fuerte de su corazón.

Didie contuvo el aliento las dos vueltas que restaron del viaje, hasta que el caballo definitivamente se detuvo. Pero, aunque el tiovivo había dejado de girar, ella se sentía aun dando vueltas en su interior, costándole un segundo de más tomar la determinación de separarse de él y bajar del caballo.

Cuando William descendió tras ella, se miraron durante una centésima de segundo en la que ambos parecían igual de impresionados. Entonces fue consciente del gran error que había cometido subiendo a aquel tiovivo con él. Decidió apartar la mirada y, sin decir nada, salió de la atracción sintiendo cómo la seguía a su espalda.

—Bueno, creo que... por hoy ya has tenido bastante... —le dijo consciente de que tenía que tomar distancia inmediatamente.

—¿Tú crees?

—Completamente. Ha sido un primer día intenso...

—Sin lugar a dudas.

Las miradas de ambos se enlazaron durante un largo segundo.

—Pues... será mejor que me vaya —concluyó ella, alejándose un par de pasos.

—Pero... ¿no quieres que te lleve?

Didie se dio cuenta de que aquello parecía una huida en toda regla. Habían ido hasta allí en el Maserati plateado de William, pero no podía estar más tiempo junto a él.

—No hace falta, me apetece coger un tranvía y hacer un par de paradas antes de llegar a casa.

—Bueno, como quieras.

Ella asintió y le brindó una pequeña sonrisa.

—Nos vemos —le dijo mientras comenzaba a alejarse de él.

—¿Cuándo? —preguntó William sorprendiéndose a sí mismo, pues su tono parecía cargado de cierta urgencia—. Me refiero a que no sé cómo va esto... ¿Quedamos? ¿Tú me llamas? ¿Qué tengo que esperar a partir de ahora?

—Lo inesperado, William. Debes esperar lo inesperado —le dijo con una de sus sonrisas infinitas, antes de marcharse sin mirar atrás.

CAPITULO 8

"Imágenes, susurros, sensaciones y emociones que aletean inquietas, proyectando las vidas de otros, o quizá las mías que no recuerdo"

Lola P. Nieva

Dos días tuvo que esperar William a que Didie lo llamase.

Y aunque estaba convencido de que no era ansiedad por continuar con su “terapia” lo que sentía, sí tenía que reconocer cierto nerviosismo. Seguramente por el hecho de que su posición había quedado relegada a la de esperar pacientemente que ella decidiese cuando tenían que verse.

Mientras, el hecho de que Gina le hubiese notificado que la reunión con la editora se había retrasado una semana entera debido a la apretada agenda de viaje de esta, no ayudaba mucho a calmar su crispado estado de ánimo. Pero cuando estaba a punto de pensar que “su musa” se había olvidado de él, liberándolo de aquel absurdo acuerdo, ella lo llamó.

Acaba de terminar de cenar e iba a dejarse caer en el sofá frente a la enorme pantalla de plasma del salón, con la intención de ver una película que distrajese su mente de aquella estúpida espera, cuando su teléfono sonó.

A pesar de estar esperando la llamada, ya con ansiedad, se tomó unos segundos mirando el nombre de la chica aparecer en la pantalla intermitentemente. Tomó aire un par de veces y descolgó, sintiéndose algo más calmado. La voz de Didie, al otro lado de la línea llegó hasta él, dulce aunque un tanto insegura, como si ella también estuviese un poco nerviosa. Pero ante lo absurdo de aquella idea decidió desecharla inmediatamente. Didie no se jugaba nada con aquellos encuentros, de hecho, no tenía la menor idea de qué la motivaba a hacer lo que hacía. En un principio pensó que buscaba dinero, pero fue una de las primeras cosas que le preguntó al llegar al Golden Gate Park, y ella con gesto horrorizado, le aseguró que no tendría que pagar nada por sus servicios.

Entonces, ¿de qué vivía? Sin duda era una pregunta a hacerle en su siguiente cita, y esta llegaría en escasos minutos.

Lo había citado aquella tarde en *Amoeba Music*, una tienda emblemática de la

ciudad donde se podía encontrar una amplia colección de discos con temas de todos los tiempos. No podía negar que el hecho de que hubiese elegido ese sitio en especial, a él que siempre había sido un gran aficionado a la música, le provocaba una gran curiosidad.

Entró en el establecimiento y la buscó con la mirada entre las filas de expositores repletos de discos, CD e incluso posters, carátulas y demás material para coleccionistas. El local era bastante grande; hacía años había sido una bolera y estaba a reventar de género. Unos minutos más tarde algo llamó su atención.

Al fondo del local había una zona con grandes auriculares donde se podían escuchar los temas de los discos, y con uno de ellos puestos, una chica, de espaldas y ataviada con un vestido corto de vuelo en punto rosa se contoneaba al ritmo de la música. El movimiento de sus caderas, insinuante y cadencioso era hipnótico, y sin poder evitarlo se quedó allí clavado, observándola.

Llevaba la melena suelta formando grandes ondas al final de la misma que, sujeto en la parte más alta con un pañuelo a modo de diadema, le llegaban hasta la mitad de la espalda. Los altos tacones negros y aquella falda escueta le daban la oportunidad de admirar unas bonitas y esbeltas piernas, torneadas y excitantes, al igual que el resto de su curvilíneo cuerpo.

La excitación provocada en su cuerpo fue tan instantánea e intensa que se sintió turbado y dio un paso atrás, respirando profusamente mientras se pasaba la mano por el pelo. Miró a un lado y a otro, avergonzado de su propio comportamiento, y se dio cuenta de que no era el único hombre hipnotizado con la chica. Al menos tres tipos más la admiraban embobados desde distintos puntos del local. Y entonces ella se giró bailando, con los ojos cerrados, e ignorante de las reacciones que estaba provocando y William se quedó petrificado.

Era Didie.

Tenía que haberla reconocido en cuanto vio aquel cabello castaño brillante de aspecto sedoso, o cuando el movimiento de sus caderas provocó en él la misma reacción que al verla días atrás enfundada en sus vaqueros piratas, pero lo cierto era que había estado tan pasmado dejándose llevar por las inesperadas reacciones de su cuerpo, que había sido incapaz de pensar.

Se pasó de nuevo la mano por el pelo y volvió a advertir la mirada de aquellos tipos. Inmediatamente se sintió molesto. Sin pensarlo un segundo, se dirigió a ella a grandes zancadas hasta dejar sus rostros a escasos centímetros, posando una mano en

su cintura y reclamando su atención.

Ella se sobresaltó y lo miró con sus preciosos ojos castaños abiertos de par en par.

—¡Oh...Will! Me has asustado...

—Lo siento, estabas tan concentrada... —comentó sin expresión en la voz.

—Sí, es un tema fantástico —dijo ella iluminando el local con una de sus radiantes sonrisas—. Escucha. —Le ofreció los auriculares y él, tras mirar a los tipos sin soltar su cintura, los aceptó complacido al ver que apartaban la mirada.

Ofreció una sonrisa a la chica al tiempo que se colocaba los cascos, y se sorprendió al oír uno de los temas más sonados de Meghan Trainor: *Dear future husband*. No ocultó su sorpresa y ella arqueó una ceja.

—¿Qué ocurre, no te gusta?

—Sí, pero te imaginaba escuchando temas de las Andrew Sisters —explicó encogiéndose de hombros—. No negarás que ese aspecto de chica *Pin up* da un mensaje claro sobre tus gustos... —dijo él señalándola de arriba abajo.

—¡Vaya cliché! ¡A mí me gusta todo tipo de música! Aunque tengo que confesar que las Andrew Sisters están entre mis grupos favoritos —reconoció.

—Entonces me das la razón —dijo orgulloso.

—¡Por supuesto que no! Estoy segura de que crees que me tienes calada basándote en todo tipo de prejuicios y etiquetas.

—Posiblemente tanto como tú a mí.

—Yo sí te tengo calado a ti —aseguró ella, dándole un toquecito en el pecho con su dedo.

—Sí, de eso te jactas, de tenerme fichado desde el primer momento, como si pudieses leer en mí con tu supuesta magia, pero lo cierto es que no tienes ni idea de cómo soy.

—Bla bla bla bla...

Descartó sus palabras con un gesto de su mano y él la miró ceñudo.

—¿Qué... qué haces?

—Hablar es fácil, pero fíjate por donde, aquí tienes la oportunidad de callarme si es que puedes...

William la observó entornando la mirada.

—¿Me estás retando?

—¡Por supuesto que sí! —dijo ella con una inmensa sonrisa.

—Probablemente me arrepienta porque tienes una de las mentes más maquiavélicas que he conocido en la vida, pero... ¡acepto!

—No esperaba menos de ti, Will —añadió posando una mano sobre su brazo, complacida. El contacto de su piel sobre la suya, lo turbó y le costó respirar. Pero ella dejó de tocarlo con rapidez.

—Bien, comencemos. ¿Llevas tu móvil? —le preguntó sin darle tiempo a pensar.

—Mmm... claro, ¿por qué? —preguntó sacándolo de su bolsillo.

—Porque imagino que tendrás una lista de reproducción de música en él, como todo el mundo.

Le habría encantado llevarle la contraria, pero no podía hacerlo.

—Sí, la llevo —confesó.

—¿Y tú?

—Por supuesto, como todo el mundo —contestó ella con una sonrisa.

—Bien, ¿y ahora qué?

—Ahora te reto a encontrar, de entre todas las canciones de la tienda, una que se encuentre en mi lista de reproducción, en favoritos. Y no valen las Andrew Sisters, que esa ya las sabes —le dijo levantando un dedo.

—Me parece bien, pero tú tendrás que hacer lo mismo. A ver si eres capaz de encontrar una canción que se encuentre en la mía.

—No hay problema, pan comido.

William rio con ganas ante su comentario. ¿De veras ella pensaba que sabía tanto de él? Iba a llevarse una sorpresa.

—Con quince minutos deberíamos tener bastante, ¿de acuerdo? —preguntó, tomando su muñeca y mirando la hora en el carísimo reloj de William.

Una vez más su contacto lo perturbó, y se mantuvo muy quieto mientras ella, pegada a su cuerpo, calculaba los minutos para la prueba. Su aroma a cereza llegó hasta él y pensó que se volvería loco si no se separaba rápidamente.

—A... y veinticinco los dos tenemos que estar de vuelta justo en este punto —dijo ella separándose un poco, lo que le permitió respirar con alivio.

—De acuerdo, allá vamos.

William la vio alejarse con una de sus infinitas y traviesas sonrisas mientras se contoneaba por el pasillo y pasaba el dedo sobre las caratulas de los CD. Durante unos segundos le resultó prácticamente imposible apartar la vista de ella, hasta que se

dio cuenta de que si no lo hacía era muy probable que perdiese aquel reto. Y necesitaba esa victoria.

No solamente encontraba un placer especial en ganar a Didie; también en demostrarle que se equivocaba por completo si creía que lo conocía. La idea de que aquella mujer pudiese leer en su interior tan solo con mirarlo a los ojos era... inquietante.

Una fila, dos filas, tres filas casi interminables de CD más tarde, William se sentía más perdido que al comienzo. No debería resultarle tan difícil; probablemente si elegía cualquiera de los grupos o solistas emblemáticos de los 50, acertaría. Sin embargo, saber que se lo jugaba todo a una carta hacía que dudase entre varias canciones y finalmente no se decidiese por una en concreto.

Didie, sin embargo, parecía mucho más segura que él. A los pocos minutos de estar buscando, tomó un CD de uno de los expositores y lo guardó celosamente para mantenerlo alejado de su vista en todo momento. Con lo que no tenía la menor idea de si había dado en el clavo o no. La miró por encima de los expositores para coleccionistas y ella le devolvió la mirada, regalándole un guiño travieso y una sonrisa. Estaba perdido. Tenía que concentrarse, y bajó la mirada prometiéndose no volver a mirarla hasta haber elegido una canción.

Unos minutos más tarde, antes incluso de levantar la vista, presintió su presencia tras él.

—Se acabó el tiempo y no has ido al punto de encuentro, ¿te rindes?

—Claro que no. Acabo de encontrar justo lo que buscaba —aseguró él, aparentando una seguridad que no sentía.

—¿De veras? ¡Estoy impaciente por ver qué has elegido! —Saltó con el entusiasmo de una niña pequeña—. Perfecto, a la de tres cada uno saca su CD.

William se limitó a asentir con la cabeza.

—Uno... dos... y... ¡tres!

Ambos sacaron los CDs e inmediatamente el gesto de William se torció en una mueca.

—Por tu expresión, podría asegurar que he acertado —le dijo orgullosa.

—Bueno... Sí. —William cogió el álbum de The Script entre los dedos y de repente levantó el rostro. Entornando la mirada, preguntó—: Pero... ¿qué canción?

—*The man who can't be move*, por supuesto. Es un gran tema, dice mucho de cómo estás ahí dentro —explicó ella posando una mano en su pecho, sobre su

corazón.

—Tonterías... Es una canción muy conocida.

—¡Qué mal perder, señor James!

—No creo que haya perdido. ¿Qué hay de mi tema?

Didie tomó el CD de *Candyman*, de Christina Aguilera de sus manos y sonrió. Él también había acertado. Aunque no iba a reconocer que era la canción con la que despertaba cada mañana y le ayudaba a comenzar el día llena de energía.

—Está bien, hemos empatado —aceptó.

Según William, un empate no dejaba tan buen sabor como una victoria, pero desde luego era mejor que una derrota, por lo que finalmente sonrió.

—Bueno, es un empate, pero estoy seguro de que sería capaz de sorprenderte.

—No sé si serías capaz, pero podrías intentarlo, desde luego —aceptó ella sin pensarlo.

William conectó sus auriculares al teléfono y le colocó uno a ella con delicadeza, introduciendo la mano entre su mejilla y su cabello largo y ondulado. Después se colocó él el otro auricular.

Didie cerró los ojos y esperó escuchar la canción. Will la puso en la lista y dio al Play. A los pocos segundos, ella se mordía el labio inferior hasta enrojecerlo de forma provocadora.

Didie, con los ojos cerrados, se dejó llevar por las notas de *Crazy*, de Gnarls Barkley, y, sin poder evitarlo, comenzó a mover las caderas a su ritmo. ¿Quién podría resistirse a hacerlo con un tema como aquel? Era sexy, caliente y excitante hasta el delirio. Abrió los ojos y se encontró con la mirada intensa y electrizante de William a pocos centímetros. Inclinado sobre ella por la escasa longitud del cable de los auriculares, sus rostros quedaban tan próximos que compartían el aliento entrecortado mientras se dejaban llevar por el tema, moviéndose ambos al ritmo de la música, sin dejar de mirarse. No se tocaban, pero no podían estar más unidos.

Perdidos en la mirada el uno del otro, bailaron todo el tema como si el resto del local no existiese. Su elección era una sorpresa, sin lugar a dudas, pensó Didie, pero también ver lo bien que se movía. Ya sabía que era un hombre atractivo, muy atractivo, y su mirada electrizante ejercía un magnetismo difícil de ignorar, pero no se había percatado de lo sexy que era ver a un hombre moverse de aquella manera hasta que William no empezó a hipnotizarla con sus movimientos. También le sorprendió ver que él la había seguido en el baile en lugar de mirarla con el ceño fruncido. Aquel

día parecía mucho más relajado y estaba disfrutando mucho, quizás mucho más de lo que debiera, del tiempo que estaban pasando juntos.

Envuelta en sus divagaciones y en disfrutar de cada pequeño detalle del momento, llegaron hasta el final de la canción sin haberse dejado de mirar en ningún momento. Él sonrió y ella imitó su gesto como si fuese la otra cara de un espejo.

—Necesito un helado, uno muy grande —fue lo primero que salió de su boca mientras hacía un enorme esfuerzo por separarse de él.

—¡Puff, sí! Seguro que algo frío nos vendría fenomenal ahora mismo —confirmó él, resoplando como si de repente fuese consciente del calor que hacía en el local.

—Conozco un sitio en el muelle en el que hacen los mejores helados artesanos del mundo —propuso ella dirigiéndose a la caja, no sin antes coger de uno de los estantes más próximos el CD que escuchaba cuando llegó William a la tienda—. Es para Marguerite, un regalo de cumpleaños —aclaró ante la mirada curiosa de Will.

—Ya sabía yo que no era para ti —rio con ganas.

—No podías evitarlo, ¿verdad? Es superior a ti —le recriminó ella frunciendo el ceño.

Will se encogió de hombros.

—Solo por eso vas a invitar a los helados —le dijo, y se marchó con paso resuelto y tortuoso movimiento de caderas a pagar el CD, ante la absorta mirada de Will.

CAPÍTULO 9

“Siempre creí que la musa venía cuando ella quería y es mentira, llega trabajando. Cuando estás inspirado parece que las ideas fluyen mejor, pero hay que coger la guitarra a diario y garabatear un papel a ver si sale algo. Hago mil, luego los repaso, y si sale un trazo que me gusta, intento elaborar una falseta o una idea.”

Paco De Lucía

—Yo quiero uno con tres bolas: de vainilla con caramelo, nata con nueces y fresa con nubes —pidió Didie en la heladería.

William la miró preguntándose dónde iba a meter ella aquella cantidad desorbitada de helado. Seguramente sería de esas mujeres que comen con los ojos. Esas que pedían cantidades industriales de comida y luego la dejaban prácticamente toda en el plato.

Frunció el ceño de inmediato y, al cabo de unos minutos, tras ver como cogía con ambas manos el enorme cucurucho de helado, casi más grande que ella, llegaba su turno de pedir.

—El mío con dos bolas, una de chocolate belga y la otra de ron con pasas. —Sacó la cartera y antes de que le dijeran el importe depositó el dinero sobre el mostrador—. Imagino que querrás ir a una mesa.

—¿Por qué?

—Esa es una cantidad enorme de helado para mantenerla en movimiento —explicó señalando el gran cucurucho sobre que el hacían equilibrista las tres bolas.

—Me apetece pasear, ¿y qué es lo peor que puede pasar, que termine cubierta de dulce helado?

William tragó saliva inconscientemente ante la imagen que se recreó en su mente. Por suerte, ella no se dio cuenta porque ya había comenzado a caminar dos pasos por delante de él. La siguiente media hora apenas cruzaron un par de palabras, concentrados ambos en degustar sus deliciosos helados. Un sorprendido Will vio cómo ella lo terminaba hasta la última gota. Cuando ya no quedó rastro del mismo, no satisfecha del todo, se comió también la galleta del cucurucho.

—Mmm... ¡Estaba deliciosos! —exclamó Didie apoyándose en la balastrada de madera que daba a la bahía.

—Ya veo que sí. Tengo que reconocer que habría apostado a que no lo terminarías —confesó.

—Y habrías perdido —lo pinchó con una sonrisa burlona.

—Al parecer tú tampoco puedes evitar meterte conmigo.

—Me gusta ver la forma en la que frunces el ceño cuando te ofuscas. Estás muy gracioso.

—Es la primera vez que una mujer describe mi forma de enfadarme como graciosa.

—Quizás el día que te vea furioso de veras, no lo perciba así... Ahora guardas mucho dentro.

—Ya vuelves a hacer eso de creer que puedes leerme la mente —resopló.

—No te leo la mente, te siento —le dijo ella, deteniéndose delante de él y haciendo que también tuviese que parar.

Lo miró directamente a los ojos y William se puso nervioso inmediatamente. Ella posó una mano sobre su corazón con ligereza y contuvo el aliento unos segundos sin dejar de mirarlo.

—¿Quién te abandonó, William?

Will se perdió en su mirada castaña, advirtiendo por primera vez algunas motas doradas que bailaban intensificándola de manera hipnótica. También contuvo el aliento en una inhalación dolorosa y urgente y, sin dar una explicación coherente, el aire volvió a salir de sus labios acompañando las palabras.

—Mi padre.

Parpadeó un par de veces al oírse a sí mismo confesar con tanta facilidad e inmediatez. Intentó dar un paso atrás para apartarse de ella, confuso, pero Didie posó la otra mano en su rostro.

—No pasa nada, Will. No te asustes. Yo estoy contigo.

—¿Por qué te lo he dicho? —preguntó consternado.

—Porque necesitas hacerlo y yo soy un puerto seguro, Will. Seré tu puerto seguro.

—No sé lo que eso significa.

—Lo sé, no has conocido uno antes, pero tampoco tienes que entenderlo, solo sentirlo. Y ahora... deja que salga...

William no creía poder hacer lo que ella le pedía. Tampoco sabía si quería. Ciertamente había sentido cierto alivio al nombrar a su padre, pero no entendía por

qué debía contarle a ella cosas que jamás había contado a nadie. Sin embargo, tras perderse en su mirada un par de minutos más, antes de pensar siquiera en las consecuencias de abrirse a una chica a la que hacía pocos días que había conocido y a la que tenía la intención de dejar de ver lo antes posible, sus labios volvieron a abrirse.

Como si el resto del personal que paseaba por el embarcadero hubiese dejado de existir, le contó todo lo sucedido el día en el que su padre desapareció de su vida; lo que había sentido, cómo se había roto y cómo su vida cambió de un día para otro tras ese suceso. Cómo vio a su madre perder la ilusión por la misma puerta por la que se había marchado su padre y cómo después de aquello, para poder sobrevivir, tuvo que claudicar y volver a vivir bajo el techo de su madre, su abuela. Esta los acogió en su casa bajo sus estrictas normas y sus lecciones de moral, que pasaban por reprochar a su hija una y otra vez el error tan grande que había cometido cuando decidió casarse con un hombre como su padre, de una condición social más baja y sin la clase ni educación que ella había recibido desde su nacimiento.

A partir de ese momento, su abuela asumió el control de su formación y educación como correspondía a alguien perteneciente a una de las familias más importantes de Nueva York.

—¿Lloraste su pérdida? —le preguntó cuando él definitivamente guardó silencio.

William se limitó a negar con la cabeza. Ella sabía que había mucho más por contar, pero no era el momento. Él había abierto la puerta por la que dejar salir a sus demonios, y ese era un gran paso para liberarse de su carga.

—¿Sabes lo que necesitamos ahora? —volvió a preguntar, separando lentamente la mano de su pecho.

—¿Más helado? —preguntó él con una sonrisa cansada.

—¡No seas glotón! ¡No tiene límites, señor James!

Su infinita sonrisa de manera inexplicable le devolvió parte de la vida que sentía haber perdido minutos antes, cuando se vació para ella.

—¡Vamos a ir a ver una película! ¡Están reponiendo *Desayuno con diamantes* en el cine del embarcadero!

—Creo que debería volver a casa ya —repuso, aún consternado por lo que acababa de suceder.

—No puedes volver a casa ahora. Tienes que venir conmigo a ver la película —

insistió ella tirando de su mano.

—Ya la he visto.

—Sí, estoy segura de ello, pero nunca la has sentido como lo vas a hacer ahora.

William la miró preguntándose a qué se refería con lo de sentirla, y no tardó mucho en averiguar la siguiente de sus ocurrencias.

—Acabo de pagar para ver la película —protestó al advertir que ella, tras quitarse el pañuelo rosa con el que tenía recogido el cabello, pretendía cubrirle los ojos, una vez que se sentaron en las últimas filas de la sala.

Tan solo un par de parejas más situadas algunos asientos más adelante habían acudido a esa sesión, y aunque eso le asegurase pasar por un ridículo menor, la verdad era que no entendía qué iba a conseguir con aquel juego.

—No quiero que la veas, quiero que la sientas, y para eso tienes que abrir el resto de tus sentidos —explicó Didie. Sin esperar a que aceptase, se incorporó sobre él y pasando los brazos alrededor de su cabeza le anudó el pañuelo tapándole los ojos.

El pañuelo olía a ella, a su cabello, a su esencia femenina, e inmediatamente vio colmarse sus sentidos por las reacciones que le provocaba. Inhaló con profundidad el aroma y después sintió cómo ella volvía a su asiento, privándolo de nuevo de su calor.

—No le veo el sentido a esto —protestó una vez más.

—Es normal que ahora mismo no veas nada —apuntó ella risueña.

Sin duda se estaba divirtiendo una vez más a su costa, pensó William, y frunció el ceño cruzándose de brazos. Lo que no hizo más que aumentar el tono de las risas de su acompañante.

Miró a William que ya mostraba su ceño fruncido y postura defensiva cruzándose de brazos, y no pudo evitar reír. Estaba muy gracioso cuando se ofuscaba de esa manera. ¡William contra el mundo! No le costaba imaginarlo de niño con aquella mirada desafiante y ese gesto torcido cuando algo no saliese según sus planes o se viese obligado a hacer algo que no le gustase, bajo la atenta supervisión de su exigente abuela.

El recuerdo de lo que él le había contado en el muelle volvió a su mente, y revivió el dolor que él le había traspasado al hacerlo. Sin duda, el abandono de su padre había sido el detonante de todo. De su forma de actuar y enfrentarse a la vida desde niño, pero eso había sucedido hacía muchos años y tenía que haber algo más

que explicase por qué en aquel momento todos aquellos sentimientos frustrados habían llegado a bloquearlo. Le habría gustado conocer al William de entonces, al niño que se enfrentó a esos momentos de pérdida y dolor, y cogerlo de la mano. Pero lamentablemente no podía. Lo que si estaba a su alcance era ayudar al hombre en el que se había convertido.

Volvió a admirar su rostro, perfilado en la oscuridad por la luz de la pantalla en la que estaban proyectando en ese momento *trailers* de otras películas, y se quedó maravillada por la belleza masculina y soberbia de su rostro, de sus rasgos fuertes y aristocráticos. Sin llegar a tocarlo, perfiló con su dedo el rostro masculino, como si pintase sobre él con un pincel invisible. Su frente aún seguía ligeramente fruncida, incapaz de relajarse por completo. Continuó su camino descendiendo lentamente y llegando a su nariz, que recorrió siguiendo su perfil griego. Contuvo el aire al llegar hasta sus labios; carnosos, firmes, de curvatura perfecta y rictus exigente, y se preguntó cómo sería ser besada por aquellos labios.

El corazón se le aceleró hasta parecer que sería imposible contenerlo en su pecho y su pulso tembló frente a los labios de William. Temiendo llegar a tocarlo fue a quitar la mano, pero entonces él la atrapó con la suya. El súbito contacto hizo que contuviese el aire en los pulmones. No dijo nada, solo podía oír el zumbido sordo de su sangre recorrerle las venas a una velocidad vertiginosa. Will sostuvo su mano tomándola por la muñeca y el pulso pareció a punto de atravesarle la piel.

En ese momento dejó de pensar, no quería hacerlo, solo quería sentir, y antes de que ninguno de los dos pudiese racionalizar lo que estaba a punto de ocurrir, Didie se incorporó sobre él, rodeó su rostro con las manos y posó sus labios sobre los de él, robándole el aliento.

William sintió las pequeñas manos de Didie rodear su rostro. De alguna forma lo esperaba. Algo le había llevado a comprobar que ella estaba más próxima de lo que creía y, al tomar su mano, supo que ella deseaba tocarlo. Lo que no esperaba era que le besara, pero sentir sus labios, jugosos como fresones, sobre los suyos, despertó una necesidad fuera de control que se apoderó de él, imponiéndose a cualquier pensamiento coherente que le pudiese gritar que se separase de ella. Solo quería sentirla.

Entonces fue él quien apresó su rostro entre las manos, la sentó sobre sus piernas y la apretó contra sus labios, sintiéndolos henchidos contra los suyos. Y supo que quería mucho más; la suavidad de su lengua, el sabor de su boca de cereza, su

aliento dulce y perturbador... E introdujo la lengua en la cavidad tierna de su boca buscando explorar y descubrir cada una de las miles de sensaciones que sabía que ella le proporcionaría. La apretó contra él, borracho de una necesidad que superaba con creces cualquier cosa que hubiese experimentado con anterioridad.

Se oyó gemir mientras sus lenguas se enredaban, mientras sus labios se buscaban anhelantes, insaciables, sucumbiendo al mayor de los placeres, al más primitivo y carnal. Mordisqueó su labio inferior tiernamente, apoderándose de él con los dientes, lo sostuvo mientras ella le regalaba un gemido ahogado. Cada parte de su cuerpo respondió inmediatamente al deseo contenido. Ella se apartó un segundo buscando oxígeno y él mantuvo sus rostros pegados, uniendo sus frentes.

Se apartó el pañuelo de los ojos y acarició su labio con el pulgar sin poder creer que ese labio acabase de ser suyo. La piel de Didie resplandeció ligeramente y su corazón se detuvo en seco.

CAPÍTULO 10

“Mis musas nunca duermen, solo cierran los ojos para soñar y cuando los abren es para hacerme temblar el alma.”

Yolanda Revuelta

—*C'est magnifique!* —Fue la expresión maravillada de Marguerite al salir a la terraza y ver el trabajo de decoración que había realizado para su fiesta de cumpleaños.

—Me alegro mucho de que te guste —le dijo contenta de ver a su francesita feliz.

Se había esmerado mucho por recrear en la azotea de la casa el precioso ambiente que ella esperaba para su celebración. Y no solo eso, también le había preparado un par de sorpresas, como haber incluido en la lista de invitados a la fiesta a Vince, con la excusa de encargarle la tarta de cumpleaños. Más tarde, él se acercaría a la casa para hacer la entrega personalmente. Tal vez dándoles la oportunidad de compartir un rato juntos, en un ambiente relajado, ella se atrevería a dar algún paso más. Así lo esperaba, porque estaba segura de que sus amigos, a pesar de ser muy diferentes, eran perfectos el uno para el otro.

—¡Me encantan estos farolillos! ¿De dónde los has sacado? —Marguerite seguía admirando cada detalle de la decoración, y en ese momento le había tocado el turno a la bonita guirnalda de farolillos de colores, iluminados, que había colgado sobre sus cabezas.

—En una tienda de aquí cerca. No es nada. Son de papel de arroz —le quitó importancia.

—¡Pues son sencillamente adorables! ¡Muchas gracias, Didie! —La abrazó su amiga emocionada—. Tú eres la única familia que me queda y si no fuera por ti...

Marguerite contuvo un sollozo y Didie la abrazó con más fuerza aún. Después se separó de ella y limpió sus brillantes ojos verdes, de los que parecían a punto de brotar un par de lágrimas.

—¡Marguerite! Vas a arruinar tu maquillaje y estás preciosa esta noche. Es una fecha para celebrar y disfrutar, no para estar triste. Nunca estarás sola, siempre estaré contigo. Y en unos minutos, este espacio también estará lleno de gente que te quiere

casi tanto como yo. —Puntualizó el “casi”, levantando un dedo.

Su amiga comenzó a reír y asintió.

—Perfecto, así me gusta verte. Y ahora vamos a subir un par de sillas de la cocina, creo que me he quedado corta de asientos.

—Sí, seguro que necesitamos más —estuvo de acuerdo Marguerite.

Juntas bajaron a por más sillas de madera y un par de candelabros fucsias que se le antojaron a Didie para decorar la mesa de los canapés.

Cuando estaban de vuelta en la terraza, colocando las cosas, oyeron el timbre de la puerta.

—Ya están aquí. Ve tú a recibirlos que yo me quedo terminando esto —le propuso Didie.

La pelirroja, con una inmensa sonrisa, bajó las escaleras impaciente por encontrarse con sus amigos.

Ella aprovechó para revisar que todo estuviese perfecto. Y así era. Llevaba tres días dedicándose exclusivamente a la organización de la fiesta y eso le había permitido tener la mente ocupada y no pensar tanto en William. Bueno, en realidad, pensar, sí había pensado mucho. En él, en su situación, en ella y en qué demonios le había pasado en el cine.

Desde aquel episodio, cuando no había podido evitar besarlos de aquella forma, se preguntaba si no habría perdido la cabeza.

Ella tenía unas normas muy estrictas sobre la forma de relacionarse con sus acogidos. Era vital que se cumpliesen, y hasta la fecha, había sido inflexible al respecto. Para los acogidos era fácil dejarse llevar por las sensaciones que ella les transmitía; muchas veces se trataba únicamente de una mezcla de vulnerabilidad y cierta atracción inexplicable, algo inherente a las mujeres de su naturaleza. Gran parte del poder de las musas residía, precisamente, en generar ese tipo de energías en sus acogidos. Ese magnetismo les permitía influenciarlos, haciendo aflorar sentimientos que conseguían que sintiesen de manera más intensa y así crear con una fluidez liberadora.

De ahí que Didie hubiese decidido instaurar la regla de “no enamorarse” como uno de los fundamentos en los que se basaba la relación musa-acogido. Cuando veía que uno de sus influenciados no era capaz de controlar esa atracción, cortaba definitivamente la relación entre ambos y le daba el espacio que necesitaba para que sus pensamientos y sentimientos volviesen a racionalizarse. Pero, en esta ocasión,

había sido ella la que había traspasado los límites, acercándose más de la cuenta a su acogido y dando pie a confusiones. Quien necesitaba el espacio era ella.

Llevaba tres días sin ver a Will y no era por él. Se sentía mortificada y confusa por haberse dejado llevar. Ciertamente, en cuanto sus labios se posaron sobre los de él, William tomó parte muy activa en el beso, demostrándole una pasión y entrega que la habían dejado abrumada, excitada, deseosa y expuesta. Pero ella había sido la responsable. Ella lo había besado incapaz de contenerse ante las sensaciones que le despertaba. No sabía qué era, pero estaba ahí desde la primera vez que lo vio y no podía dejar que siguiese afectándola.

Sin embargo, a pesar de haber dejado pasar tres largos días sin contacto, aún no tenía claro que hubiese conseguido aplacarse lo suficiente como para volver a llamarlo. Se había llegado a plantear abandonar este caso, pero eso no habría sido justo para él. William la necesitaba, y mucho, y no podía castigarlo por una estupidez cometida por ella. Tenía que volver a verlo, aunque lo haría cuando fuese capaz de controlar sus inexplicables reacciones.

Oyó un bullicio procedente de la escalera que subía hasta la azotea y supo que la fiesta estaba a punto de comenzar. Lo agradeció. Necesitaba una velada divertida, ligera y entretenida con sus amigos; una que la ayudase a dejar de pensar en Will.

Marguerite apareció con el primer grupo de amigos, y con la mejor de sus sonrisas los fue recibiendo en la terraza, asegurándose de que todos eran atendidos, ofreciéndoles bebidas, invitándolos a probar los coloridos platos de entrantes fríos que había preparado esa tarde y ocupándose de ambientar la fiesta con una excelente selección de música de todos los tiempos. Una hora más tarde, con la azotea repleta de gente, la fiesta estaba en todo su apogeo. El ambiente era fantástico, y todos disfrutaban bailando y conversando entre ellos cuando el sonido de la puerta volvió a sorprenderlas.

—¿Esperas a alguien más? —se preguntaron la una a la otra al unísono, como si se leyesen la mente. Ambas se sonrieron de forma enigmática. Después, ante el gesto de la otra, las dos entornaron la mirada y otra vez se echaron a reír.

—¿Por qué no vas a abrir? —le preguntó Marguerite.

Didie dudó. Imaginaba que el nuevo invitado sería Vince y prefería que fuese la cumpleañera la que abriese la puerta y se llevase la gran sorpresa, dándoles así unos minutos para estar solos.

—No; creo que deberías ir tú. Es tu fiesta y, sea quien sea, ha venido a verte a ti

—la instó ella.

—No, de veras, es mejor que vayas tú. Estoy muy sedienta y necesito otro cóctel. Corre, no le hagas esperar —terminó por decidir Marguerite, que se marchó ante a la mesa de las bebidas ante la atónita mirada de su amiga.

Resopló con frustración. No se lo iba a poner fácil, lo tenía que haber imaginado. Cuando se trataba de confabular con la vida amorosa de su amiga, las cosas no solían salirle bien a la primera, ni a la segunda... quizás ni a la tercera. Pero esa noche tenía que ser diferente. Conseguiría que esos dos hablasen fuese como fuese. Decidió abrir la puerta con una determinación renovada capaz de mover montañas.

—Buenas noches, Didie —fue el saludo que William le brindó, acompañado de una enorme sonrisa.

Cerró la puerta enérgicamente en sus narices presa de un repentino ataque de pánico. Se apoyó en ella y resopló profundamente con una mano en el corazón, que parecía a punto de partirle el pecho en dos, desbocado. Unos golpes a su espalda la sobresaltaron.

—Didie, sabes que la puerta tiene un cristal y te veo, ¿verdad? —le hizo notar William desde el otro lado. Ella sintió como sus mejillas ardían, cautivas de la mayor de las vergüenzas. Antes de hacer más el ridículo, se decidió a abrir sin pensarlo demasiado.

—Hola...Will.

—Buenas noches, Didie —le dijo admirándola de arriba abajo sin disimulo. Después, se detuvo para perderse en su mirada, haciendo que su corazón parase en seco.

—Lo siento, no es un buen momento, no puedo atenderte ahora... Estamos en medio de una celebración...

—Lo sé, Marguerite me ha invitado a su cumpleaños. Le he traído un regalo —le explicó William, entrando directamente sin esperar a que ella lo invitase a pasar, mientras le mostraba un paquete envuelto en un delicado papel y lazada color lavanda.

Ella chasqueó la lengua.

—¡Ya! Así que Marguerite te ha invitado...

—Sí, pero no he traído regalo solo para ella...

—Ah, ¿no?

William metió la mano en el bolsillo de su pantalón y sacó una piruleta de cereza con forma de corazón.

Instintivamente se mordió el labio conteniendo una sonrisa complacida. William se la ofreció y ella la tomó de su mano deseando ya saborearla.

—Gracias. Me encanta. Las como sin parar.

—Lo sé... Sabes a cereza... —le dijo él dando un paso hacia ella. Didie se saltó un latido. Lo vio aproximarse hasta que casi sus rostros se tocaron, sin poder moverse ni un centímetro.

—¡Holaaa! —Los interrumpió una voz masculina desde la puerta.

Didie pegó un respingo y se separó de William con rapidez. No había cerrado la puerta y Vince apareció por ella, cargado con la enorme tarta.

—¡Hola, Vince! Pasa. Espera, te ayudo —lo recibió con gran entusiasmo, sintiéndose salvada por su aparición.

Sin duda, habría sucumbido a cualquier intento de William de acercarse a ella si su amigo no los hubiese interrumpido. Y tenía que recordarse una y otra vez que él lo hacía llevado por su influjo. No era real.

Vince dejó la tarta sobre el mostrador y fue directo a ella.

—¡Hola preciosa! —la saludó dándole un gran y cariñoso abrazo mientras la hacía dar un par de vueltas en el aire—. ¡Estás guapísima esta noche, pareces un ángel! —añadió, parando y admirándola.

Didie miró a William de soslayo y se dio cuenta de que este apretaba los labios en una mueca.

—¡Eres un adulator! Pero si quieres ver un verdadero ángel, Marguerite te dejará con la boca abierta. Vamos, os estáis perdiendo una fantástica fiesta —dijo mientras se alejaba para cerrar la puerta. Miró a ambos con una sonrisa nerviosa, pasó entre ellos y comenzó a subir las escaleras esperando que la siguieran.

Cuando llegaron a la azotea, Marguerite la esperaba con una sonrisa, que se ensanchó cuando vio aparecer tras ella a William. Un segundo después la sonrisa quedó congelada en sus labios, en un gesto nervioso, al ver que Vince seguía al escritor. Didie se acercó hasta ella y le susurró al oído:

—¡Feliz cumpleaños! Lo siento, este regalo no te lo he podido envolver.

Las mejillas de Marguerite se tiñeron de rojo inmediatamente.

—Yo a ti el tuyo tampoco —se la devolvió la pelirroja señalando a William, y fue el turno de Didie de encenderse como una bombilla—. Gracias a los dos por venir

—dijo la cumpleañera a los hombres, que se acercaron a felicitarla.

El primero fue William, que le dio dos besos y su regalo: una edición especial de su libro que, además, estaba dedicado. A Marguerite le hizo muchísima ilusión y le encantó verla así de radiante. Después llegó el turno de Vince, y para que ambos pudiesen tener cierta intimidad, Didie instó a Will a alejarse, con la excusa de buscar algo que beber.

—Esto está muy animado —comentó William en tono ligero mientras ella observaba a su amiga charlar con el pastelero.

Sí, le interesaba mucho ver si estos hacían algún tipo de progreso, pero centrar su atención en la pareja también era una excusa para no hacerlo en Will, demasiado próximo a ella, demasiado guapo con aquel pantalón vaquero ceñido a sus estrechas caderas y la bonita camisa celeste, que apenas conseguía competir con el fascinante azul de sus ojos.

William observaba a Didie atentamente mientras esta parecía estar mucho más interesada en el tipo de la tarta, al que miraba con descaro. Tal vez se había equivocado aceptando la invitación de Marguerite, pero después del beso del cine, de ver como ella salía corriendo tras él y de comprobar que no volvía a llamarlo, se mostró más que contento de tener aquella oportunidad para verla. No sabía qué había pasado esa tarde. Había dado vueltas una y otra vez a aquel beso, recreándolo en su mente constantemente e intentando averiguar qué lo había llevado a besarla de aquella manera, con tal necesidad que, al verla marchar, sintió la mayor de las pérdidas. Corrió tras ella, pero al llegar a la calle, había desaparecido. Como lo hizo el día del muelle. Después la llamó un par de veces, pero ella no le cogió el teléfono, solo le mandó un mensaje para decirle:

“Yo me pondré en contacto contigo, y por favor, no escribas.
Aunque tengas muchas ganas, no lo hagas.”

Sin duda, no había esperado recibir un mensaje como aquel, y mucho menos que le pidiera que no escribiese. No creía que fuese capaz de hacerlo de todas formas, pero, para su sorpresa, al día siguiente, en un par de ocasiones, estuvo tentado de seguir su instinto y sentarse tras el escritorio. Aun así, obedeció y no lo hizo.

—¿Por qué no puedo escribir? —le preguntó, intentando desviar su atención del tipo de las tartas.

Didie lo miró un segundo y después bajó la mirada a su vaso de refresco.

—Porque no puedes hacerlo hasta que terminemos de... trabajar juntos. Aunque tengas ganas en mitad del proceso, no estarás preparado del todo hasta que finalicemos.

—Sabes que tengo un plazo de entrega un poco ajustado, ¿verdad?

—A... ja —afirmó, volviendo a mirar a su amiga y a Vince.

William empezó a sentirse más que molesto. En ese momento los ritmos rápidos de las canciones que habían puesto cambiaron, y las notas de *More Than Words* de Extreme comenzaron a sonar. William, ni corto ni perezoso, decidió que era momento de tomar las riendas del asunto. Ella había decidido ser “su musa” y ahora no podía ignorarlo como si no estuviese en la fiesta. Le quitó el vaso de las manos, lo dejó sobre la barra de bebidas y, tomándola por la cintura, la llevó hasta la zona central donde las parejas comenzaban ya a bailar el tema lento.

—¿Qué... qué haces, Will? —preguntó atónita.

—Bailar contigo. Esto es una fiesta, y en las fiestas la gente baila.

—Ya sé que la gente baila, pero...

—¿Tengo que hacerlo con los ojos vendados? —le preguntó con burla, paseándose por su mirada azul—. No te lo recomiendo; con total seguridad te destrozaré a pisotones.

Didie no pudo evitar reír ante su comentario y él la acompañó en las risas mientras la pegaba a su cuerpo y se deleitaba con su olor a cereza.

CAPÍTULO 11

“Pasos de un peregrino son, errante, cuantos me dictó versos dulce musa en soledad confusa, perdidos unos, otros inspirados.”

Luis de Góngora

Cuatro horas después, Didie tenía que reconocer que se estaba divirtiendo mucho con William, quien se había integrado francamente bien en la fiesta, hablando con todo el mundo y bailando gran parte el tiempo con ella bajo la atenta mirada de algunas féminas, que no habían tardado en reparar en los encantos de su acogido.

—¿Eres consciente del revuelo que generas en el género femenino? —le preguntó cuando decidieron hacer una pausa en el baile para descansar y sentarse un rato a beber algo fresco.

William siguió la mirada de Didie y vio que un par de chicas los miraban desde la otra punta de la terraza, cuchicheando. Volvió la atención a ella y se encogió de hombros.

—¿Y tú? ¿Eres consciente del interés que despiertas tú? —fue su turno, señalándole a un grupo de chicos que hacían exactamente lo mismo.

—Lo mío no es real. Yo genero...

—Ah, sí... Eso de la atracción irrefrenable de las musas —se burló él.

Didie frunció el ceño.

—No es un cuento, Will. Es muy real.

—¿Quieres decir que ningún hombre puede sentirse atraído por ti de manera natural porque todos caerán bajo tu supuesto influjo?

Lo miró unos segundos. No creía que hablar con él sobre ese tema fuese muy adecuado. La conversación podía derivar por unos derroteros nada recomendables para ella. Pero él seguía mirándola fijamente en espera de una respuesta.

—Sí, eso estoy diciendo —fue la escueta respuesta con la que pretendió dar por zanjada la conversación, y se levantó para ir a rellenar su vaso y así darse unos momentos para tomar aire.

William la siguió y se colocó tras ella para susurrarle al oído:

—Entonces... ¿si yo quisiese volver a besarte, como el otro día en el cine, solo estaría siendo manipulado por algún tipo de fuerza misteriosa que me obliga a tener

esos deseos? —le preguntó tan cerca, que la piel de la nuca de Didie se erizó inmediatamente al contacto de su aliento.

Didie sintió que la terraza comenzaba a dar vueltas como si se hubiesen vuelto a subir en el tiovivo.

—Ujum... Sí, eso sería exactamente... lo que estaría pasando —contestó con un hilo de voz, que no sonaba ni de lejos todo lo contundente que pretendía ser.

William la vio evitar mirarlo en todo momento y la tomó por los hombros, girándola hacía él.

—No me lo creo —le dijo con una seguridad que la hizo temblar.

Will le miraba los labios como si estuviese a punto de demostrarle lo equivocada que estaba. Pero ella sabía que no era así. Todo aquello era ficticio. Lo sabía muy bien. Lo vio aproximarse lentamente a ella y temió que quisiese besarla de nuevo. Conteniendo el aliento lo detuvo posando una mano en su pecho.

—Will, no... No es real. No es lo que quieres de verdad.

—Sí es lo que quiero. Desde que nos besamos el otro día, he deseado volver a perderme en tu boca...

El aire se volvió tan espeso en los pulmones de Didie que la respiración se le hizo dolorosa.

—No es cierto.

—¿Quién es el terco ahora? —preguntó él con una sonrisa.

—Tú, sin duda, que no lo quieres entender —replicó ella convencida—. Piénsalo, Will. Hace unos días pensabas que era una chica loca y excéntrica...

—Eso no ha cambiado —dijo riendo.

¡Qué risa más sexy tenía! Era mucho más seguro mantenerlo enfadado.

—Vale, yo ni siquiera te gustaba...

—Nunca he dicho que no me gustes —se defendió él.

—Estoy segura de que en más de una ocasión has pensado en deshacerte de mí. —Se cruzó de brazos, retándolo a que la contradijera.

—Por supuesto que sí. Te presentaste como mi musa. ¿Qué querías que pensara?

—¿Y ahora eso no te importa?

William resopló.

—¿Qué quieres que te diga, Didie? ¿Que creo que eres una musa que va a hacer que consiga escribir un *bestseller*? No puedo hacerlo. Esa idea me parece tan

descabellada... Sería como creer en cuentos de hadas, y dejé de hacerlo el día que el mundo se hizo cruelmente real para mí.

William se pasó la mano por el pelo y resopló.

—Yo solo veo a una mujer... con una sonrisa infinita y unos preciosos labios que saben a cereza... —le dijo elevando la mano y acariciándole la mejilla.

Didie sintió el calor de su mano atravesarle la piel y se dejó llevar por la íntima caricia, apoyando la mejilla en su palma. Will llevó el pulgar hasta su labio inferior y lo rozó con delicadeza, aproximándose tanto a ella como para compartir su aliento. Sin dejar de mirarle los labios a escasos y tortuosos centímetros, contuvo la respiración, anticipándose al placer de saborearla de nuevo, de hacerla suya...

—No es real, Will. No es real —repitió, separándose de repente. Lo miró consternada con el pecho subiendo y bajando de manera acelerada, tan afectada como él, pero decidida a no dejarlo acercarse más—. No es real... —insistió, con la voz rota, antes de salir de allí corriendo.

—¡Didie! —oyó que la llamaba su amiga desde el otro lado de la puerta de su habitación, que golpeaba con los nudillos.

Se incorporó en la cama y se pasó la mano por el rostro antes de invitarla a pasar.

—¿Estás bien? —le preguntó mientras se acercaba a su cama y se sentaba junto a ella en el colchón.

Se limitó a asentir y la pelirroja le apartó un mechón de cabello de la mejilla, buscando su mirada en un intento por comprobar que así era.

No necesitó ni un segundo para cerciorarse de que Didie mentía. Estaba muy lejos de sentirse bien.

—¿Se han ido ya todos? —quiso saber.

—Sí... el señor James se marchó cuando desapareciste —contestó, sabiendo que era el único por el que preguntaba.

Se mordió el labio, mortificada. Estaba claro que no la engañaba.

—Siento haberme ido antes —se disculpó.

—No pasa nada, la fiesta ya estaba decayendo cuando decidiste marcharte. No te has perdido nada.

—Bien... —Fue su escueta respuesta antes de dejarse caer en la cama cerrando

los ojos con un gran suspiro. Se sentía agotada.

—Bueno, será mejor que me vaya a la cama. Mañana hablaremos, esta ha sido una noche muy intensa —dijo su amiga mientras se dirigía a la puerta de su cuarto.

—¿Por qué... lo has invitado? —le preguntó antes de que saliese.

—¿Por qué has invitado tú a Vince?

—Porque te quiero —le dijo ella sin dudar.

—Yo también te quiero, *mon cheri* —contestó Marguerite con una enorme sonrisa. Se marchó de la habitación dejándola sola.

—¿Qué demonios has hecho, William? ¡Te dejé muy claro que si no cumplías tu parte con la musa, no firmarías la ampliación del plazo de entrega! —le gritó Gina nada más contestar su llamada.

Confuso, se separó el teléfono del oído y miró el reloj sobre su silla-mesilla de noche, comprobando que eran las diez de la mañana. A esas horas no solía permanecer en la cama, pero no había conseguido pegar ojo hasta cerca de las seis.

—¿Sabes que eres el despertador más desagradable que he tenido jamás? —dijo, incorporándose en la cama.

—Y tú la persona más frustrante, desesperante... Y, de veras, William, ¡tengo ganas de estrangularte ahora mismo!

—Está bien, lo voy a preguntar... ¿se puede saber qué he hecho ahora? —preguntó sin entender una palabra.

—Eso me gustaría saber a mí, ¿qué has hecho? El acuerdo era sencillo: tú obedecías a la musa y yo firmaba el aplazamiento.

—Y he cumplido...

—¡No! ¡No lo has hecho porque acaba de llamarme y me ha dicho que no puede seguir trabajando contigo!

William se quedó petrificado.

—No puede ser... Didie no... ¿Por qué...? No lo entiendo...

Gina se quedó perpleja un segundo y guardó silencio. William parecía consternado y eso no le cuadraba. Pensaba que había intentado deshacerse de la musa, como sospechó que intentaría en cuanto supiese que ella había firmado el aplazamiento. Por eso había estado poniéndole excusas y mintiéndole sobre la fecha de firma de dicho acuerdo, que tenía más que cerrado desde el primer día. Pero él

debía haber descubierto que era así.

Cuando la musa la llamó para decirle que no podía seguir trabajando con él, dio por sentado que William había conseguido deshacerse de ella con alguna de sus tretas, pero él parecía sorprendido; aún más, afectado.

—¿No sabías nada? —le preguntó con curiosidad.

—¡No! ¡Claro que no! ¿Te ha dicho algo más? ¿Por qué no ha hablado conmigo? —Resopló desesperado. La urgencia en su tono era abrumadora.

Estaba angustiado. ¿William angustiado por la musa? ¿Por una mujer? ¿Qué estaba pasando? De haber estado frente a su agente, William habría visto cómo los ojos de Gina parecían salirse de las orbitas.

—No, no me ha dicho nada más... Solo eso... ¿Qué pasa? ¿Qué ha pasado con esa chica?

—Nada... Tengo que hablar con ella —lo oyó decir con determinación—. No te preocupes, yo lo solucionaré.

—Pero, William, dime... ¿Qué está pasando?

—Ahora no puedo, tengo que hablar con ella. Lo siento —le dijo antes de colgar.

Gina se quedó unos segundos mirando el teléfono alucinada. ¿Qué demonios estaba pasando? Era la primera vez que veía afectado a William por una mujer. Ni siquiera lo había visto así en ninguna de sus peleas durante los años que fueron pareja. Era una de las cosas que ella le reprochaba con frecuencia, acusándolo de no estar vivo. Y terminó asumiendo que él era así, mucho más frío y analítico que ella en sus reacciones.

Pero ese no era el William que acababa de oír al teléfono. Ya sospechaba que la musa lo había impresionado cuando se refirió a ella como la “señorita sonrisas infinitas”, pero nunca imaginó que lo hubiese hecho tanto. Finalmente dejó el teléfono sobre su escritorio y esperó que, fuera lo que fuese lo que había sucedido entre ambos, se solucionase. De momento, no le quedaba otra que esperar.

William se levantó como un resorte nada más colgar la llamada de Gina y fue hasta su baño con la intención de darse una ducha y salir de allí lo antes posible. Necesitaba hablar con Didie y no quería hacerlo por teléfono. Necesitaba mirarla a los ojos y que ella le explicase por qué no lo quería ver más. Por qué quería romper su acuerdo. Aunque tenía que reconocer que el trato le importaba un bledo.

Como había reiterado en innumerables ocasiones, no pensaba que estar con ella

fuese a conseguir que escribiera un *bestseller*, ni siquiera que desapareciese su bloqueo, pero había algo que no podía negar: ella le hacía sentir bien. Le despertaba sentimientos y reacciones que eran un auténtico misterio para él y a las que no pensaba renunciar. Y por extraordinarias y extrañas que estas fuesen, no se creía el cuento de la influencia de la musa.

Apenas media hora más tarde salía de su casa, dispuesto a atravesar toda la ciudad en busca de Didie. Pero cuando llegó frente a la puerta de la tienda de jabones de Marguerite toda aquella convicción que lo había conducido hasta allí en un tiempo record, se anudó en su vientre como una bola, atenazándole las entrañas. Sentía incluso que le costaba respirar.

No quiso pensar más. Necesitaba una explicación y bajó del coche, fue hasta a puerta del establecimiento y se preparó mentalmente para verla. Pero ella no estaba allí. En su lugar, una sorprendida Marguerite lo saludó con una sonrisa.

—Buenos días, señor James.

—Llámame William, por favor, Marguerite. Buenos días —le dijo sin poder evitar la tensión de su rostro.

Ella asintió con la cabeza, sin perder la sonrisa.

Didie, que volvía de hacer la colada, había entrado por la puerta de atrás de la casa, y se quedó petrificada en la trastienda cuando escuchó la voz de William hablando con Marguerite.

Hacía poco más de una hora que había llamado a Gina para decirle que no seguiría acogiéndolo bajo su influencia. ¿Qué hacía allí entonces? No se sentía con ánimos de enfrentarse a él en ese momento y decidió permanecer escondida hasta que él se marchase.

—Perdóname, pero necesito hablar con Didie, ¿está aquí? —preguntó William mirando a un lado y a otro.

—No, salió hace un rato... Pensé que más tarde había quedado contigo.

El rostro de la pelirroja se torció en una mueca.

—¿Por qué, te ha dicho algo? —quiso averiguar.

—No... me ha dicho que iba a hacer la colada y que después había quedado.

Fue el turno de William de torcer el gesto. Estaba claro que con él no había sido.

—¿Ha podido quedar con el tipo de las tartas? —preguntó antes de sopesar siquiera lo oportuno o no de realizar aquella pregunta.

Didie se quedó perpleja cuando escuchó la pregunta.

—¿Con Vince? —preguntó su amiga, sorprendida.

—Si así se llama el guaperas ese, sí, con Vince —confirmó él, dejando claro el desagrado que le producía aquel hombre.

Marguerite lo observó allí, tan tenso como una cuerda y preguntando si su amiga había quedado con el pastelero. Era más que evidente que el nuevo acogido de Didie estaba sufriendo un ataque de celos monumental. Se apiadó de él. No le parecía un mal tipo; tampoco peligroso. Ni uno de esos locos que la perseguían obsesivamente.

—No sé si ha quedado con Vince, pero si lo ha hecho, es solo como amigos. Lo son desde que ella lo acogió hace un par de años bajo su influencia, ayudándolo en su carrera.

—¿Lo acogió bajo su influencia? —preguntó sorprendido.

—Sí, claro, como a muchos otros. Pero con Vince sigue manteniendo una bonita amistad que, todo hay que decirlo, nos reporta succulentos donuts para desayunar todas las semanas.

William seguía con el ceño fruncido.

—Pero no hay nada entre ellos. Si Didie invitó ayer a Vince a la fiesta es porque la que está colada por él... soy yo —reconoció con las mejillas encendidas, sin poder evitar el bochorno que una confesión como esa le provocaba.

Didie no podía creer que su francesita le hubiese confesado sus secretos sentimientos a William.

—¡Oh, vaya!

—Sí... ¡Oh, vaya! —repitió Marguerite bajando la mirada avergonzada.

William se acercó hasta ella y posó una mano sobre el hombro de la chica.

—Si el tipo de las tartas llega a conseguirte, será muy afortunado, Marguerite.

Su amiga, hasta ese momento cabizbaja, levantó la vista y le brindó una sonrisa preciosa que emocionó a Didie.

—Gracias, William —le dijo con sinceridad.

—No hay de qué, solo he recalado lo evidente. Mira... siento haberte preguntado. Seguramente no debí venir. Necesitaba hablar con Didie, pero imagino que si ella hubiese querido hablar conmigo me habría llamado a mí y no a mi agente. Perdóname si te he importunado —se excusó él acercándose ya a la puerta.

—No lo has hecho.

—Gracias —dijo él con una pequeña sonrisa melancólica.
Y se marchó de allí.

CAPÍTULO 12

“En estos tiempos en que vivimos, los deberes de una musa son más amplios que sus derechos. Así de mal está el patio.”

Olga Salar

—¡Estarás contenta! —exclamó Marguerite nada más cerrarse la puerta de la tienda tras la salida de William.

Didie salió de su escondite con la cesta de la ropa apoyada en la cadera.

—¿Sabías que estaba aquí? —le preguntó con una mueca.

—El olor a suavizante te ha delatado —explicó su amiga.

Resopló. Fue hasta el mostrador y se sentó sobre la madera, como era su costumbre.

—¿Qué le has hecho? Está hecho polvo —le recriminó su amiga.

—¡No le he hecho nada! —se defendió.

—Algo habrás hecho para que viniese aquí a hablar contigo con esa cara.

—Bueno... solo... he dejado de tenerlo como acogido.

Marguerite abrió los ojos como platos.

—¡Es por su bien! ¡Se estaba obsesionando conmigo, dejándose llevar por el influjo...!

La pelirroja cambió el gesto de sorpresa por una expresión ceñuda y se cruzó de brazos.

—A mí no me parece un tipo obsesionado. ¿Recuerdas ese que acampó en la puerta gritando tu nombre? ¿O el que mandó decenas de ramos de rosas rojas acompañados de ridículos poemas?

—No me lo recuerdes, no me gustan las rosas...

—La cosa es que él ha venido a verte, pero finalmente ha respetado tus deseos, y tú lo has abandonado.

—¡Ese es un golpe muy bajo, Marguerite!

—¿No estoy en lo cierto? —preguntó, arqueando una ceja hasta ocultarla bajo el flequillo—. ¿No te necesita? ¿No me dijiste que soportaba un gran dolor? ¿Y no está en tu mano ayudarlo a superarlo y liberarlo de su carga para que pueda volver a

escribir?

Didie se limitó a asentir con la cabeza. No podía replicar, su amiga tenía razón. Ella estaba en disposición de ayudarlo y había decidido no hacerlo.

—Y entonces, ¿qué es lo que ha hecho tan horrible como para que dejes de trabajar con él?

—Cree que le gusto. Y desde que lo besé...

—¿Lo besaste? *Mon Dieu*, Didie! ¿Cuándo pensabas contármelo?

Marguerite estaba totalmente alucinada, y no le extrañaba en absoluto. Ella misma aún no era capaz de creer que lo hubiese hecho, y como no podía dar una respuesta coherente se limitó a encogerse de hombros.

—Te gusta... ¡Lo sabía! —exclamó su amiga, eufórica.

—No sé por qué te alegras tanto, esto no es bueno. ¿No te das cuenta?

—Pues no, la verdad. No hay nada de malo en que te guste.

—¡Claro que es malo! —exclamó, saltando del mostrador—. Cuando me toca... Puff... No sé, no puedo explicar cómo me siento... ¿Abrumada? Nunca me había sentido así antes, Marguerite. Y él es mi acogido. Cuando quiere besarme o tocarme... No es real.

—¿Cómo lo sabes? Tal vez sí lo sea. A lo mejor, el único problema que hay aquí es que tienes miedo.

—Tal vez... Pero de cualquier manera, no puedo confiar en sus sentimientos y yo soy una musa, no estoy destinada a enamorarme ni dejarme llevar por la pasión. ¿Quién sabe las consecuencias que algo así podría conllevar?

Marguerite sabía que Didie no iba ceder con respecto a ese tema. Estaba demasiado asustada. Ella nunca había estado en una situación parecida y entendía que se sintiese sobrecogida por todo aquello. Pero la quería tanto como a una hermana y creía que merecía ser feliz. No la iba a convencer de dejarse llevar por sus sentimientos, pero sí podía intentar que volviese a acoger a William apelando a su deber como musa.

—Sí... Te entiendo...

—¿Me entiendes? —preguntó perpleja.

—Claro, te entiendo. Tienes razón, no sabemos las consecuencias que podría acarrear que perdieses la cabeza por un hombre. Ya sabemos de la naturaleza volátil y excéntrica que tenéis las musas...

Didie frunció el ceño y Marguerite tuvo que hacer un gran esfuerzo por

aguantarse la risa.

—Y tienes razón, no deberías arriesgarte a hacerlo. Es mejor que mantengas las distancias. Pero claro... Eres una musa, y tu naturaleza es la de ayudar a aquellos que lo necesitan. Tú me dijiste que, de todos tus acogidos, quizás William fuese el que más había necesitado tu ayuda hasta el momento...

—Sí... es cierto... —confesó con un hilo de voz.

—No imagino lo horrible que ha debido ser para ti saber que no puedes ayudarlo, dejarlo desamparado en este momento tan crucial para él y quizás que no se recupere jamás...

Didie mordió el labio, mortificada.

—Pero bueno, si es lo que has decidido, yo te apoyo. Estoy segura de que es porque lo has sopesado todo y crees que es la elección correcta. Tú no puedes correr ese riesgo en favor de su beneficio...

“¡Dios mío! ¿Qué he hecho?”, pensó Didie. Marguerite tenía razón, era exactamente lo que estaba haciendo: anteponer su miedo al beneficio de William. Y él estaba en un momento crucial en el que, si no recibía ayuda, probablemente se quedaría estancado y jamás conseguiría salir. El dolor de su corazón era demasiado grande y ella ya había conseguido que empezara a abrirse...

—Bueno... Tal vez me haya precipitado...

—¿Tú crees? —preguntó Marguerite haciéndose la sorprendida—. No sé, tú no eres de las que se precipitan. Bueno, un poco sí. —Se concedió chincharla un poco—. Pero también eres de las personas que saben rectificar a tiempo. Tú jamás cometerías una injusticia. —Fue hasta su amiga y le rodeó los hombros con un brazo—. Esa no sería mi chica...

Ya no lo soportaba más. Se sentía el ser más rastrero sobre la faz de la tierra. ¿Cómo había sido capaz de abandonar a William de esa manera?, se preguntó mortificada. La ansiedad se anudó en su vientre, haciéndose dolorosa.

—¡Tengo que irme! —decidió repentinamente.

—¿Ahora?

—Sí, sí... Ahora. Voy a ver a William antes de que sea demasiado tarde —dijo dirigiéndose ya hacia la puerta.

—Claro, claro, tranquila. Si crees que es lo mejor...

Asintió y salió a toda prisa. Marguerite se sopló las uñas y les sacó brillo contra su hombro, satisfecha. Su amiga era una musa, pero ella no tenía nada que envidiarle

a Cupido. O a Maquiavelo. Rio para sí misma y se dispuso a organizar su escaparate de jabones, como cada mañana.

William llevaba cerca de una hora dando vueltas por la ciudad con su coche, queriendo entender qué era lo que había pasado. ¿Por qué Didie había decidido que no se verían más? Por mucho que lo meditó no encontró ninguna explicación lógica. Solo tenía clara una cosa: aquello no le gustaba. Si al menos se lo hubiese explicado... Pero ella, lejos de hablar con él directamente, había llamado a Gina. Como si esta fuese su madre y él el adolescente que necesitaba ser reprendido.

Había pasado de estar preocupado por la repentina decisión de Didie a estar furioso con ella por haberlo tratado así. Por eso, cuando llegó hasta la puerta de su edificio y descubrió que ella lo esperaba sentada en los escalones de la entrada, su rostro tan solo mostraba el enorme enfado que sentía.

Detuvo el Maserati en la acera de enfrente y la miró unos segundos antes de que ella se percatase de su presencia. Parecía nerviosa, dando vueltas de manera compulsiva a la piruleta de corazón presa entre sus labios y taconeando contra el escalón de mármol de la entrada. Exhibía un gesto tenso que no le había visto hasta entonces. Resoplaba nerviosa y, de repente, la vio levantarse y mirar a un lado y a otro de la calle.

No sabía cuánto tiempo llevaría ella esperándolo, pero quizás se había cansado de hacerlo. Temiendo que quisiese marcharse sin haber tenido la oportunidad de hablar con ella, salió del coche y la llamó desde la acera. En cuanto ella lo vio, le brindó una sonrisa nerviosa.

No era su inmensa e infinita sonrisa, pero fue suficiente para hacerle notar que su corazón ya latía de forma diferente ante la expectativa de encontrarse de nuevo con ella. Mientras esperaba que terminasen de pasar los coches por la calle y poder cruzar hasta ella, no pudo evitar observarla. Llevaba un pantaloncito pirata negro de talle alto y una camiseta blanca ajustada de cuello barco que dejaba sus hombros descubiertos, un pañuelo atado al cuello y unos altísimos tacones negros. Estaba preciosa, como siempre. Aquel conjunto acentuaba cada una de sus suculentas curvas, y tuvo que tragar saliva antes de llegar hasta ella, si es que quería pronunciar alguna palabra.

—Hola, Will —lo saludó, mostrando cierta timidez.

William no pudo evitar quedarse mirando sus labios teñidos de rojo por la

piruleta y tuvo que recordarse que estaba enfadado con ella, porque ya solo pensaba en besarla.

—¿Qué haces aquí, Didie? Pensé que ya no querías verme más —le espetó directamente, mostrando su enfado.

Didie se mordió el labio que él deseaba en ese momento más que respirar, y tuvo que apartar la vista.

—Lo siento...

—¿Qué es lo que sientes? ¿Haber roto nuestro acuerdo o hacerlo a mis espaldas? —le dijo cruzándose de brazos frente a ella.

Se quedó embobada mirando cómo aquellos brazos enormes de piel bronceada se cruzaban sobre su no menos enorme y duro pecho, y decidió meterse la piruleta en la boca antes de que se le escapase un gemido. No había sido buena idea, no. Definitivamente, ir hasta allí para arreglar las cosas había sido una pésima idea. Si ni siquiera podía hablar con él sin tener ganas de recorrerlo con la lengua. ¿Qué le estaba pasando? Daba igual, no podía echarse atrás. Tenía que anteponerlo a él y a sus necesidades, y especialmente a su falta de autocontrol.

—Siento ambas cosas. Pensé que hacía lo mejor para ti...

—¿Lo mejor para mí? —Incrédulo, William enarcó una ceja—. Tú me convenciste de que necesitaba esto. Y de repente decides que ya no me verás más. Yo te conté cosas... Dijiste que eras un puerto seguro...

El corazón de Didie se encogió en un puño. Will tenía tanta razón. Había sido una egoísta y entendía perfectamente que él no quisiera perdonarla.

—Lo sé, he sido la peor de las musas. Yo solo pensé que no quería que te confundieras, el influjo...

—¡Ya estamos otra vez con esa estupidez! —Resopló, y quiso pasar por su lado para entrar en el edificio, pero ella se puso en su camino.

—William, no es una estupidez. Es real. El influjo existe, y es lo que hace que te sientas atraído por mí.

Se acercó a ella, subiendo el escalón que los separaba. Didie, subida al siguiente, aún seguía quedando unos centímetros por debajo de sus ojos, y la miró con intensidad. Ella tragó saliva y soltó el aire de los pulmones con lentitud, regalándole ese aliento a cereza que lo volvía loco.

—Didie, soy un hombre, no un pelele. Y tú una mujer preciosa. —Ella contuvo el aliento—. Y si me siento atraído por ti no tiene nada que ver con el maldito influjo.

—Yo te puse unas normas...

—Y no las he incumplido. A pesar de haber deseado hacerlo en innumerables ocasiones, no lo he hecho. Y si te refieres a lo de no enamorarme, bueno, según parece no me vas a dejar averiguarlo, ¿verdad? Pues no sé qué problema tienes.

Se quedó perpleja ante su comentario y parpadeó un par de veces sin saber cómo reaccionar. ¿Él quería averiguarlo? ¡No! Era una locura. No era real... Lo que él sentía no era real, pero muy a su pesar las reacciones que tenía ella, sí lo eran.

—Así es como deben ser las cosas —dijo mirando al suelo.

—Perfecto —añadió él con gesto serio—. Pensé que esto ya estaba claro.

—Yo también lo pensé, pero luego nos besamos...

—Luego me besaste —puntualizó él—, y me encantó. No soy de piedra, Didie. No puedo evitar que me gusten tus labios, tu sabor, el tacto de tu piel...

—Déjalo, Will... —lo interrumpió, con la respiración entrecortada.

—¡No! ¡Quiero que me escuches! Me gustas, mi cuerpo reacciona cuando está junto al tuyo y no puedo evitarlo. Deseo tocarte, besarte, acariciarte, lamerte... Y no sé cuántas locuras más. Lo deseo y no tiene nada que ver con tu supuesta magia. Tiene que ver contigo y conmigo, con un hombre y una mujer. Me prohibiste enamorarme de ti, perfecto, dejaré mi corazón a buen recaudo. No soy tan suicida como para entregárselo a alguien que no desea recibirlo. Ya está todo claro. No temas por mí, sé cuidarme solo.

El corazón de Didie se encogió un poco más.

—Y ahora, si quieres seguir siendo mi musa, estás invitada a subir —concluyó él cuando pasó por su lado.

Subió los escalones que restaban hasta la puerta y la abrió bajo la atenta mirada de una Didie perpleja. Él pasó, dejando la puerta abierta, y ella lo siguió sin pensarlo demasiado.

Había ido hasta allí para volver a acogerlo y eso era lo que iba a hacer. Will le había dejado claro que no se enamoraría de ella y aquello debía tranquilizarla lo suficiente como para no volver a dudar. Según parecía, él lo tenía todo controlado.

“Bien”, pensó sin poder evitar sentirse molesta por tanta determinación y autocontrol. Un autocontrol del que ella carecía por completo. Tenía que ayudar a Will y terminar cuanto antes con aquello. Sí, eso es lo que haría, sesiones intensivas con él hasta que consiguiese liberarlo de su carga y, cuando hubiese salido del bloqueo, alejarse cuanto antes y ponerse a salvo.

CAPITULO 13

“La musa es la primera nota en la infinidad del silencio.”

Josephine Lys

—¿Quieres un café? —le preguntó Will en cuanto la vio entrar por la puerta de su *loft*.

Didie, antes de contestar, no pudo evitar quedarse mirando el entorno con la boca abierta. Era inmenso, tan blanco y elegante que se sintió inmediatamente sobrecogida.

Miró a William y se dio cuenta de que él esperaba una respuesta a su invitación.

—No gracias, no tomo café. Y tú tampoco deberías hacerlo, no necesitas excitantes.

—Dijo la chica que se alimenta a base de azúcar...

Ella torció el gesto en una mueca.

—No lo entiendes, es cosa de musas.

—Sí, eso dijiste. Pero no llegaste a explicarme por qué.

—El azúcar me ayuda a mantener los niveles de energía, me consumo rápidamente. Y si eso pasa, me pongo mal. Me cambia el humor.

—¡Wow, qué miedo! —exclamó burlón.

—No te reirás tanto si me ocurre alguna vez en tu presencia —le advirtió ella, levantando el palo de su piruleta ya consumida—. ¿Puedo cotillear? —le preguntó señalando las puertas que daban a aquel enorme salón.

—¿Acaso podría impedírtelo?

—La verdad es que no —dijo con una gran sonrisa, y William se quedó prendado de aquel gesto suyo, hasta que la vio desaparecer en dirección a su cuarto.

Estuvo varios minutos conteniendo la curiosidad de saber qué estaría haciendo allí, hasta que fue superior a sus fuerzas y se dirigió al dormitorio para encontrarse con una escena de lo más excitante: Didie, echada sobre su cama, con los brazos abiertos y los ojos cerrados.

“¡Venga, hombre!”, pensó. Acababa de decirle que podía controlarse perfectamente, ¿y ella iba y se echaba en su cama? Se apoyó en el marco de la puerta

y se cruzó de brazos a observarla. Estaba totalmente estirada, su vientre liso se hundía, y sus pechos, llenos, se erguían contra la tela de su camiseta blanca. Los pezones endurecidos se marcaban, regalándole imágenes tortuosas en las que deleitarse. De repente, la frente de Didie se frunció molesta, aun con los ojos cerrados.

—¿No te gusta mi cama? —le preguntó sin moverse de la puerta.

Didie pegó un respingo levantándose de golpe, sorprendida.

—No... La verdad que no.

William enarcó una ceja.

—Está todo mal puesto. Esta habitación no deja fluir la creatividad.

—Por suerte aquí no escribo, reservo el dormitorio para otras cosas...

La sonrisa pícaro y hasta maliciosa que se paseó por los labios de William logró que el corazón de Didie se saltase un latido.

—Eso no tiene importancia, toda tu casa debe dejar fluir las energías. Nunca se sabe dónde puede nacer la inspiración.

—Si tú lo dices...

—Sí, lo digo.

—¿Y qué crees que deberíamos hacer para cambiar las energías de mi cama?

—William fue hasta ella, pasó por su lado y se dejó caer sobre el colchón. Cruzó los brazos por debajo de su cabeza y se dedicó a observarla desde allí.

Una vez más, pensaba que todo aquello de las energías era una auténtica estupidez, pero pensaba seguirle la corriente. Si hacerlo le permitía tenerla en su dormitorio un rato más, dejando su aroma a cereza por todas partes, no sería tan mala idea...

La observó ponerse colorada hasta las orejas mientras le contemplaba en la cama, y disfrutó con su turbación. Ella podía decir muchas cosas y alegar una y otra vez que el problema residía en que él se sentía atraído por ella, pero era evidente que la atracción era mutua.

—Deberíamos cambiar todos los muebles de sitio. Así no están bien. No se ve la luna desde la cama —aseguró, desviando muy convenientemente su atención hacia la ventana.

William se incorporó de un salto y se acercó a ella. Se pegó mucho a su rostro, como si quisiera desde allí tener su mismo punto de vista.

—La luna... Mmm —susurró, aparentemente concentrado en mirar a través del

crystal, pero acariciando la aterciopelada mejilla con su cálido aliento.

—Ujum... Sí, la luna —aseguró Didie—. También hace mucho calor en esta habitación, tenemos que airearla —añadió en voz baja mientras se apartaba de él con la excusa de abrir el gran ventanal.

—Bueno, si está todo mal, habrá que cambiarlo de sitio, ¿no? —preguntó William, que se descubrió disfrutando de aquel juego. Didie lo miró perpleja. Estaba realmente colaborador—. Pues vamos, no hay tiempo que perder.

Durante la hora y media siguiente, William acató todas y cada una de sus órdenes y sugerencias sobre la ambientación y decoración del dormitorio. No solo movieron la enorme cama de sitio, sino también el resto de los muebles e incluso la distribución interior de los armarios.

—Esto está mucho mejor.

Didie exhibía una sonrisa inmensa y satisfecha.

—Parece más amplio, desde luego —reconoció—. ¿Y con el resto de la casa qué hacemos?

Ella le brindó otra sonrisa, complacida con su buena disposición para el cambio, y salió del dormitorio en dirección al gran salón. Se cruzó de brazos y después se tocó la barbilla pensativa.

—Esto tampoco está bien. Esta es tu zona de trabajo, ¿verdad? —preguntó al tiempo que señalaba su gran escritorio de ébano.

—Sí, esta es —corroboró, con un fuerte resoplido cargado de pesar que no se le escapó a la chica.

—No puedes escribir aquí. Tienes una casa hermosa, muy luminosa y con unas vistas impresionantes, pero tu zona de trabajo es la más sombría de todas. No tiene una ventana siquiera. Seguro que te sientes asfixiado aquí —añadió sentándose en su sillón de cuero. Apoyó las manos en los reposabrazos y aspiró, terminando por negar con la cabeza—. De ninguna manera. ¡Esto es horrible!

La vio arrugar la nariz con aquel pequeño gesto tan gracioso que hacía cuando estaba contrariada, y contuvo una carcajada. Ella se tomaba tan en serio todo aquello...

—Bueno, ¿y que propones?

—Déjame pensar en la distribución. Tienes muchas cosas aquí... —le dijo mirando los muebles muy concentrada. Los medía con sus manos y encuadraba con sus dedos, imaginándolos en distintos sitios.

William aprovechó su concentración para ir hasta la cocina y preparar unos sándwiches. Con aquel tema del dormitorio habían consumido el resto de la mañana y algo tenían que comer; sobre todo, teniendo en cuenta que ella pensaba tenerlo toda la tarde moviendo muebles de un lado para otro. Abrió la nevera y sacó todo lo necesario para preparar dos sándwiches vegetales completos y una ensalada de frutas variadas. Ella seguía concentrada en su labor. Recogió la barra de la cocina, y colocó en ella una sencilla mesa para dos.

—¿Vino, cerveza, refresco o agua? —le preguntó cuando hubo terminado.

—¿Cómo?

—¿Qué prefieres beber?

Ese fue el momento en el que Didie se dio cuenta de lo que él había estado haciendo y, sorprendida, se dirigió hasta la barra para admirar la mesa.

—Agua —dijo al comprobar que él seguía con la nevera abierta en espera de una respuesta.

William sacó una botella de la nevera y dos copas. Las colocó frente a cada plato y las llenó del fresco líquido.

—Lo siento, no tengo mucha mano con la cocina.

—A mí me parece una comida perfecta, gracias —le dijo con sinceridad, y tomó su enorme sándwich del plato, intentando que se le cayese la menor cantidad del relleno —. *Bon appétit!* —le deseó ella justo antes de morder con apetito.

William esperó a ver cuál era el veredicto. Didie masticaba con los carrillos llenos, complacida, y entonces sonrió satisfecho y comenzó a comer.

—¿Cuánto tiempo hace que eres amiga de Marguerite? —le preguntó un rato después.

Solo con nombrar a su amiga provocó en el rostro de Didie una sonrisa. Era evidente lo mucho que la quería.

—Desde el primer día que llegó a San Francisco, hace siete años. Sus padres acababan de morir y ella venía para quedarse con su abuela paterna. La tienda de jabones era suya. Mi familia de acogida vivía dos calles más arriba de la tienda y no tardamos en coincidir. En seguida nos hicimos amigas. Estábamos destinadas.

William dejó de comer y la miró con gesto serio.

—¿Familia de acogida?

Didie asintió con la boca llena.

—¿Y... tus padres?

Terminó de tragar y contestó.

—Mis padres murieron cuando yo tenía doce años. Y no tenía más familia que se pudiese ocupar de mí. —Suspiró—. Estuve en varias casas de acogida hasta los dieciocho, y entonces conocí a Marguerite y su abuela, que me propusieron vivir con ellas. Desde entonces estamos juntas.

—Vaya... Lo siento mucho. La muerte de tus padres debió ser muy dura para ti —le dijo con sinceridad.

—Sí, lo fue. Yo los adoraba, pero me siento afortunada de haberlos tenido esos años conmigo. Mi madre también era musa, y ella me enseñó todo lo que sé: a observar la vida bajo otro prisma, a aceptar el dolor como parte del aprendizaje y a saber apreciar el lado bueno de las cosas.

William la observó admirado. Didie no había tenido una infancia fácil ni sencilla, y, sin embargo, no hablaba de ella con amargura ni pena, sino sintiéndose agradecida de lo que había tenido. Envidió esa capacidad suya de ver las cosas con otro prisma. Él no había sabido hacerlo en todos esos años.

Tras la marcha de su padre, terminó por pensar que había sido lo mejor para su madre y para él, pero aquella decisión estuvo marcada por los comentarios y reproches que escuchó cada día en labios de su abuela, que se empeñaba en recordarles lo vil y rastrera que era la condición de su progenitor.

—Me alegro de que Marguerite y tú os tengáis la una a la otra —fue lo único que se sintió capaz de decir.

—Gracias, Will. —Posó una mano sobre su brazo, en un gesto de cariño que erizó la piel de su brazo.

Y ambos se quedaron mirándose durante un segundo interminable.

—Bien, no podemos apalancarnos. ¡Tenemos mucho que hacer! —Ella se levantó del taburete como si le hubiesen pinchado el trasero.

—Está bien, vamos allá —dijo él, siguiéndola hasta la zona del escritorio.

—Creo que deberíamos pasar tu zona de trabajo al salón, y los sofás y la mesa a esta otra.

Will se quedó mirando sus pesados muebles e imaginando todo lo que ella quería hacer. No estaba en absoluto convencido, pues había tenido los muebles en esa disposición desde que decidió mudarse a aquella casa, hacía ya cinco años, y hasta la fecha no había tenido ningún problema con la actual organización. Tampoco creía que cambiar los muebles de sitio fuese a reportarle beneficio alguno, pero ella parecía

convencida de que así sería. Y la verdad era que prefería pasar la tarde moviendo muebles con ella que decidiendo solo si se atrevía a sentarse en su escritorio, o no.

—¿Y por dónde empezamos? —terminó por preguntar.

—Pues si quieres, mientras tú arrastras los sofás hasta aquí yo voy vaciando el escritorio, y después lo llevamos juntos hasta ese gran ventanal.

—Me parece bien —contestó, dispuesto a comenzar.

La dejó a ella con la ardua tarea de quitar las toneladas de cosas que tenía esparcidas en su zona de trabajo y él se quitó la camiseta, preparándose para mover los pesados sofás.

Didie empezó a amontonar los papeles, libretas, carpetas, y demás cosas que William tenía esparcidas por todo el escritorio, sin dejar un pequeño espacio libre, cuando se dio cuenta de que era mejor transportar todo aquello en algún tipo de caja.

—¡Will! ¿Tienes alguna cesta o caja en la que pueda guardar...?

Las palabras de Didie quedaron atrapadas entre sus labios cuando se giró y lo vio allí, empujando el pesado sofá con el pecho descubierto. Intentó encontrar saliva que tragar, pero tenía la boca completamente seca. Jamás en su vida había visto a un hombre tan bien hecho. Sin poder evitarlo, se deleitó en cada una de las formas de su masculino y duro cuerpo.

Tenía los hombros y el torso anchos, poderosos y perfectamente esculpidos. Deslizó la mirada por su gran pecho por el que resbalaban algunas gotas de sudor, deslizándose provocadoras hasta sus perfectos abdominales, tan marcados y masculinos que, sin pretenderlo, le hicieron soltar un gemido hasta verlas llegar a la cinturilla de sus pantalones. Su piel bronceada brillaba y ella solo tenía una cosa en mente: recorrerla lentamente con sus manos, con su lengua...

—¿Qué ocurre? —preguntó William cuando la descubrió observándolo atónita—. ¿No era esto lo que querías?

—¿Cómo? —preguntó sin entender a qué se refería.

—El sofá, ¿no lo querías aquí?

Didie se puso una mano en la frente y cerró los ojos buscando algo de cordura en su mente espesa. Pero, aunque apartase la vista de él, lo único que recreaba su mente calenturienta era el esculpidor cuerpo de Will. Para colmo, abrió los ojos y lo vio pegado a ella, con todos aquellos músculos enormes y excitantes a tan solo unos centímetros, ocupando todo su campo de visión.

—¿Estás bien? —le preguntó, tomándola de la barbilla y obligándola a mirarlo.

—Mmm... Sí. Bien, estoy bien —balbuceó—. Solo necesito ir al cuarto de baño un momento.

Se apartó de él sintiendo que la habitación daba vueltas a su alrededor. Ya estaba de nuevo en el tiovivo, pensó. Y apoyándose en las paredes huyó a recuperarse en la intimidad del baño.

William la vio marchar y sonrió satisfecho. Le había encantado ver la forma en la que Didie lo había mirado.

Y estaba deseando comprobar cuánto tardaría en reconocer la atracción que sentía por él. Mientras tanto, iba a disfrutar de lo lindo.

CAPÍTULO 14

“Musa que disponía mi alma para las armonías puras.”

Ludwig van Beethoven

Didie salió del baño diez minutos más tarde, con las mejillas igual de arreboladas que cuando se marchó. Al verlo en el salón, terminando de mover el segundo sofá, apenas pudo disimular su turbación al apartar la mirada con rapidez.

—Te he dejado una caja sobre el sillón—le dijo, y ella se limitó a asentir y comenzar a guardar todas las cosas del escritorio en su interior.

Se esmeró en concentrarse en la tarea e intentar dejar de ser consciente del torso desnudo de William a tan pocos metros.

—¿Qué es esto? —preguntó cuando llamó su atención un sobre en color crudo con un estucado plateado—. ¿Es una invitación?

Will se acercó a ella y miró el sobre. Torció el gesto y se lo quitó de las manos.

—No es nada.

—¿Cómo que no es nada? Parece una invitación a algún evento importante —dijo, siendo ella la que esta vez se lo arrebató de las manos.

—Sí, es una cena de gala, de M.H.C., la editorial. Pero no tengo ninguna intención de ir, así que no hace falta que la guardes —añadió antes de quitársela y lanzarla a la papelera.

—No vas a ir...

—Eso he dicho, me encanta que estemos de acuerdo.

—¡Vamos a ir! —puntualizó ella con entusiasmo.

—¿Cómo que vamos a ir? ¡No vamos a ir! No pienso aparecer por esa cena.

—¿Por qué no? Will, es importante seguir manteniendo los contactos en el trabajo. Eres un gran escritor y tienes que acudir a este tipo de eventos.

—Un gran escritor que lleva un año sin escribir algo decente —resopló.

—Esa es una situación temporal. Pronto volverás a hacerlo, y mucho mejor que antes.

William se quedó mirándola. Ella estaba tan segura, tan confiada... Y de

repente fue consciente de que terminaría decepcionándola.

—No tiene sentido discutir por esto.

—Claro que no. Estás obligado a obedecer...

William entornó la mirada.

—No puedes obligarme.

—Yo creo que sí —lo miró desafiante—. Vamos, Will, no seas aguafiestas. Lo pasaremos en grande.

—¿Has estado alguna vez en una cena de gala como esta? —preguntó escéptico.

—¡Por supuesto! ¿Por quién me tomas?

Falsamente ofendida levantó el rostro, orgullosa.

—Entonces sabrás que son un auténtico horror; salas atiborradas de gente pomposa y estirada, pagadas de sí mismas, con conversaciones tediosas e insulsas. Además, la cena suele ser un asco y los postres dejan mucho que desear.

—Buen intento, Will. Con lo de los postres casi me convences, pero no. Tienes que ir a esa cena y yo me muero por vestirme de gala. Déjame ver, ¿dónde es?

Didie se agachó frente a él para recoger la invitación de la papelera, sin percatarse de que le estaba ofreciendo la mejor de las perspectivas de su torneado trasero enfundado en su pantalón negro. William tuvo que tragar saliva y dar un paso atrás para asegurarse de no caer en la tentación de acariciar su insinuante redondez.

—A ver...—comenzó ella, incorporándose—. ¡Es en Chicago! ¡Nunca he estado en Chicago!

—Didie, de veras... No puedo —comenzó a decirle agarrándola por los hombros para detener sus pequeños saltitos de excitación.

Al sentir su contacto, se quedó quieta de repente. Quería pensar que solo estaba impresionada por la mirada angustiada de William, que le revelaba que había mucho más detrás de aquella negativa que el simple hecho de que aborreciese ese tipo de eventos. Pero lo cierto era que tenerlo tan cerca y medio desnudo tampoco estaba ayudando mucho. Y en aquellas circunstancias no conseguía pensar con mucha claridad.

—Está bien, vamos a dejar el tema de momento. Primero terminaremos de organizar tu *loft* y después lo discutimos durante la cena.

William no podía creer que, con lo cabezota que era, estuviese pactando una tregua en lugar de exigir directamente que fuesen al evento. Pero solo sabiendo que

podían aparcar la discusión un rato, ya se sintió liberado. Suspiró con alivio y se apartó de ella, asintiendo, para continuar con la redecoración del salón.

Eran cerca de las ocho de la tarde cuando finalmente Didie dio la transformación por terminada. Agotados, ambos se dejaron caer en uno de los sofás y resoplaron casi sin aliento.

—Por fin, ¡estarás contenta! Ha quedado irreconocible.

—No lo voy a negar, estoy muy satisfecha con el resultado —estuvo de acuerdo—. Hemos hecho un gran trabajo, ya verás cómo notas la diferencia.

William dudaba que fuese así, pero agradecía que ella lo intentase con tanta vehemencia. Posó una mano sobre la de Didie, junto a la suya, y la presionó ligeramente, manteniendo el contacto.

—Gracias —le dijo sin más. Y sus miradas se quedaron prendadas la una en la del otro durante largos segundos.

Didie estaba ensimismada con el azul intenso de su mirada y las infinitas y espesas pestañas que la rodeaban. Tenía una expresión profunda, llena de mensajes abrumadores que la dejaban hipnotizada.

Y William estaba absorto en las motas doradas de su dulce y aterciopelada mirada castaña. Tan tierna y pícara a la vez que era capaz de desarmarlo con un solo guiño de sus vivaces ojos. Ella pareció inquietarse por un momento y se mordió el labio. Él siguió el gesto y se preguntó por cuánto tiempo más tendría que reprimir el deseo que lo devastaba.

—¿Has ido alguna vez a cenar a Lori's? —preguntó ella rompiendo el momento.

Will se limitó a negar con la cabeza mientras se guardaba su frustración.

—Pues estoy segura de que te encantará el sitio. El ambiente es estupendo, la comida fabulosa, y lo mejor, los postres —añadió con entusiasmo.

Y él solo pudo sonreír.

—¿Quieres ir ahora?

—Sí, claro, estaría bien —contestó ella. Lo vio soltar su mano y levantarse del sofá.

—Bien, pues espérame unos minutos, necesito darme una ducha —le dijo mientras se tocaba el torso desnudo.

Didie tragó saliva y asintió como un autómatas. Si mientras realizaba ese gesto, le hubiese dicho “Vamos a untarnos en caramelo y a restregarnos por el suelo”,

también habría aceptado.

Soltó el aire contenido en los pulmones en cuanto lo vio desaparecer por la puerta de su dormitorio. Era una auténtica injusticia que, de entre todas las personas que necesitaban su ayuda en el mundo, la que estaba destinada a ayudar en ese momento fuese Will. No se podía estar más bueno, ni ser más interesante, ni tener el poder inmediato de convertir sus piernas en gelatina en cuanto la miraba. Era arrebatador, sexy, masculino, viril, divertido... Y estaba prohibido para ella.

Tenía que solucionar su problema cuanto antes y poner distancia entre los dos, se ordenó a sí misma. Estaba pensando en cómo hacerlo cuando él salió del dormitorio con un pantalón azul marino de vestir y una camisa blanca. El cabello húmedo de la ducha y un increíble y delirante aroma amaderado que iba dejando a su paso como una estela tortuosa.

Cerró los ojos cuando pasó frente a ella y, dándole la espalda, tomó el reloj que había dejado sobre la mesa horas antes, durante la mudanza. Se quedó unos segundos atesorando la mezcla masculina del aroma de su piel y la loción de afeitar, queriendo guardarlo mientras sus sentidos despertaban, y entonces sintió la ligera presión en sus labios del beso más tierno y dulce que le hubiesen dado jamás, tan suave como el aleteo de una mariposa sobre sus labios. Su corazón se detuvo en seco y abrió los ojos con expresión atónita, justo a tiempo para ver que él se separaba de su rostro.

—Gracias por todo lo que has hecho hoy por mí, eres fantástica —le dijo, y se dirigió a la puerta con la cartera y las llaves ya en la mano—. ¿Nos vamos? —le preguntó desde la entrada, viendo que ella no terminaba de reaccionar.

Didie parpadeó un par de veces y se dirigió a la salida sin poder articular palabra. Pasó por su lado y salió del apartamento. William cerró la puerta tras ella, con una gran sonrisa paseándose por sus labios.

CAPÍTULO 15

“Coloco cepos por toda la casa. Trampas de ratón. Espero ansiosa oír el *click* que revele que por fin una musa ha quedado atrapada y escribir la novela de mi vida.”

Regina Román

Lori's resultó ser una cafetería-restaurant, colorida y muy animada, en Little Italy. Según parecía, Didie visitaba aquel local con cierta frecuencia, pues a su entrada no tardaron en saludarla por su nombre un par de camareras y un enorme cocinero que se asomó por la ventana que comunicaba la zona de barra con la cocina.

En cuanto Will entró en el establecimiento tras ella, supo que el local era su escenario perfecto. La decoración recordaba a una cafetería de los 50, con los bancos y asientos forrados en piel roja, las mesas de metal cromado, al igual que la barra, y una antigua máquina de discos al final del local. Sin embargo, los visitantes del establecimiento eran de lo más variado: en la barra, un par de parejas y un hombre solo degustaban sus platos combinados, y en las mesas, además de un grupo de cuatro jóvenes y una familia, tres amigas charlaban y cenaban entre risas elevando considerablemente el nivel de ruido del local.

Didie fue derecha a una mesa junto a los grandes ventanales desde donde se podía ver toda la calle, sus luces y el abundante tránsito de gente en todas direcciones.

Mientras ella se colocaba en la silla, él tomó la carta plastificada de la mesa y repasó por encima la lista de platos que ofrecía. En su mayoría eran platos combinados, hamburguesas, pizza, y otras variedades de comida rápida.

—¿Me dejas pedir por ti? Yo conozco los secretos culinarios de Carlo —le dijo en un susurro, como si el resto de comensales no pudiesen saber que tenía tal privilegio.

—De acuerdo, conozcamos esos secretos —aceptó él, sin saber muy bien si ella podría sorprenderlo. Por lo que había visto en la carta, lo dudaba.

Didie le brindó una sonrisa ilusionada. Se dirigió hacia la barra y cuchicheó algo con una camarera rubia, espigada, de unos cincuenta años y con un gusto exagerado por la sombra de ojos azul. Volvió a la mesa unos segundos más tarde.

Al cabo de unos minutos, la misma camarera les llevó a la mesa una botella de

vino tinto, un par de copas y unas barritas de pan *focaccia*, acompañado de tomate con aceite de oliva, orégano y aceitunas negras.

—Para ir abriendo el apetito—dijo la camarera antes de alejarse de la mesa.

—¡Qué buena pinta! —reconoció William con tono de sorpresa.

—Pues ya verás el resto —aseguró ella con una sonrisa enigmática.

Will tomó la botella y de vino y sirvió las copas. Recordó la última frase que le dijo el día del tio vivo y cómo todo fue cambiando para él a partir de entonces, y la invitó a brindar con él.

—Por las cosas inesperadas. —Levantó su copa y ella le siguió en el brindis con los ojos brillantes.

Un rato después, mientras degustaban un succulento plato de raviolis rellenos de calabacín y manzana bañados en salsa de nata y parmesano, Will se preguntó si la cena podía ser más perfecta, hasta que ella le preguntó de improvisto.

—¿Tu abuela y tu madre siguen en Nueva York?

William la miró durante un segundo y volvió la atención a su plato antes de contestar.

—Solo mi madre. Mi abuela falleció hace unos años. Era ya muy mayor y supongo que un corazón duro no es garantía de una vida eterna.

—Supongo que no —estuvo de acuerdo ella. Aunque el tono de Will había expresado cierta dureza, no había encontrado reproche en su voz.

—¿Y tienes más familia? ¿Tíos, primos, hermanos...?

Él resopló y dejó el tenedor en el plato. Tomó aire y apoyó ambos brazos en la mesa.

—¿Qué quieres saber, Didie? —le preguntó directamente, queriendo evitar los rodeos.

Ella dejó también su tenedor y posó una mano sobre la de él.

—Will, sé que te estás guardando algo y tengo la sensación de que tiene relación con tu familia, pero no creo que sea el tema de tu abandono.

—¿Así que no lo crees? —preguntó él, poniéndose a la defensiva. Su gesto se tensó y separó ligeramente la silla de la mesa, como si necesitase más espacio.

—No, no lo creo. Y la verdad, no compartirlo no te está haciendo ningún bien.

—Hacerlo tampoco creo que solucione nada. Seguirá ahí. No se marchará ni desaparecerá. Nada lo borrará de mi vida.

Su mirada se había vuelto tan fría y dura que se quedó impactada.

—Tal vez no tenga que desaparecer, Will. Puede que solo tengas que asumirlo, como yo la muerte de mis padres. Todo pasa por algo.

—¿Todo pasa por algo? ¿Lo dices en serio?

Didie sencillamente asintió.

—Es cierto que cuando la vida nos da estos palos no entendemos qué puede haber detrás de cada zancadilla del destino, pero todo sucede por algo, Will. Solo tienes que asumir el dolor y extraer la enseñanza de vida que te ofrece.

William intentó tomar todo el aire que pudiesen atesorar sus pulmones, pero una vez más, como cada vez que se sentaba tras su escritorio, las paredes comenzaron a estrecharse en torno a él y el aire se volvió tan espeso como para sentirse incapaz de respirar.

Didie presionó con más fuerza su mano, haciéndole notar que no estaba solo.

William se quedó mirando sus manos unidas un momento y después levantó la vista para devolverle de nuevo aquella mirada fría y perdida.

—No, Didie, no fue la vida la que me abandonó, fue mi padre. Y también fue él quien, tras abandonarnos sin mirar atrás, se fue a formar otra familia, como si la primera no hubiese existido. Como si fuésemos reemplazables, desechables. Como si su marcha no hubiese dejado vidas rotas tras de sí. No supe nada de él en veinticinco años. Y cuando finalmente se dignó a acordarse de que tenía un hijo, hace unos meses, fue para llamarme y pedirme que ayudase a su nuevo vástago. Según parece, tengo un hermano de trece años con una deficiencia cardiaca que necesitaba un trasplante de corazón. Pero mi padre, un jugador empedernido y enfermo, lleva sin trabajar y sin proporcionar seguro médico a su nueva familia desde hace varios años, y no podía cubrir los costes de la operación. Entonces se acordó de mí —dijo con una sonrisa pesarosa—, de que tenía un hijo al que había abandonado hace veinticinco años y al que le había ido bastante bien sin él, y me llamó para pedirme el dinero de la operación y los gastos médicos. Por supuesto, desde que hice la transferencia no he vuelto a saber nada de él. Ya tiene de mí todo lo que quería.

Hizo una pausa y se tocó el pecho, tomando aire. Después se pasó la mano por el pelo y soltó el aire profusamente.

—Así que no me digas que tengo que asumir el dolor, extraer una enseñanza o encontrar el lado bueno de las cosas. No tengo nada que sacar de esto.

—Tienes un hermano, Will.

Él le regaló una mirada turbia.

—Imagino lo contradictorio de tus sentimientos —añadió—, pero a veces es necesario que alguien nos dé una perspectiva desde fuera para poder ver el conjunto.

—Didie, no sabes nada de...

—Tal vez no sepa mucho de tu padre, de tu hermano ni de lo que sientes ahora mismo, pero sé que eres un buen hombre; sino, no lo habrías ayudado. Y también sé que si tu padre es el hombre que describes, la vida de tu hermano tampoco ha sido un camino de rosas. Además de las cosas que ha debido de pasar con su enfermedad, nadie como tú puede entender lo que ha sido para él tener un padre como el tuyo.

William bajó la mirada y se quedó perdido en el contenido de su copa de vino.

Didie entrelazó los dedos con los suyos, en una caricia íntima que pretendía transmitirle toda la comprensión y cariño que él necesitaba en ese momento. Le habría encantado tomar su rostro entre las manos, despejar el cabello oscuro de su frente y, tras perderse en su mirada azul, besar sus labios carnosos y exigentes hasta borrar de su rostro el dolor y la turbación. Pero no podía hacerlo. En lugar de eso, le brindó una sonrisa e intensificó la caricia de sus manos.

—Tengo que pensarlo —concedió él, mirando sus manos entrelazadas.

—Es muy lógico. ¿Y sabes la mejor manera de hacerlo?

William levantó una ceja esperando una respuesta que con total seguridad lo dejaría sin palabras.

—Con la mejor *cheescake* que has probado jamás.

No pudo evitar regalarle una sonrisa perezosa, y respiró con profundidad, como hacía mucho tiempo que no podía.

CAPÍTULO 16

“Los objetos se convierten en musas de la memoria.”

Siri Hustvedt

—¿Dónde vive tu hermano? —le preguntó Didie mientras paseaban de camino a su casa.

—No das tregua, ¿eh?

—Es mejor soltar las cosas de golpe, como cuando te quitas una tirita.

William agachó la mirada y cabeceó, sin poder creer que ella comparase sus problemas con quitarse una tirita. Pero, por ridículo que aquello pareciera, lo cierto era que daba igual lo que tardara en contárselo, porque ella no pararía hasta que le confesase el último aspecto de su vida.

—En Chicago. —Soltó con un bufido, sabiendo que no tardaría en atar cabos.

—¡Vaya...!

—Sí, vaya...

—¿No quieres ir a la cena porque es en la misma ciudad en la que vive tu hermano? ¿Te da miedo que estar tan próximo a él haga que tengas la tentación de querer conocerlo?

—¡Yo no tengo miedo! Simplemente no me gustan esas cenas, y con respecto... al chico... Bueno, no lo he pensado.

A Didie no se le escapó que él evitaba nombrarlo como su hermano.

—Pues tal vez sea hora de que lo hagas. La vida es demasiado corta, Will. Hay que vivirla con intensidad, disfrutando cada minuto y no permitiendo que el miedo dirija nuestros pasos.

Todo aquello era muy bonito y Will sabía que tenía su parte de razón, pero le parecía muy irónico que fuese ella la que le diese un consejo como ese.

—¿Cómo haces tú?

—¿Qué quieres decir? Yo no tengo miedo —contestó con una sonrisa nerviosa.

—Mentirosa.

—¿Cómo te atreves a llamarme tal cosa? ¡Yo no tengo miedo! —dijo levantando la cara, muy orgullosa.

—Sí lo tienes —se limitó a contestarle frente al rostro.

Didie se separó al sentir su aliento acariciarle los labios.

—¿Cómo llamas entonces a huir como lo haces?

—Yo no huyo, William. No sé de dónde sacas esa estupidez.

Pero comenzó a caminar más rápido, no quería tener esa conversación. Pero William no estaba dispuesto a dejarla marchar sin aclararle un par de cosas. Había llegado su turno, y no iba a dejar escapar una oportunidad como esa. Llegó hasta ella y la obligó a girarse tomándola por el brazo.

—Hay muchas formas de huir, Didie. Dices que tengo que aceptar el dolor, pero tú tampoco aceptas tus sentimientos.

Didie abrió los ojos desorbitadamente.

—No aceptas la atracción que sientes por mí.

—Yo no...

—No te atrevas a negarlo. He visto cómo me miras. No es vanidad, soy un hombre experimentado y sé cuándo me miran de esa forma. Me deseas como yo te deseo a ti y, sin embargo, te empeñas en decir que el problema es que yo me dejo llevar por el influjo. Si eso es así... ¿cuál es tu excusa? Tú eres la musa, no tienes ningún supuesto influjo al que sucumbir.

El pecho de Didie subía y bajaba presa de una gran excitación y sabía que tenía que terminar con aquella conversación inmediatamente. No sabía qué decirle, solo podía negar una y otra vez las insinuaciones de Will, pero eso no serviría de mucho, porque él tenía razón. Aunque por nada del mundo iba a reconocer su atracción.

—Tengo que irme a casa...

—No vas a ir a ningún sitio, al menos hasta que me demuestres que me equivoco.

—No tengo que demostrarte nada.

—En realidad sí tienes que hacerlo. Dijiste que eras un puerto seguro. Te he contado cosas que no le he confesado a nadie. Quieres que confíe en ti, pero tú no me demuestras que pueda hacerlo.

—¡William L. James! ¡Jamás se me habría ocurrido pensar que eras un manipulador de esa calaña! ¿Dices que, si no reconozco una supuesta atracción hacia ti, no podrás confiar en mí?

—Claro que no. Digo que si eres sincera conmigo, de veras, me demostrarás que estoy equivocado y que no sientes ninguna atracción por mí.

—¡Eso es ridículo! —dijo ella, sin llegar a creerse que pudiese encontrarse en una situación así.

—Ridículo o no, es lo que te pido que hagas. Lo necesito, y me parece justo. Yo he hecho cada una de las cosas que me has pedido tú.

Didie bufó apartándose del rostro un mechón de pelo y William sonrió divertido. Se aproximó a ella y, antes de que pudiese protestar, le apartó él el mechón de cabello, que se había vuelto a soltar. Después, rodeó su rostro con ambas manos, pegándose a su cara tanto como para que pudiesen compartir el aliento.

—Esto no está bien, Will... —susurró frente a sus labios.

—Yo creo que está muy bien...

—Estás rompiendo las reglas...

—En absoluto. Esto es por ti, no por mí —le dijo justo antes de acariciarle el labio inferior con el pulgar, sin apartar la vista de ese labio lleno y tentador.

Didie contuvo la necesidad de soltar un gemido en cuanto sintió la caricia sobre su labio. Se lo mordió para evitar un temblor y lo vio sonreír con esa sonrisa, sexy y tan masculina como para hacer que sus rodillas se volviesen de gelatina.

Se agarró a sus brazos para no caer, y contuvo el aire en los pulmones cuando lo vio dirigirse a sus labios lentamente. ¡Iba a besarla! ¡Pensaba besarla! Estaba nerviosa, tan nerviosa como para sentir que el corazón le iba a estallar en el pecho. Pero él depositó el beso en la comisura de su labio, muy cerca, tortuosamente cerca, pero dejándola con ganas de mucho más.

—Tienes una piel tan suave... —le dijo antes de depositar otro beso junto al primero, en la mandíbula.

—Es por el exfoliante, uso uno con hueso de albaricoque que... ¡Ay!

Estaba tan alterada y nerviosa que se había puesto a hablar sin control, hasta que sintió el siguiente beso en el cuello. Su pecho comenzó a subir y bajar descontrolado.

—¿Te gusta? —le preguntó mientras recorría el cuello con su boca.

—No... En absoluto —dijo en un susurro apenas audible.

William fue hasta el lóbulo de su oreja y lo atrapó entre los dientes, en una caricia íntima y exquisita. Le había ladeado el rostro, haciendo que lo apoyase en la palma de su mano, dejándola expuesta y tan excitada que pensó que iba a consumirse inmediatamente. La estaba torturando con su lengua, sus dientes, su cálido aliento sobre la piel, el aroma irresistible y masculino de su *aftersave*... La estaba matando

lentamente.

—Bien, ya casi lo has conseguido —le dijo entonces, volviendo a sus labios.

—¿Qué quieres decir con “casi”? —preguntó nerviosa y confusa.

—Pues que ahora voy a besarte en los labios y sabré si dices la verdad o no.

El corazón de Didie se saltó un latido. Lo vio acercarse lentamente y sabía que estaba perdida. En cuanto él posase los labios en los suyos, estaría irremediablemente perdida. No podía resistirse cuando lo que más deseaba en el mundo era que la besase. No podía dejar que él descubriese la verdad, y cuando estaba a punto de rozarla con sus labios increíblemente sexys, utilizó toda su fuerza de voluntad para detenerlo antes de que fuese demasiado tarde.

—Escucha —comenzó a decirle con los ojos cerrados. No podía ni mirarlo. Necesitaba controlarse—... Vamos a hacer una cosa. Te demostraré lo que quieras, como tú quieras, cuando me demuestres que no tienes miedo.

William enarcó una ceja esperando que ella continuase.

—Vamos a la cena de la editorial y yo te besaré como tú quieras.

William la miró un segundo eterno, tentado de cobrarse aquel beso en ese momento, pero no lo quería así, en mitad de la calle y con ella buscando mil excusas para separarse de él. La quería dispuesta, entregada y sola para él.

Y dándole el último beso en la mejilla, dejó sobre su piel una impronta de fuego y sonrió aceptando el acuerdo.

CAPÍTULO 17

"Las musas tienen algo de brujas cuando se trata de inspiración. Solo acuden si las invocas todos los días a la misma hora."

José de la Rosa

William volvía a colocar algunas de las cosas de su escritorio de vuelta sobre la mesa, en su nueva ubicación. Pero solo una pequeña cantidad de ellas, ya que Didie había guardado la mayor parte en una caja y después la había escondido en algún secreto lugar de su apartamento para que no pudiese caer en la tentación de volver a las viejas costumbres.

Según ella, no se podía trabajar con semejante colección sobre el escritorio. Aseguraba que era imposible dejar fluir las ideas con tantos trastos por en medio. Por lo que apenas cinco minutos más tarde, y habiendo dedicado tres de ellos en cambiar su reloj de arena de un lugar a otro, probando en todos los sitios posibles y dejándolo en el primero que pensó, por fin había terminado. Admiraba su buen trabajo cuando llamaron a la puerta. Fue hacia la entrada, abrió y se encontró con su agente.

—De verdad, William, creo que nuestro problema de comunicación está cada vez pe... or... ¿Qué demonios ha pasado aquí? —preguntó completamente atónita, desviando la mirada a un lado y a otro del *loft*.

Tan solo la cocina permanecía en su emplazamiento original, pero el resto había cambiado por completo, no solo en cuanto a la disposición de los muebles sino también en la decoración. Había menos cosas, mejor colocadas, y un par de detalles nuevos, como una cesta de fruta sobre la mesa de comedor y una pequeña maceta junto a la ventana.

—¿Te gusta? Son ideas de Didie. Dice que me ayudará a escribir con más fluidez —añadió con una sonrisa escéptica.

—De Didie... La musa... ¿En serio?

Gina no daba crédito a lo que estaba viendo. Hacía cinco años que conocía a William y jamás había cambiado nada de sitio. Ella lo había intentado en alguna ocasión, mientras fueron pareja, pero él se había negado por completo. No le gustaba que tocasen sus cosas y se ponía muy nervioso cuando esto sucedía.

Recordaba una ocasión incluso en la que, buscando una camiseta limpia en su

armario que ponerse tras quedarse a dormir en su casa, vio una corbata que no tenía nada que ver con las que ella le regalaba. Estaba anticuada y gastada, y la puso atrás del todo, la última en el elegante expositor de corbatas que ella misma le había regalado la Navidad anterior. William se enfureció al ver que ella había tocado sus cosas y las había cambiado de sitio. Le prohibió volver a hacerlo y tardó más de una semana en volver a hablarle con su tono habitual.

Y ahora que veía el gran cambio efectuado en su casa, se volvía a preguntar qué estaba pasando con la musa. Lo observó en la cocina sirviéndole un café, como era su costumbre cuando iba al *loft*, y la sonrisa radiante de sus labios también la dejó perpleja.

—Entonces, ¿has conseguido solucionar las cosas con ella...? —preguntó al tiempo que se acercaba a la encimera de la cocina.

Una vez allí se dio cuenta de que en aquel espacio también había cambios en la disposición de los pequeños electrodomésticos o en las tazas que ahora estaba colgadas bajo uno de los muebles. Pero eran cambios mucho más sutiles.

—Sí, todo solucionado. Hablamos y todo va bien.

—Me alegro, está muy bien recomendada y dudo que consigamos salir de esta sin su ayuda.

—Bueno, yo no sé si eso será así o no, pero desde luego las cosas van bien ahora. —William colocó su taza de café frente a ella y se sentó al otro lado de la barra, con un gran vaso de zumo de tomate.

Cualquier otra persona con menos horas de convivencia con él, tal vez no habría notado el gran cambio producido en su amigo y cliente, pero ella estaba alucinando, perdida en cada pequeño cambio de su gesto, de su rostro. Se le veía relajado. Su entrecejo fruncido, aunque no había desaparecido del todo, estaba mucho menos acentuado, la expresión más distendida, sonreía con más frecuencia y hasta la postura rígida de sus hombros, ahora parecía más laxa.

—Por cierto, necesito que confirmes mi asistencia a la gala de la editorial de la próxima semana.

Gina parpadeó un par de veces y apartó los labios de la taza para no atragantarse.

—Llevo semanas insistiéndote sobre la conveniencia de que asistas a la gala y siempre te has negado en redondo, y ahora...

—He cambiado de opinión. Tenías razón, debo ir.

Estuvo a punto de caerse del taburete de la barra.

—¿Acabas de reconocer que tengo razón en algo?

—¡Ni que fuese la primera vez que lo hago!

—William, es la primera vez que lo haces.

Will enarcó una ceja sin poder creerlo.

—Bueno, sí tú lo dices... Pero ahora reconozco que tenías razón y necesito que confirmes mi asistencia cuanto antes. Y di que voy acompañado.

—¿Acompañado?

—Sí, voy a ir con Didie.

—Y el hotel...

—Del hotel no debes preocuparte, ya me ocupo yo.

—¿Qué te ocupas tú? Nunca has querido encargarte de nada concerniente a la organización de los eventos, ¿y ahora dices que te encargas tú? Esto es nuevo.

—¿Qué quieres que te diga? Las cosas cambian —contestó él, encogiéndose de hombros.

—Ya lo veo, ya...

—Pensé que te sentirías aliviada de no tener que organizar nada. Siempre dices que ocuparte de mí te reporta la misma cantidad de trabajo que tener un hijo.

—No me estoy quejando, solo estoy alucinando. Esa chica está obrando milagros contigo.

—Yo no diría tanto.

Gina no contestó; se limitó a verlo sonreír mientras él pensaba en ella. Y tuvo una revelación que la dejó de piedra.

CAPÍTULO 18

“Pasa el amor, aparece la musa y se despeja mi sombría inteligencia; otra vez libre, busco la unión entre los mágicos sonidos, los sentidos y los pensamientos.”

Aleksandr Pushkin

—¿Estás segura de que este es el camino? Estamos yendo demasiado hacia el sur de la ciudad.

Didie desplegó el plano metropolitano de Chicago aún más, casi tapándole todo el campo de visión. En realidad no necesitaba el plano, tenía muy claro dónde estaban, pero tenía que seguir disimulando un poco más. Había sido hartamente complicado distraer a Will cada vez que tenían a la vista un letrero que podía darle pistas de la zona de la ciudad a la que iban.

—Teníamos que haber alquilado un coche con navegador, hubiese sido más sencillo. Creo que nos hemos perdido —bufó Will.

—No nos hemos perdido, deberías confiar un poco más en mí. Te he dicho que llegaremos a nuestro destino y lo haremos.

—Solo que me gustaría llegar con tiempo de descansar y arreglarnos para la gala. No quiero pasarme la tarde dando vueltas por Chicago.

—Y no nos la vamos a pasar. Llegaremos con tiempo de sobra. De veras, Will, tienes que aprender a disfrutar de las cosas inesperadas. ¡La aventura es la aventura! —dijo ella con entusiasmo.

Pero diez minutos más tarde, cuando llegaron a una de las zonas más desfavorecidas de la ciudad, en lugar del hotel Hilton, él no encontró sentido a disfrutar de aquel imprevisto.

Will la miró con el ceño fruncido.

—Está bien, aparca en esa acera, frente a la casa amarilla. Pondré el navegador de mi móvil y saldremos de aquí.

—¿Y por qué no lo has hecho desde el principio?

—Tampoco he visto que se te haya ocurrido a ti —le dijo ella con la nariz levantada.

Luego se dio cuenta de que no era el mejor momento para enfadarlo. En los próximos minutos las cosas se iban a poner muy tensas.

William aparcó el coche donde le indicó, pero en lugar de esperar a que ella localizase el camino en su navegador, tomó el móvil y comenzó a buscar él.

—Will... —lo llamó ella en tono suave.

—¿Qué? —preguntó sin levantar la vista de la pantalla. No entendía lo que pasaba, el GPS le indicaba que estaban muy lejos de su destino.

—Will... —volvió a intentarlo.

—Espera, Didie. Necesito aclararme. Estamos muy lejos...

—Tampoco estamos tan lejos, desde aquí tardaremos menos de media hora en llegar al hotel.

William la observó de lado, entornando la mirada.

—¿Sabes dónde estamos?

—Sí... Frente a la casa de tu hermano —le dijo señalando de nuevo la construcción amarilla de aspecto desvencijado.

William miró la casa y después a ella. Su mirada fue tan fría y su gesto tan errático que tuvo que tragar saliva. Sabía que aquella había sido una jugada demasiado arriesgada, pero de veras pensaba que hasta que él no solucionase ese capítulo de su vida, no conseguiría seguir adelante. Necesitaba conocer a su hermano.

—No puedo creer que me hayas hecho... —susurró apretando las mandíbulas—. No soy tu juguete, Didie. Ni un pelele. No puedes disponer de mi vida a tu antojo. ¡Yo tomo mis propias decisiones!

William ni siquiera la miraba. Agarraba el volante tan fuerte que los nudillos se le pusieron blancos de la presión. Mientras hablaba fue elevando la voz, hasta que su última frase fue casi un gruñido que retumbó en el interior del vehículo.

—William, no pretendo jugar contigo ni con tu vida. Tú eres libre ahora de

llamar a esa puerta o no. Pero pensé que al menos debías llegar a este punto y plantearte la posibilidad como real. Si no lo haces, tal vez te lo reproches el resto de tu vida.

—Yo no quiero esto. Es demasiado... ¿Te has parado a pensar que tal vez mi padre esté en esa casa? ¿Que lo último que deseo es encontrarme con ese hombre? ¡No! ¡No pienso hacerlo! —decidió ofuscado. Sin querer pensarlo más, arrancó el motor para alejarse de allí cuanto antes.

—William, ¿estás seguro? Piensa que quizás no tengas otra oportunidad...

Él volvió a mirarla con expresión helada y Didie guardó silencio inmediatamente, pero en ese momento la puerta de la casa se abrió, y un chico de cabello castaño salió al porche y se sentó en los avejentados escalones con un libro en las manos. La mirada de Will se desvió al chico sin poder evitarlo, y durante unos segundos permaneció observándolo sin decir nada.

No sabía qué pensar, en el momento en el que vio al chico se instaló un nudo en su garganta que le hacía difícil hasta respirar. La sensación de agobio y asfixia era muy parecida a la que sentía cada vez que se sentaba tras el escritorio. El corazón se le puso a mil y sintió que el coche encogía muy probablemente hasta aplastarlo.

—Se parece a ti.

Will no contestó, se limitó a observar al chico con mayor detenimiento. Parecía un poco bajo, al menos lo era más de lo que lo había sido él a su edad. El chico llevaba un abrigo azul marino un poco desgastado y el largo flequillo cayéndole hasta los ojos, lo que impedía que pudiese vérselos con claridad. Se lo sopló a un lado y abrió el libro dispuesto a leer allí mismo.

Hacía frío y viento, y se preguntó por qué habría decidido salir a leer afuera a pesar del desagradable clima. El chico se apretó la chaqueta y metió la cabeza en el cuello del abrigo y William bufó. Hacía poco menos de seis meses desde que le hicieron el trasplante, no creía que fuese buena idea que estuviese allí fuera cogiendo frío. Volvió a resoplar justo en el momento en el que el chico levantó la cabeza y se quedó mirando en dirección al coche, como si de repente hubiese sido consciente de su escrutinio.

Sacó la cabeza del cuello del abrigo y lo miró directamente. Despuésladeó

ligeramente el rostro y lo observó con la misma expresión de ceño fruncido que se veía a sí mismo cada mañana en el espejo. Sus miradas se quedaron prendadas la una en la del otro durante varios segundos, hasta que de manera imprevista el chico se levantó y, tras tomar aire, se dirigió con paso decidido hasta el vehículo.

Will no pudo reaccionar, absorto en la imagen del adolescente. Era como ver una versión de sí mismo, de muchos años atrás.

El chico tocó al cristal y el bajó la ventanilla.

—Hola, soy Andrew —se presentó con mirada solemne.

—Yo soy William —contestó, admirando el gran parecido entre ambos.

—Lo sé. He visto fotos tuyas en Google. Eres mi hermano.

William se quedó perplejo ante el comentario. Jamás habría imaginado aquel encuentro, y mucho menos de esa manera. Admiró la valentía del chico de acercarse a hablar con él a pesar de las muchas preguntas y reticencias que debía sentir ante la posibilidad de conocerlo. Y fue consciente de que un acto como el suyo merecía ser correspondido de igual manera.

Salió del coche y, antes de pensarlo dos veces, le ofreció su mano para presentarse de manera oficial.

CAPÍTULO 19

"Talía, musa de la comedia, hija de Zeus, ¿por qué te portas tan mal conmigo? Me dictas las más graciosas escenas cuando me encuentro sumida en el sueño profundo, o cuando llevo las manos amarradas al volante en el peor de los atascos. Sin embargo, te esfumas al sentarme ante el ordenador."

Lydia Leyte Coello

Didie llevaba esperando más de una hora en el coche. Había sido invitada por la madre de Andrew, una mujer de rostro ovalado, dulce y cansado, a entrar en la casa junto a ellos, pero le pareció que lo mejor era dejar a los hermanos conocerse sin interferencias. Necesitaban un espacio en el que cimentar su nueva relación y hacer que naciese la complicidad de hermanos que ambos merecían.

En los escasos minutos que había visto a Andrew, este le había causado una gran impresión. Se parecía tanto a William que no le había costado nada imaginar a un Will adolescente, de mirada rebelde y ofuscada, que seguramente habría roto más de un corazón.

Estaba nerviosa, no lo iba a negar. Tras la presentación del chico, Will y ella no habían tenido ocasión de hablar y no sabía muy bien cómo prepararse para su vuelta. Igual estaba tan furioso que no volvía a dirigirle la palabra. Miró el reloj del salpicadero del coche y vio que ya llevaban hora y media dentro, y quiso pensar que aquello era buena señal. De no haber tenido nada que contarse, la visita no habría durado más que unos pocos minutos.

Resopló y volvió a mirar a la casa. Desde el exterior no había nada que evidenciase lo que estaba pasando allí dentro. Era uno de los momentos más importantes en la vida de William, y esperaba que aquel encuentro marcase realmente un antes y un después para él.

Se revolvió en el asiento. Si no fuese por su estado de nervios se habría quedado dormida durante la espera. Se habían levantado muy temprano para coger el vuelo aquella mañana, que había salido de San Francisco a las 8:40 a.m. Y aunque el

vuelo, de poco más de cuatro horas, había sido apacible, su estado de nervios por estar ocultándole a Will lo del encuentro no le había permitido disfrutar ni relajarse.

Volvió a mirar el reloj, eran casi las seis de la tarde, hora local. Comenzó a taconear sobre el suelo del coche, en un gesto ansioso, justo en el momento en el que se abrió la puerta de la desvencijada casa y salieron por ella Will y Andrew. La madre del chico se quedó apoyada en el marco de la entrada mientras los hermanos se dirigían con paso tranquilo al coche. Intentó leer en el lenguaje corporal de la pareja, pero no obtuvo muchas respuestas. Los dos parecían serios, pero relajados, la postura de sus hombros erguida. Se miraban mientras daban los últimos coletazos a su conversación.

Cuando llegaron hasta el vehículo, Will ofreció su mano al chico a modo de despedida. Andrew le devolvió el gesto, pero, aún con las manos dadas, Will tiró de él y terminó por abrazarlo. El chico le devolvió el gesto sin reservas y Didie sintió cómo se le llenaban los ojos de lágrimas inmediatamente. El abrazo apenas duró unos segundos, pero fue hermoso y emotivo, y cuando Will entró en el coche, ella no podía contener las lágrimas que limpiaba de su rostro rápidamente.

Nada más sentarse tras el volante, Will soltó todo el aire de sus pulmones, como si lo hubiese estado conteniendo durante toda la visita. Y sin mirarla, arrancó el motor y se marcharon de allí en absoluto silencio.

Quince minutos después, cuando Didie pensó que estaba a punto de volverse loca por querer saber cada detalle de lo ocurrido, él carraspeó y dijo un simple:

—Gracias.

Didie lo observó allí, con aquella expresión nueva en su rostro. Era evidente que estaba emocionado y parecía más vulnerable. El ceño fruncido había desaparecido y mostraba un aspecto mucho más relajado. Imaginaba que tendría muchas cosas y sentimientos que asimilar. Aquel era solo el principio de una nueva vida para él; una vida sin lastres del pasado y con muchas cosas nuevas para el futuro. Y era feliz por él.

Aunque eso significase que la despedida estaba cada vez más cerca.

—De nada —fue su escueta respuesta, sintiendo salir cada palabra presa de un nudo de emoción.

El resto del camino, a penas otro cuarto de hora, hasta el Hilton, lo hicieron en un profundo silencio.

—¡Bienvenidos al Hotel Hilton! —les saludó un apuesto recepcionista de tez color caramelo en cuanto se acercaron al mostrador.

—Buenas tardes —contestaron ambos.

Mientras Will hablaba con el joven, firmaba su llegada al hotel y recogía las llaves de sus habitaciones, Didie no pudo menos que quedarse maravillada con la elegancia y distinción del hotel. La decoración era una mezcla ecléctica de estilos, pero estaba tan bien diseñado el espacio que, a pesar de la diversidad de tonos y materiales, parecía que no había un lugar mejor para cada pieza del mobiliario.

Al fondo del gran vestíbulo se podía apreciar una amplia zona de sillones con iluminación más tenue, aunque tenía enormes lámparas verticales suspendidas del techo, como elegantes torres que flotaban en el aire. La alfombra azul cobalto, los mullidos sillones de cuero beige y la gran chimenea, lo dibujaban como el lugar perfecto para pasar una tarde con un buen libro. Estaba tan absorta con todos los detalles que solo prestó atención a la conversación que mantenía Will con el recepcionista cuando oyó que este le daba una única tarjeta como llave.

—Aquí la tiene, señor James —dijo el joven de sonrisa complaciente.

Lo vio llamar la atención de un botones con un gesto sutil de su mano, e inmediatamente este se aproximó con un carrito en el que cargó sus equipajes, aunque bien podrían haberlos llevado ellos. Solo iban a permanecer dos días en el hotel y sus bultos se limitaban a un par de pequeñas maletas, el portatrajes de William y la percha con funda en la que Didie llevaba su vestido.

—Solo te ha dado una llave —le hizo notar ella nada más entrar en el ascensor, en un susurro que no escondía su nerviosismo.

William le brindó una sonrisa ladina. La primera desde que habían llegado a Chicago, y su pulso se aceleró estrepitosamente.

—No necesitamos más —contestó él sin cambiar su gesto.

Didie estaba a punto de contestarle cuando la puerta del ascensor se abrió y el

botones los dirigió por un largo pasillo enmoquetado hasta la puerta de su suite.

—Will, ¡no vamos a dormir en la misma ca...! —empezó a protestar ella, pero en ese momento el botones abrió la puerta de la habitación y se quedó sin palabras.

Aquello no era una habitación, era casi un apartamento. De hecho, podría asegurar que era más grande que el espacio que compartían Marguerite y ella como casa. La entrada daba a un amplio salón de estilo contemporáneo, presidido por un gran sofá tapizado en gris y dos sillones en crudo que flanqueaban una elegante chimenea de pizarra negra. Toda la decoración era en estos colores, salvo algunos toques de color en verde lima que animaban el ambiente.

Didie fue hasta el centro del salón con paso dubitativo. Era tan elegante que se sentía un poco fuera de lugar allí. El hecho de que Will hubiese reservado solo una habitación tampoco dejaba que se relajase. Por suerte, el sofá era amplio y parecía confortable.

—Las habitaciones están a ambos lados de la sala. Cada una dispone de un baño completo de uso privado y caja fuerte propia... —comenzó a explicar el botones, vaciando el carro del equipaje mientras señalaba las puertas de dos dormitorios enfrentados que daban a la sala, cada uno por un lado. El aire que había contenido Didie abandonó sus pulmones en una gran exhalación de alivio—. Aquí detrás tienen la zona de barra y bar. La nevera está provista de una amplia selección de bebidas y aperitivos, pero si necesitan cualquier cosa, junto al teléfono está la carta para el servicio de habitaciones.

—Muchas gracias... Peter —dijo Will, leyendo la chapa prendida del uniforme del botones—, pero no se preocupe, ya investigamos nosotros el resto. Ahora necesitamos descansar.

—Claro señor. Aquí tienen su llave. Muchas gracias —añadió cuando William le entregó una generosa propina y lo acompañó hasta la puerta para deshacerse de él con premura.

En cuanto hubo cerrado la puerta, se giró hasta ella y volvió a regalarle esa sonrisa que la ponía tan nerviosa.

—Muy bien, ya estamos solos.

Didie tragó una saliva inexistente, ya que se le había quedado la boca seca.

—Y ahora, vamos a zanjar un par de asuntos que tenemos tú y yo pendientes —
añadió aproximándose a ella.

Y a Didie se le detuvo inmediatamente el corazón.

CAPÍTULO 20

“Hay versos que, por su carácter, parecen formar parte del reino mineral; son dúctiles y resplandecientes. Otros, pertenecen al reino vegetal; tienen savia. Los últimos, finalmente, pertenecen al reino animal; tienen vida. Los más bellos son los que tienen alma; éstos pertenecen a los tres reinos, pero aún más a la Musa.”

Joseph Joubert

—Creo que lo mejor será que vaya a colocar mis cosas —se excusó Didie, muy consciente de que lo único que tenía en mente era huir de él en ese momento.

No le gustaba nada la sonrisa que exhibía Will, se decía una y otra vez, pero en realidad sí le gustaba. Demasiado; ese era el problema, que estaba en la suite de un impresionante hotel con él y su peligrosa sonrisa. Y no se olvidaba de que habían hecho un trato: él iba a la cena y ella lo besaba cuando y como él quisiese.

Cogió su maleta y la funda con su vestido y se dirigió con paso decidido a la puerta del dormitorio que se encontraba más alejado de la posición de William, pero antes de llegar él la interceptó, agarrándola por el brazo.

—Espera, Didie —la detuvo. Y antes de que pudiese protestar le quitó de las manos el equipaje dejándolo sobre uno de los sillones. Después la tomó de la mano, y el pulso de Didie se desbocó—. Tenemos que hablar.

—No es necesario que lo hagamos ahora. Nos espera una larga noche por delante —quiso excusarse ella, con la intención de refugiarse en la seguridad de su cuarto lo antes posible.

—No, necesito hablar contigo. Ya no puedo esperar más.

Su mirada era tan sincera e intensa que Didie sintió un nudo instalarse en su vientre.

—Seguro que puede esperar, Will...

Sus palabras quedaron interrumpidas cuando él la abrazó sin previo aviso.

Rodeándola con sus fuertes brazos, la pegó a él. El calor del cuerpo masculino le atravesó la piel hasta pensar que se consumiría entre sus brazos.

Will apretaba a Didie contra su cuerpo e inmediatamente sintió que perdía el control de su cuerpo. Ella encajaba tan bien entre sus brazos, se acoplaba tan perfectamente a él... que su mente no pudo menos que recrear las escenas que llevaba semanas imaginando. La vio tumbada bajo su cuerpo, con las mejillas arreboladas y la respiración entrecortada, entregada al más devastador de los placeres. Pero tenía que detenerse. Tenía un plan para ese fin de semana y no podía seducirla en ese momento. Había algo mucho más importante que resolver.

—Didie, me has cambiado la vida —le dijo separándose con pereza de ella - Tomándola por los hombros se perdió en su aterciopelada mirada castaña—. Yo jamás me habría atrevido a dar el paso que he dado hoy. Tú me forzaste a hacerlo, a asumir mi dolor y enfrentarme a mis fantasmas, y por eso, te estaré eternamente agradecido.

Will la tomó de la mano y la llevó hasta el sofá, indicándole que tomara asiento. Cuando ella lo hizo, él se sentó a su lado. Y durante la siguiente hora estuvo relatándole el encuentro con su hermano.

Según parecía, Betty, la madre de Andrew, en cuanto superó la operación de corazón de su hijo, dio el paso definitivo de echar de su casa al padre de Will, que hasta entonces se había dedicado a aparecer y desaparecer de sus vidas según sus necesidades de dinero. Era un jugador empedernido incapaz de responsabilizarse de su familia, y ella, cansada, ya no lo pudo soportar más. Desde entonces Betty y su hermano estaban solos. No habían vuelto a saber nada de él y lo preferían así.

Ella trabajaba mucho en una de las fábricas textiles, a las afueras de la ciudad, y dedicaba todos sus esfuerzos a criar y sacar adelante a su hijo. Era una mujer admirable. También se lo había parecido su hermano, que a pesar de su juventud había tenido que enfrentarse a sus problemas de salud y a ver desaparecer a su padre cada vez que lo había necesitado. Pero era un chico fuerte, decidido, muy responsable y, sobre todo, luchador.

Didie le había dicho que las cosas pasaban por algo. Y aunque era un concepto difícil de asumir, dadas las circunstancias, tenía que reconocer que tras conocer a su hermano y tener la certeza de que quería formar parte muy activa de su vida, parecía

que así era.

—Entonces, vais a seguir en contacto, ¿verdad? —preguntó Didie cuando William terminó de relatarle el encuentro.

—No solo eso. Quiero formar parte de su vida. Mi madre y yo tuvimos la suerte de contar con mi abuela. Crecer con ella no fue fácil, pero estuvo ahí con nosotros en lo bueno y en lo malo. Y Betty y Andrew están luchando solos. Quiero que sepan que pueden contar conmigo. No quiero ser una presencia eventual, quiero tener participación activa en su vida.

—¡Me parece fantástico, Will! ¡Estoy muy orgullosa de ti! No te imaginas cuánto... —le dijo viéndose invadida de nuevo por la emoción.

A Will aquella afirmación le calentó el corazón de manera inexplicable.

—No lo merezco, todo ha sido obra tuya. Si no llega a ser por ti...

—Lo habrías hecho igual. Con el tiempo, estoy segura de que habrías terminado por dar el paso. Pero me alegro de que haya sido ahora. Estoy convencida de que pronto sentirás que estás preparado para retomar tu vida.

William sonrió para ella, tomó su rostro entre las manos y depositó un beso ligero y rápido sobre sus labios. En el mismo instante en el que estos entraron en contacto, Didie perdió el aliento, pero antes de poder ser consciente de la exquisita caricia, Will se levantó del sofá.

—Bueno... Y para poner el broche final a un día cargado de emociones, ¿qué mejor que una cena de gala, verdad? —le dijo ampliando la sonrisa.

—Sí, qué mejor... —contestó ella con la respiración dificultosa—. Voy a descansar un poco antes de arreglarme para la cena— añadió, levantándose del sofá con las piernas temblorosas.

Se marchó antes de caer en la tentación de ser ella la que lo besase de nuevo.

Didie estaba terminando de maquillarse para la cena cuando unos golpes en la puerta de su cuarto la sobresaltaron. Se levantó de la silla del tocador y fue hasta allí, apretándose la toalla que se había enrollado tras la ducha, en torno al cuerpo.

—¿Estás visible? —le preguntó Will al otro lado.

—Aún no —contestó—. ¿Es tarde?

—No tranquila. Aún quedan unos minutos, pero yo voy a ir bajando, necesito una copa. ¿Quedamos en el bar del hotel?

—Claro, sin problema. Yo no tardaré.

—Te esperaré impaciente —contestó él.

Y en el rostro de Didie se dibujó una sonrisa excitada.

CAPÍTULO 21

“Las musas son las alas que necesita el escritor para volar entre historias.”

Mar Fernández

Cuando Didie llegó al bar, el ambiente ya estaba de lo más animado.

Casi todas las mesas estaban ocupadas, al igual que los taburetes de la barra. Miró a un lado y a otro en busca de Will, impaciente por encontrarse con él, pero le costaba ubicarlo entre tantos hombres vestidos de esmoquin para la cena.

De repente, la sensación de ser observada se sobrepuso a su nerviosismo, y como movida por una fuerza invisible, se giró hacia el extremo de la barra hasta quedarse colgada de la mirada azul y eléctrica de William que la recorría con intensidad. Se quedó sin aliento. Estaba tan increíblemente guapo con aquel esmoquin hecho a medida que acentuaba cada excitante parte de su anatomía que pensó que no sería capaz de respirar en toda la noche.

William vio entrar a Didie por la puerta del bar. Estaba impaciente, esperándola. Intentó recordar cuándo había sido la última vez que se había sentido así, pero no pudo hacerlo. Aquella era una noche especial. La gala no le importaba nada en absoluto, pero sí el estar con ella. Estaba allí porque lo había retado a hacerlo y deseaba cobrarse su recompensa. Solo de pensar que la tendría a su merced, que se apoderaría de aquella tentadora, adorable y excitante boca, que podría saborearla como había hecho en el cine, con libertad, explorando cada rincón de su cavidad, solo para él, se endurecía como un quinceañero. Llevaba semanas esperando aquel momento, días soñándolo y recreándolo en su mente, y por fin la noche había llegado. Iba a demostrarle a Didie que lo deseaba tanto como él a ella, y ya no podría evitarlo más. Tendría que asumirlo y dejaría de resistirse.

Pero todo lo que tenía planeado para esa noche desapareció de su mente en cuanto la vio entrar en el bar. No fue el único en girarse para mirarla, y es que era difícil no prestar atención a la diosa que tenía frente a él. Llevaba un impresionante vestido negro con escote corazón entallado a su escultural cuerpo, haciéndola parecer una bella sirena. Su precioso cabello castaño lucía en un recogido elegante, dejando

libre la delicada y nacarada piel de su cuello y hombros. Él sabía a qué sabía aquella exquisita piel y sintió que su cuerpo comenzaba a reaccionar anticipándose al momento de volver a tenerla bajo los labios. Sin duda, iba a ser una noche larguísima esperando a que llegase ese momento. Sería mejor empezarla cuanto antes.

Dejó su vaso de *whisky* sobre la barra y, sin esperar un segundo más, se encaminó hacia ella. Pero en el corto trayecto que llevaba desde su posición, al final de la barra, hasta la entrada, vio a tres tipos que se acercaban a Didie con la intención de invitarla a una copa. Sí, definitivamente iba a ser una noche muy dura, sobre todo si tenía que pasarla espantando a todos los moscones que iban a acercársele.

Se abrió paso entre la gente con determinación y, cuando llegó hasta ella, no dudó en apartar a los tipos para tomarla por la nuca y depositar un pequeño beso sobre sus labios. Lo suficientemente intenso como para dejar clara la situación a los moscones, dejando una impronta de fuego sobre aquellos pecaminosos labios. Y lo suficientemente sutil como para poder detenerse y no llevársela a hombros a la habitación en ese momento y empezar a demostrarle lo mucho que se deseaban.

—Estás preciosa —le dijo al oído.

Y observó complacido cómo se le erizaba la piel de la nuca respondiendo a la caricia de su aliento.

—Tú también estás muy guapo —le dijo ella casi sin aliento.

William le sonrió como única respuesta, y le ofreció su brazo para que ella lo tomara y dirigirse hacia el salón donde se organizaba el evento.

—Por cierto, estás tomando la costumbre de besarme... —comenzó a decir ella, pero él la interrumpió.

—Didie, eso no era un beso, solo estaba marcando mi territorio. Espera a que termine la gala y te demostraré la diferencia.

Sintió arder inmediatamente sus mejillas. Estaba segura de que debía tenerlas teñidas del más escandaloso de los púrpuras. Quiso protestar, decir algo en réplica, pero no pudo. En ese momento entraban en el gran salón y las palabras quedaron atrapadas en sus labios.

El amplio salón era sobrecogedor por su belleza. De cuidado estilo barroco, llamaba la atención por su fastuosidad. El suelo estaba cubierto por un tapiz

elaborado por los mejores hilos alternando los tonos dorados, granates y un vibrante azul cobalto. La galería con balaustrada de filigrana forjada, los arcos dorados, las pinturas de las paredes y las imponentes ocho lámparas de araña del techo acogían al menos a tres docenas de mesas redondas, vestidas con manteles de hilo brocado en oro, que hacían resaltar aún más las fundas cobalto de las sillas.

—¡Es impresionante! —dijo sin poder evitar que su mandíbula quedase suspendida, admirando tanta suntuosidad.

—Es pomposo —apuntó William, y en su tono se reveló cierto hastío.

Didie le dio un pequeño codazo.

—Pórtate bien. Se supone que debes ser encantador y relacionarte con todo el mundo —le hizo notar entre dientes mientras ofrecía una sonrisa a algunos asistentes que los miraban curiosos.

—No creo que te sorprenda si confieso que he venido hasta aquí con el único interés de... relacionarme contigo. Toda esta gente me da absolutamente igual —le susurró al oído, y volvió a sonrojarse hasta el cuero cabelludo —. Pero mientras llegamos a ese momento, disfrutemos todo lo posible de esta cena —añadió, mostrándole una sonrisa estudiada que ya no lo abandonó en toda la velada.

Disfrutaron de una exquisita cena, compuesta por tantos platos que a la mitad Didie perdió la cuenta y el apetito. Por lo que pronto se dedicó a mantener una interesante conversación con Will sobre el impresionante parecido físico de algunos asistentes con distintas razas de animales. William estaba muy relajado y sus apuntes eran tan ingeniosos y divertidos que en más de una ocasión pensó que le estallaría el ajustado vestido de tanto reír. Lo estaban pasando realmente bien hasta que recibieron una inesperada visita a su mesa.

—¿Didie? —preguntó una voz masculina a su espalda, y ella se giró con curiosidad. No esperaba que nadie la reconociese en una fiesta como aquella. A pesar de haber tenido varios acogidos escritores con anterioridad, no había sopesado esa posibilidad—. ¡Oh, vaya! ¡De veras eres tú! Cuando te he visto no lo podía creer y he pensado, tengo que acercarme y asegurarme de que es ella...

Didie se quedó mirando al hombre un segundo, con estupefacción.

—¡Milford! ¡Vaya, cuanto tiempo! —lo saludó con una sonrisa algo tensa que

no pasó desapercibida para William, que la miró interrogante entornando los ojos.

William observó el gesto de Didie y después al recién llegado, que parecía desnudarla con la mirada, y se tensó inmediatamente. Ella estaba incómoda y no le extrañaba en absoluto que así fuese, porque el tipo exhibía una sonrisa ladina y turbia que erizaba la piel.

—¿Has venido sola? —le preguntó con un brillo lascivo en la mirada, y se aproximó a ella más de lo que William consideraba que era cortes hacer con una mujer con la que no se compartía cierta intimidad.

—No, en absoluto —contestó Didie, revolviéndose rígida en el asiento.

—Ha venido conmigo —interrumpió él—. William L. James —se presentó, levantándose de la silla para dar la mano al hombre. Este lo miró inquieto y estrechó su mano sin mucha convicción.

—L. James... El autor de *El caso Hitman*...

—El mismo.

El brillo de la mirada del tipo se intensificó.

—Entonces... Eres su musa... —dijo con una sonrisa burlona.

La mueca de Didie dejó claro a William lo mucho que le molestaba el comentario, e imaginaba por qué. En una de sus conversaciones, ella le había explicado que la relación musa-acogido era confidencial. Y si ese tipo sabía lo que ella hacía, era porque debía haber sido su acogido en algún momento. Conocía entonces las reglas y estaba siendo absolutamente imprudente en ese instante y, aunque a él le daba igual, no le gustaba ver a Didie en semejante estado de desasosiego. Hasta la llegada del tipo, estaban pasando una noche maravillosa.

—En realidad, soy su novio —aseguró posando una mano sobre el hombro desnudo de Didie.

—¿Tu novio? ¿Desde cuándo sales con hombres? Antes eras demasiado buena para relacionarte con nosotros, los simples mortales —dijo el tipo con asombro y evidente desprecio.

El rostro de Didie, totalmente desencajado, perdió el color.

—Creo que lo entendiste mal. Es demasiado buena para relacionarse contigo,

eso seguro. Y ahora, si nos disculpas, nos vamos. Esta fiesta está decayendo por momentos —le dijo Will al tipo regalándole la más fría de las miradas.

Ofreció su mano a Didie invitándola a levantarse y ella aceptó aliviada de poder marcharse de allí cuanto antes.

El tipo hizo ademán de querer agarrarla deteniendo su marcha y William la apartó de su alcance. Después se encaró a él, sosteniéndole una mirada de advertencia. El otro dio un paso hacia atrás chocando con la mesa, acobardado.

William sonrió.

—No vuelvas a intentarlo, jamás —le advirtió, y se llevó de allí a Didie con determinación.

CAPÍTULO 22

“Me siento al piano a las nueve de la mañana y las señoritas musas han aprendido a estar a tiempo para cada cita.”

Piotr Ilich Chaikovski

—¿Estás bien? —le preguntó cuando entraron en el ascensor para subir hasta su planta.

—Sí, gracias. Milford siempre ha sido bastante desagradable, pero esta noche no parecía conocer límites —contestó ella, frotándose los brazos como si su solo recuerdo le erizase la piel.

—Sí, eso parecía. —Se moría por saber qué relación había tenido con el tipo, pero parecía tan descompuesta que no sabía si preguntar. No tuvo que esperar mucho para saberlo.

—Lo acogí bajo mi influjo hace tres años, durante pocos días, pues enseguida me di cuenta de que nuestra relación era imposible. Milford llevó el tema del influjo hasta intentar cruzar todos los límites.

—Ya veo —apuntó William tenso—. Algo así imaginaba por la forma de mirarte...

—Nunca ha sido muy... sutil. Aunque, la verdad, no esperaba su comportamiento de esta noche. Llevamos el tiempo suficiente sin vernos como para que hubiese dejado de sentirse atraído por mí.

—¿Eso es lo que pasa? Cuando te separas de tus acogidos, ¿se rompe el supuesto efecto mágico sobre ellos? —preguntó muy interesado.

—Sí, así es. Tras romperse la relación, al cabo de unas semanas, el acogido deja de estar bajo la influencia de la musa. De lo contrario no podría avanzar.

La puerta del ascensor se abrió y ambos salieron al pasillo.

—Por eso insisto en cortar la relación por completo una vez lo creo preparado para seguir su camino solo.

—Ya... Como quitarse una tirita, cuanto antes mejor —apuntó William mientras llegaban a la habitación. La miró con intensidad y Didie apartó la mirada con rapidez. El gesto de William era frío. Había perdido la calidez de hacía unos minutos—. Pero con algunos mantienes contacto, como con el guaperas de las tartas.

Abrió la puerta y la invitó a pasar primero.

—Sí, claro. No solo con él, entre mis antiguos acogidos tengo algunos amigos, como Vince, o Carlo, el cocinero de Lori's. Es muy difícil no tomar cariño a personas con las que has compartido momentos tan intensos y especiales. Pero la relación de amistad siempre llega después de haber roto el influjo. Es muy importante que sea así para que nadie salga herido.

—¿Para que nadie salga herido, o para que tú no salgas herida? —preguntó Will, cerrando la puerta a su paso. Dejó la llave sobre la barra de bar del salón y la miró con intensidad.

Didie tragó saliva.

Ya estaban de vuelta en la habitación, manteniendo aquella conversación que no era más que el prelude al siguiente paso de William. Se lo había insinuado en varias ocasiones aquella noche. Iba a cobrarse su parte del acuerdo, y no tuvo ninguna duda de que ese era el momento elegido por él para hacerlo. Aun así, sabiendo que debía cumplir con su parte, le daba tanto miedo sucumbir al deseo que sentía por él que no pudo evitar intentar una huida.

—Creo es el momento de darnos las buenas noches. Ha sido un día muy intenso y necesitamos descansar...

—Yo no estoy cansado en absoluto. Pero estoy de acuerdo contigo. Es el momento del beso de buenas noches.

Didie parpadeó un par de veces y sintió inmediatamente que la habitación comenzaba a dar vueltas para ella.

—Will, no creo que sea una buena idea... Hoy no... —comenzó a buscar excusas en cuanto lo vio aproximarse tan decidido.

—Ha sido perfecto. Y un día como hoy se merece un final apoteósico —añadió ya frente a ella.

Dio un paso atrás y se topó con la pared de la chimenea.

—No va a ser... apoteósico —dijo cuando lo vio apoyar ambas manos a sus costados, en la pared.

—Bueno... eso lo discutimos después.

Ya estaba frente a sus labios, no había escapatoria. Solo tenía que conseguir estar fría e impassible mientras él la besaba, nada más. Si conseguía controlarse un minuto, él se convencería y terminaría con aquello, pensó Didie.

—¡Vale! ¡Vale! Vamos.... Un beso... —dijo expirando. “Solo un beso”, se repitió mentalmente cerrando los ojos.

No podía ni mirarlo. Estaba tan próximo como para que le acariciase los labios con su cálido aliento. Tan cerca como para sentirse nublada por su irresistible aroma masculino. Tan pegado como para verse consumir por el calor de su cuerpo presionándola contra la pared.

—Sí, solo un beso —dijo él con una sonrisa satisfecha, sintiéndola temblar bajo su contacto.

Estaba muy graciosa, allí, ofreciéndose aparentemente resignada, como si de veras fuese capaz de resistirse. Conservaba los ojos cerrados esperando que el gesto la ayudase a mantener el control, y era doblemente excitante verla intentarlo.

Elevó una mano hasta su rostro y lo acarició con las yemas de los dedos. Recorriendo su perfil exquisito, pasó el pulgar sobre sus labios, que se entreabrieron ligeramente a su paso, conteniendo el aire, y continuó la caricia descendiendo lentamente por su cuello. Mientras, su boca, ansiosa por comenzar la exploración, se mantenía a escasos centímetros de su piel.

Didie empezó a respirar acelerada. Su pecho subía y bajaba descontrolado y William bajó la mirada hasta su escote en corazón. La visión de sus senos nacarados, hinchidos, elevándose desbocados contra su torso le provocó una erección inmediata. Tenerla así era una deliciosa tortura. Quería alargar el momento cuanto pudiese y memorizar bajo su piel cada gesto, cada pequeña muestra de su entrega. Pero no iba a aguantar mucho más. La deseaba tanto que solo presionar su cuerpo lo estaba

volviendo loco.

—Will... por favor... —dijo ella regalándole su aliento a cereza, y aquella súplica fue el detonante que hizo que perdiese la cabeza y no pudiese esperar más.

Bajó hasta sus labios y los presionó, inicialmente con calma, con sutileza, queriendo simplemente grabar el contacto lleno, henchido, de esa piel suave y exquisita contra sus labios más duros y exigentes. Pero en cuanto sus bocas entraron en contacto, el aire abandonó sus pulmones en un gemido ronco. Quería más, mucho más, y sin previo aviso invadió la boca femenina con su lengua. La delicia y entrega absoluta de la suya, lo emborrachó. Su sabor a cereza lo invadió por completo, invitándolo a comenzar una danza insaciable en la que sus lenguas lucharon por explorarse, por reconocerse, y saborearse.

Sintió despertar cada célula de su cuerpo abruptamente. La boca de Will la emborrachaba de tal manera que sus sentidos se nublaron inmediatamente, perdiendo absolutamente todo el control. Solo podía pensar en ser poseída por esa lengua tortuosa y quiso elevar los brazos para rodear su cuello y pegarse a él. Pero William la detuvo inmovilizándola contra la pared. La apretó aún más con su cuerpo a la superficie dura, haciendo que sintiese cada parte de su cuerpo acoplada con la suya.

No pareciéndole suficiente, bajó una mano por su espalda muy despacio hasta que atrapó su trasero con la palma grande y fuerte, haciendo que pegase un respingo al sentir la dureza de su erección contra el vientre. El sexo comenzó a palparle preso de un deseo devastador, de una creciente humedad que la derretía como lava hirviendo.

Y su mente perdió cualquier resquicio de cordura.

Le daba igual todo, jamás se había sentido así de necesitada, de expuesta, y no le importaba. Solo quería saciar aquella necesidad primitiva de sentirlo en su interior, de sentir sus cuerpos completamente desnudos acoplarse y fundirse el uno con el otro.

Quería recorrer cada centímetro de la piel masculina de Will con las yemas de los dedos, con su lengua, con su aliento. Perderse en cada uno de sus sabores... Nunca imaginó verse así de enardecida y fuera de control. En un gesto ansioso y posesivo, gimió contra su boca mientras se arqueaba para buscar una unión más íntima de sus sexos. Pero él se separó de sus labios para obligarla a mirarlo.

—Joder, Didie... No imaginas lo que me estás haciendo —le dijo con voz

ronca—. Lo mucho que te deseo y lo desquiciado que me tienes. No puedo pensar en otra cosa que no sea estar dentro de ti de todas las formas posibles. Hacerte el amor con mi lengua, invadirte con mi... Grrrr...—gruñó frustrado frente a sus labios apoyando la frente en la suya. Se detuvo un segundo y se separó de su cuerpo sin aliento, con una mirada turbia en la que ella vio reflejado su propio y devastador deseo—. Pero no puedo...

Didie lo miró con los ojos muy abiertos, sin entender nada, completamente consternada.

—No puedes negarlo, me deseas tanto como yo a ti. Y yo jamás he deseado a nadie como lo hago en este momento. Y por eso... voy a marcharme... Voy a irme por esa puerta —le dijo casi sin aliento, separándose de ella, señalando su dormitorio —... a ahogar mi frustración en alcohol. Si estuviese bajo algún influjo te arrancaría la ropa ahora mismo, como solo Dios sabe que deseo hacer, y te haría mía cada minuto de esta noche, pero no lo voy a hacer porque quiero que sepas que... esto es real.

Clavó su mirada azul y electrizante en ella y tomó aire con dificultad.

—Es real, Didie —repitió volviendo hasta ella de una zancada—, y cuando estés dispuesta a asumirlo, ya sabes dónde encontrarme. Buenas noches... —susurró frente a sus labios, y los selló con un tierno y ligero beso que dejó una impronta de fuego sobre su palpitante piel, robándole el aliento.

Y se fue a su habitación sin mirar atrás.

CAPÍTULO 23

“Espíritu malicioso que nunca aparece cuando lo invocas, pero que suele atacarte a traición en la ducha, justo cuando acabas de enjabonarte el pelo y no hay rastro de papel ni lápiz en un kilómetro a la redonda.”

Isabel Keats

Didie no podía pegar ojo.

Apoderada de las miles de emociones, sensaciones y frustrantes necesidades insatisfechas con las que la había dejado Will, dio vueltas en la cama hasta que un impulso mayor que la cordura la obligó a levantarse.

Fue hasta la puerta de la habitación y posó una mano sobre el pomo, mordiéndose el labio, tentada. A su mente volvió la imagen de sus bocas juntas, devorándose insaciables. De la mano de Will apoderándose de su trasero y provocándole con el gesto una descarga primitiva de placer, que la devastó con la promesa de millones de caricias más, íntimas y deliciosas.

Y antes de pensarlo dos veces, se dejó llevar por la necesidad de vivir esas caricias y abrió la puerta, saliendo de la habitación decidida. Caminó sintiendo la suavidad de la moqueta bajo sus pies descalzos, que se dirigieron lentamente al dormitorio de Will y, una vez allí, sin dilación, abrió la puerta de su dormitorio y entró con sigilo.

Estaba dormido plácidamente y, con paso trémulo, se aproximó a la cama para recrearse en la visión de su cuerpo desnudo, expuesto, boca arriba, sobre las sábanas. Jamás había visto un cuerpo como el suyo: duro, firme, grande, cincelado con la palabra deseo. Y como atrapada por un imán, se sentó en el filo de la cama, junto a él, llevó los dedos hasta su fuerte pecho que subía y bajaba al ritmo de su respiración acompasada. Su tacto era tan cálido y excitante que contuvo el aliento y tragó saliva, sabiendo que no podía parar allí, que lo quería todo para ella.

Descendió con las yemas de sus dedos, recorriendo cada centímetro de la piel de su pecho, de su abdomen masculino modelado con músculos perfectos. El corazón, desbocado, comenzó a zumbarle en los oídos cuando sus dedos rozaron el

vello de su zona púbica. Contuvo el aliento con pulso tembloroso. Pero entonces la mano de Will atrapó la suya deteniéndola justo en el momento en el que iba a abarcar su poderosa e incipiente erección.

—¿Esto es lo que quieres? —le preguntó él con voz ronca. Y ella se limitó a asentir, sabiendo que no conseguiría articular, en ese momento, nada con coherencia, cuando su único pensamiento era el de apoderarse de su sexo y disfrutarlo hasta sus últimas consecuencias.

Will le regaló una sonrisa complacida y pícara en partes iguales, y ella pensó que él la dejaría hacer, pero no fue así. William tomó su otra mano y antes de que pudiese pensarlo, la tumbó en la cama a su lado y se colocó sobre ella, entre sus muslos. La visión extenuante de su masculino y enorme cuerpo sobre el suyo fue mucho más de lo que pudo soportar. Quería tocarlo, recorrerlo entero, saborearlo, necesitaba cada centímetro de su piel... pero William no se lo permitió. Inmovilizó sus manos sobre la cabeza y se acopló a su cuerpo haciendo que su enorme erección se frotase contra la tela fina de sus braguitas. Inmediatamente vio sus sentidos enardecer, encenderse como una hoguera que la consumía, y gimió entregada a aquel tortuoso baile de sus caderas.

Cada vez se movía con más intensidad, presionando más contra su sexo hinchado y desesperado por sentirse penetrada. Y mientras ella se arqueaba anhelando su esperada posesión, William buscó una nueva forma de torturarla. Con su mano libre, tiró de la cinta de su bata de seda corta y la abrió para admirarla. Llevaba un pequeño conjunto de ropa interior negro de raso y encaje. El sujetador, sin tirantes, dejaba su generoso escote a la vista. Y Will, sin miramientos, lo bajó con apremio para liberar sus pechos de la tela que le impedía disfrutarlos. Una vez expuestos y a su merced, tomó uno de sus globos nacarados y conquistó su cumbre color canela atrapándola con su boca. Saboreó su pezón jugando con su lengua, trazando círculos de fuego que la dejaban consumida de placer. Cuando la oyó gemir enardecida, lo atrapó entre sus dientes y volvió a rozarse contra ella, presionando su sexo, deslizándose arriba y abajo.

Los ojos de Will brillaban borrachos de deseo, y la miraba con una intensidad capaz de ahogarla en el mar azul y electrizante de su mirada. Y ella, hipnotizada, no quería hacer otra cosa que no fuese ahogarse en ese mar.

—Por favor —le rogó en un jadeo quedo—, déjame tocarte. Necesito tocarte...

—No —se limitó a contestar Will.

—Por favor... No puedo más...

William rio contra sus labios, pero no la besó. Bajó de nuevo hasta su pecho, al que regaló un lametón juguetón. Ella se retorció bajo su cuerpo y entonces la soltó, pero solo para bajar por su vientre, jugando con su lengua, hasta que esta llegó a las puertas de su centro palpitante y húmedo. Sin pensarlo dos veces, tomó la fina tela de sus braguitas y la desgarró para dejarla expuesta para él.

Didie gritó su nombre cuando sintió la lengua de Will recorrer los pliegues más íntimos de su sexo, provocándole las oleadas de placer más devastadoras que hubiese experimentado jamás. Se aferró a su cabello, apretándolo contra su sexo henchido a punto del delirio. Bebió de sus jugos y la torturó hasta que se volvió ciega y sorda de deseo. Su cuerpo estaba al límite del éxtasis y ella se iba a consumir irremediabilmente allí mismo. Ya no podía más, pensó, y entonces él subió y de una brutal embestida la poseyó por completo, haciéndola estallar en mil pedazos. No podía más, iba a desmayarse. Se sentía tan fuera de sí que no podía ni respirar, pero Will no se detuvo y, con cada nueva investida, una oleada aún mayor que la anterior la devastaba por dentro. Gritó abrazada a su cuerpo, rota de placer.

Didie, sin respiración, ahogó el grito de su gemido contra la almohada de la cama y de manera súbita abrió los ojos, despertando del más caliente y tortuoso de los sueños que había tenido jamás. Se sentó en la cama, sin poder respirar, empapada en un sudor fino que perlaba su piel haciéndola brillar bajo la luz de la luna que entraba por la ventana de su habitación.

Durante unos segundos, no supo dónde estaba y recorrió el cuarto con angustia. Sobre todo al darse cuenta de que William no estaba a su lado.

Había sido un sueño; uno que, pensó ella, jamás se haría realidad.

CAPÍTULO 24

“El cemento armado es una musa honesta y útil, y quizá en manos de un arquitecto genial sería admirable; pero cuando se desmanda y se siente atrevida, como una cocinera lanzada a cupletista, hace tales horrores que habría que sujetarla y llevarla a la cárcel.”

Pío Baroja

—¡Buenos días! —la saludó William cuando salió de su cuarto la mañana siguiente.

Desperezándose y con una radiante sonrisa que no le cabía en el rostro. Solo con aquella enorme sonrisa, el corazón de Didie ya habría dejado de latir, pero encima Will había decidido salir de la habitación solo con un pantalón gris de pijama que apenas conseguía suspenderse en sus estrechas caderas. Ella, sentada a la barra, tuvo que utilizar toda su fuerza de voluntad para apartar la vista de semejante espectáculo.

—Buenos días —se limitó a contestar, azorada, aparentemente concentrada en la taza de té que se acababa de preparar.

Pero entonces, Will, que se había colocado tras ella, apartó su pelo a un lado, dejando la femenina piel de su cuello y hombro al descubierto. Como si fuese lo más natural del mundo, depositó un beso suave en esa parte de su piel expuesta. Inmediatamente su cuerpo reaccionó traicionándola. Con las mejillas encendidas vio cómo se erizó cada centímetro de su piel, y hasta los pezones se le pusieron duros como piedras contra el *top* de tirantes rosa palo de su pijama.

—¿Has dormido bien? —le preguntó él al oído desde la misma posición. Y al susurrarle, su cálido aliento la acarició de manera sensual.

—Mm... Sí, bueno... A ratos, pero sí —mintió ella, levantándose del taburete y separándose de él con la excusa de echarse un terrón más de azúcar en el té.

Lo miró de reojo: él seguía exhibiendo aquella inmensa sonrisa que la estaba

poniendo muy nerviosa. Independientemente de lo sexy que quedase aquella sonrisa colgada en sus labios, le fastidiaba que él estuviese tan bien. Ella había pasado una noche horrible, todo el tiempo pensando en él, recreando en su mente una y otra vez las escenas de su sueño.

—¿Y tú? —le preguntó desviando el tema. No quería hablar de su noche.

—Pues la verdad, ha sido una noche fantástica. Hacía mucho tiempo que no tenía sueños tan interesantes.

Didie que bebía un sorbito de su té caliente en ese momento se atragantó.

—Interesantes... —repitió ella después de toser un par de veces.

—Sí, muy interesantes. El primero fue... ¿Cómo lo describiría? Caliente, húmedo, excitante y sorprendente —dijo Will mientras se apoyaba en la estrecha barra, justo frente a ella, regalándole las vistas devastadoras de su torso.

Deslizó la mirada por su cuerpo y las imágenes en las que aquel pecho grande y fuerte estaba sobre ella, mientras se frotaba contra su sexo, invadieron su mente inmediatamente.

Su sexo ardió en respuesta, y tuvo que esconder un gemido en su taza de té.

—Me habría quedado en ese sueño toda la noche. Fue tan real que al despertar tenía mis dudas de que no lo hubiese sido.

—Bebiste demasiado vino en la cena, está claro —le dijo ella evitando mirarle. Se preguntaba si había alguna remota posibilidad de que ambos hubiesen tenido el mismo tipo de sueño. Aunque, pensándolo bien, después de lo que compartieron minutos antes de ir a la cama, no era nada descabellado.

William se limitó a sonreír.

—Pero después, cuando conseguí volver a dormir, tuve un sueño completamente distinto —dijo con un brillo especial en la mirada que dejó fascinada a Didie, que de manera súbita se vio atrapada por sus ojos azules e hipnóticos—. ¡Ha sido increíble, Didie! Hacía tanto tiempo que no me sentía así...

—¿Qué soñaste? —preguntó sin poder resistirse. Aquella mirada de Will era mágica. Cargada de una energía increíble.

—He soñado con mi próximo libro. ¡Ya sé lo que voy a escribir! No tiene nada

que ver con lo que he hecho hasta ahora y la verdad, estoy nervioso, pero me siento vivo, exultante, como si pudiese con todo. Necesito escribir ya y dejar salir esta historia que me ha atravesado como un rayo, fulminando todo a su paso.

El corazón de Didie se saltó un latido.

Era maravilloso verlo así, tal y como tenía que ser. Tal y como había esperado que pasara, recuperando sus ganas de escribir, poseído por la creatividad y la necesidad de expresarse. Pero ella sabía lo que significaba eso. La cruda realidad le daba una bofetada.

—Tenemos que volver cuanto antes y sentarme tras ese escritorio nuevo que me has organizado —dijo entusiasmado.

—Claro, se avecina un *bestseller* y hay que ir a por él —le dijo ella sonriendo.

—La verdad, creo que sí. Y te lo debo todo a ti —indicó él rodeando la barra hasta llegar hasta ella—, mi dulce y preciosa, Didie —añadió rodeándole el rostro.

—No me debes nada, Will, lo has hecho todo tú enfrentándote a tus miedos. Estoy muy feliz por ti —aseguró ella con sinceridad.

William sonrió complacido y besó sus labios con ternura durante un segundo.

Didie recibió el beso ya con sabor a despedida. Y sintió que lágrimas descontroladas empezaban a pugnar por salir de sus ojos.

Will le levantó el rostro para perderse en su mirada castaña, pero ella temió que al hacerlo, descubriese lo que apenas ella era capaz de asumir en ese momento.

—Será mejor que nos vayamos cuanto antes —dijo separándose de él y saliendo de la barra—. Voy a recoger mi equipaje. Si nos damos prisa, puedes estar en casa esta tarde para empezar a escribir —añadió con palabras atropelladas. Se refugió en su habitación para dejar salir su pena en soledad.

Fue directamente a la ducha y allí, sintiendo el agua templada resbalar por su cuerpo, se abandonó al dolor de la despedida. Se dijo que era lo mejor, que no podía seguir con aquella tortuosa e imposible relación. Que Will ya estaba bien y que esa había sido su única misión. Lo había conseguido y debía estar feliz. De hecho, lo estaba.

Pero su corazón se encogía sabiendo que aquellas iban a ser las últimas horas

que pasarían juntos. Las últimas en las que sentiría su contacto. Los últimos minutos en los que sentiría latir su corazón de manera diferente a su lado.

Una vocecita en su interior, la misma que la había empujado a imponer aquellas reglas en cuanto a la forma de relacionarse con sus acogidos, le gritó que todo había pasado en el momento justo, que se había librado por los pelos de haber sucumbido a la irrefrenable atracción que sentía por él. Seguir viéndolo habría sido una auténtica locura. Habría sido imposible separar su relación musa-acogido de aquellos poderosos sentimientos que él había despertado en ella. Pues, aunque hubiese cambiado la vida de Will, lo cierto era que quien había sufrido mayor transformación de los dos era ella misma.

A partir de la entrada de William en su mundo había un antes y un después en su vida y, desde ese momento, estaría marcada por una necesidad, un anhelo, que no había sentido hasta el momento. Porque ahora estaba inequívoca, irremediable, desesperada y tortuosamente enamorada del hombre que había al otro lado de la suite.

Ahora le quedaba averiguar cómo iba a vivir el resto de su vida con un corazón que ya no le pertenecía. ¿Cómo iba a soportar a diario la ausencia de su verdadero dueño?

CAPÍTULO 25

“No es fácil convivir con una Musa; es egoísta, caprichosa, exigente... Pero es un ente adorable sin el cual ya no puedo ni quiero vivir.”

Laura Nuño

—¿Vas a usar esa servilleta? —le preguntó Will sin mirarla, tan solo señalando el pedazo de papel doblado sobre su bandeja, en el avión.

Didie negó con la cabeza, pero al ver que él no prestaba atención a su gesto, se limitó a poner la servilleta frente a él, en su bandeja. William sonrió sin levantar la vista.

—Gracias —le dijo sin dejar de sonreír —, me he quedado sin sitio —explicó, señalando la multitud de apuntes que había tomado durante las tres horas y media de vuelo que llevaban.

Había tomado notas de las ideas que surcaban su mente para la trama de la novela en todo tipo de soportes. En los resguardos de los billetes de avión, en su aplicación de notas del móvil, en las servilletas que les había entregado la azafata cuando pidieron unos frutos secos y unas bebidas, en todos los huecos que encontró en una revista publicitaria de la compañía aérea que había en el asiento, e incluso un galimatías de palabras sueltas en el billete de cinco dólares que le había devuelto la azafata al pagar sus aperitivos.

Will estaba frenético, lleno de ideas y energía, y solo sentía la necesidad de dejar salir toda aquella tormenta de ideas que surcaban su mente de manera electrizante. El proceso de creación de un artista siempre le había parecido fascinante. Cuando se sienten poseídos, imbuidos por la necesidad de crear, es como ver a una fuerza imparable de la naturaleza en acción. Y él estaba en ese estado; exultante y feliz. Era maravilloso ver su rostro transformado de manera mágica. Totalmente volcado, de la manera más apasionada, en dejar salir todas aquellas historias, personajes, situaciones y momentos que, al compartirlos con sus lectores, se volverían inmortales en las mentes de aquellos.

Tenía que reconocer que, de entre todos sus acogidos, los escritores siempre

habían sido especiales para ella, pues daban la oportunidad a otras personas de vivir vidas diferentes a las suyas. De salir de sus mentes por unas horas y convertirse en otras versiones de sí mismos. Y Will hacía eso de una manera tan apasionada que durante aquellas horas lo único que pudo hacer fue verlo disfrutar de su estado de semienajenación mientras ella, nerviosa, comía de manera compulsiva hasta cinco piruletas de cereza.

—¡Uff, esto es una locura! —dijo Will abandonando por un momento su bandeja llena de papeles y reclinándose sobre su asiento. Respiró profundamente y sonrió—. No me había dado cuenta de lo mucho que lo echaba de menos hasta ahora.

—Eso es precioso, Will. Soy tan feliz por ti. Te mereces estar viviéndolo —le dijo sinceramente, y posó una mano sobre una de las suyas.

Will entrelazó inmediatamente los dedos con los suyos, atrapándolos en una caricia íntima que encogió el corazón de Didie. En cuanto él la tocaba su cuerpo reaccionaba al contacto con un anhelo devastador, sabiendo que eran los últimos momentos en los que podía sentirlo. Will, ajeno a la vorágine de sentimientos encontrados que la destrozaban, le regalaba enormes y preciosas sonrisas. Y así debía ser. Él tenía que ser feliz y ella tenía que aprender a vivir sin esos gestos a partir de ese momento.

—Todo te lo debo a ti. Tú eres la culpable de que yo sea tan feliz —añadió él.

El corazón de Didie se detuvo en seco. Qué hermoso habría sido que aquellas palabras fuesen ciertas, pero en ese momento, más que nunca, los sentimientos que embargaban a Will estaban guiados por el influjo que ejercía sobre él como musa. Nada era real.

William se llevó la mano entrelazada hasta los labios, y besó la suya con una sutileza que electrizó su sistema nervioso, aceleró su pulso y la hizo desear mucho más. Infinitamente más. Pues mientras él le regalaba aquel pequeño y delicioso gesto, su mente se llenó de las imágenes del sueño de la noche anterior, viéndose llegar al éxtasis en comunión perfecta y devastadora con su cuerpo masculino.

“Señores pasajeros, en unos minutos entraremos en el espacio aéreo de San Francisco, a partir de ese momento, permanezcan en sus asientos. Les agradecemos que hayan viajado con nosotros y esperamos que el vuelo haya sido de su agrado”, avisó la voz del comandante.

Didie, aún consternada por su contacto, aprovechó la ocasión para separarse de él.

—Déjame pasar, Will. Voy a ir al baño antes de aterrizar —le dijo soltando sus manos.

—Claro —contestó, y se apresuró a quitar las cosas de la bandeja y ponerse en pie para dejarle espacio para pasar.

Didie pasó junto a él en el reducido espacio, evitando mirarlo. No quería que descubriese en su turbia mirada las ganas de llorar que la estaban asfixiando. Pero cuando estaba a punto de salir al pasillo, él la atrapó sujetándola por la cintura, sin esperar, y se apoderó de sus labios durante un segundo infinito en el que millones de mariposas revolotearon en su vientre.

Salió corriendo antes de romper a llorar.

Volvió a su asiento justo en el momento en el que entraban en San Francisco.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó él nada más regresar. Su rostro ceñudo mostraba preocupación y tragó saliva.

—Nada, nada en absoluto. Necesitaba ir al baño, no aguantaba más —le dijo forzando una gran sonrisa.

—¿Seguro? —le preguntó sin terminar de creer su excusa.

—Por supuesto, Will. No pasa nada. Estoy emocionada de verte tan feliz. De ver que has conseguido superar tu bloqueo. Solo estoy feliz —repitió, como si aferrándose a esa parte de la verdad, la otra, la que desgarraba su corazón de forma dolorosa fuese a desaparecer.

William la observó entornando la mirada, pero ante la sonrisa de Didie terminó aceptando. Sin embargo, durante todo el camino de regreso desde el aeropuerto hasta su casa, esta sintió que la mirada de William se desviaba de cuando en cuando hacia ella, que aparentemente estaba concentrada en el paisaje.

Cuando llegaron frente a la puerta de la *boutique* de jabones, Didie se apresuró a salir del vehículo para tomar algo de aire fresco que la ayudase a enfrentar el momento de la despedida. Quiso coger su equipaje del maletero pero Will se empeñó en llevarlo hasta la entrada de la casa.

—Puedo subirlo hasta arriba —se ofreció cuando la vio abrir la puerta y meterlas en el interior, sin apartarse de la entrada, obstaculizando esta con su cuerpo.

—No es necesario. Es mejor dejarlo aquí. No tenemos que alargar este momento, Will —le dijo ella mirándose la punta de los zapatos.

—¿Alargar qué momento, Didie? —preguntó confuso.

—La despedida... —dejó salir las palabras de entre sus labios sin aliento.

—¿Qué despedida? ¡Esto no es una despedida! —exclamó con contundencia, dando un paso hacia ella.

Didie dio un paso hacia atrás para evitar que él la tocara.

—Sí lo es Will. Ya he cumplido con mi misión contigo. Estás preparado para volar solo. Tienes que ir a casa y escribir y escribir, dejar salir todo lo que llevas dentro y regalar al mundo ese *bestseller*. Soy muy feliz por ti —le dijo con un nudo en la garganta.

—Voy a ir a casa a escribir, pero esto no se ha acabado. No voy a dejar de verte. ¡No puede terminar! —le dijo consternado, sin poder creer lo que ella insinuaba.

—Will, así es como funciona...

—No, en absoluto. No te atrevas a tratarme como a otro de tus acogidos. Lo que hay entre nosotros es mucho más...

—Estás confuso, eso es todo. Pero cuando lleves unos días sin verme, unas semanas, lo comprenderás todo.

William se llevó las manos a la cabeza y se las pasó por el pelo en un gesto desesperado.

—¡Dios mío, Didie! ¿Otra vez con la estupidez esa del influjo? ¿De veras quieres hacer esto? ¿No te he demostrado acaso que lo siento por ti no tiene nada que ver con eso?

—Will, tú no lo entiendes...

—¡Claro que lo entiendo! ¡Eres una cobarde! Pones entre nosotros cien mil excusas sin sentido porque tienes miedo de aceptar lo que sientes por mí.

—¡Eso no es verdad! —mintió—. Eres tú el que no quiere asumir que esto es lo que soy. Lo que he sido para ti...

—Yo sé lo que eres para mí —dijo él yendo hasta ella de una zancada. Rodeó su rostro con las manos y añadió—: Sé lo que eres, Didie. —Apoyó la frente en la suya y su corazón se desbocó en una carrera atropellada —. Eres mía. Didie... yo te...

Didie se apresuró a impedir que él terminase aquella frase colocando un dedo frente a sus labios.

—¡No! No lo digas, Will. No lo soportaría. ¡No es real! —sollozó, separándose de él, a punto de romperse—. ¡No es real! —repitió a punto de sentir su corazón estallar en mil pedazos.

Y antes de que él pudiese impedirlo corrió al interior de la tienda y subió a su cuarto, a derramar sobre su cama los pedazos rotos de su corazón destrozado.

CAPITULO 26

«Pido deseos a las estrellas, sueños a las palabras, y a las musas que alimenten mi alma.»

María Martínez

—¡Hoooolaaa! —saludó Gina entrando por la puerta del *loft* de William.

Había querido quedar con él aquella mañana para hablar de la marcha del libro, pero su representado le había insistido que fuese a su apartamento, alegando que no podía separarse del ordenador. Oírlo tan ansioso por escribir había sido música para sus oídos, y decidió que lo mejor era comprobar que las cosas iban tan bien como parecía.

—¡Pasa! —gritó William desde su mesa. No levantó la vista; cuando ella llegó hasta el escritorio se limitó a levantar un dedo indicándole que esperase un momento a que terminase.

Gina lo observó escribir desenfrenado, como si temiese que las ideas escapasen de su mente si no las materializaba en palabras. Su aspecto era un poco desastroso. Llevaba un pantalón de pijama negro y una camiseta blanca, barba de unos cuantos días y el cabello revuelto.

—¿Cuántas horas llevas escribiendo seguidas? —le preguntó, presa de una gran curiosidad.

—Shhhh... —fue la respuesta de Will, que siguió inmerso en la pantalla de su ordenador mientras sus dedos tecleaban frenéticos durante varios minutos más.

Cuando por fin se detuvo, mostró una gran sonrisa satisfecha y entonces la miró.

—Hola —la saludó sin que la sonrisa se borrara de sus labios.

Se levantó del sillón y estiró su entumecido cuerpo.

—Pareces satisfecho —apuntó Gina.

—Lo estoy, mucho. Quizás te sorprenda cuando lo leas, porque no se parece a nada de lo que he hecho hasta ahora, pero desde luego es mi mejor trabajo.

—¡Wow! Viniendo de ti, la persona más autocrítica que conozco, es mucho decir. ¡Me muero por leerlo! —confesó Gina yendo hasta a la pantalla del ordenador para echar una ojeada.

—No, no, no... De ninguna manera. Lo leerás cuando esté terminado. —La apartó del escritorio.

—¡Por favor, Will! ¡No puedes dejarme así, después de todo!

—Claro que sí. Es precisamente lo que estoy haciendo.

Gina gruñó frustrada.

—¿Y cuándo se supone que será eso? —preguntó, siguiéndolo hasta la cocina.

—En un par de semanas —respondió él sin pensarlo mientras le servía un café.

Gina lo miró atónita y pensó que debía haber escuchado mal, ahora sí que estaba preocupada.

—¿Has dicho un par de semanas?

—A...ja...

—William, ¿cómo me vas a entregar el libro terminado en un par de semanas? Solo hace cuatro que te pusiste a escribir...

—Y desde entonces no he hecho otra cosa. He escrito un capítulo diario —aseguró sonriendo.

—¿Un capítulo diario? ¿Vas a escribir más de quinientas páginas en mes y medio?

—Sí, no creo que me dé tiempo a hacerlo antes.

—¡Vale! Ahora sí que necesito leerlo —decidió Gina, alejándose de la barra y dirigiéndose al escritorio.

William la interceptó a mitad de camino, deteniéndola.

—¡Ey! Confía en mí. Si te digo que lo tendrás entonces y que merecerá la pena, es porque es así.

—No puede ser... es una locura...

—No, es mucho más que eso. Es magia —aseguró él, y Gina casi se desmaya.

¿William estaba hablando de magia? ¿En serio? ¿El hombre más escéptico y frío de la tierra?

—¿La magia de la musa? —se aventuró a preguntar.

Él la miró un segundo y su gesto, momentos antes de felicidad absoluta, se ensombreció ligeramente.

—En cierto modo —dijo encogiéndose de hombros.

—¿Has vuelto a hablar con ella?

—No, me dejó muy claro que no deseaba seguir manteniendo contacto conmigo.

William recordó el momento en el que estuvo a punto de abrirle su corazón y confesarle los sentimientos que este guardaba celosamente para ella, y la punzada de dolor que lo embargaba cada vez que el recuerdo invadía su mente le atravesó el pecho de forma cruel.

—¿La echas de menos?

William la miró fijamente a los ojos. Gina era su amiga desde hacía muchos años y, aunque lo hubiese intentado ocultar, no lo habría conseguido.

—Cada minuto —confesó con pesar.

La agente se quedó impactada al oírlo. William no solo estaba confesando que pensaba en ella; sus palabras encerraban un sentimiento infinitamente mayor que la añoranza o la necesidad.

—¡Vaya, sí que te ha cambiado!

—No lo ha hecho, Gina. No me ha cambiado en absoluto. Ha sacado la mejor versión de mí mismo a la luz. Todo lo que escondía por miedo, frustración, ira... Ella hizo que asumiera el dolor, que enfrentase a los fantasmas del pasado y dejase emerger al William que luchaba por salir. Y solo por eso, el resto de mi vida, le estaré eternamente agradecido.

—Es lo más hermoso que te he oído decir jamás —le dijo verdaderamente

emocionada—. Y no puedes dejar que las cosas terminen así.

William resopló, intentando liberarse de la presión que oprimía su pecho.

—Ella me dijo que escribiese, y es lo que estoy haciendo.

—Pero...

— No voy a parar hasta terminar —concluyó con determinación.

—Está bien, William —aceptó Gina, sabiendo que no conseguiría hacerlo entrar en razón.

Nunca había tenido ese poder sobre él. Dejó la taza sobre la barra y se acercó a él para depositar un beso afectuoso en su mejilla—. Te dejo terminar entonces. Quedaré a la espera de tus noticias —dijo despidiéndose y dejándolo solo de nuevo.

CAPÍTULO 27

“Las musas son esas criaturas impredecibles que te abandonan cuando más las necesitas y que te abordan en los momentos más insospechados, cantándote al oído las estrofas que darán vida a nuevas historias en tu cabeza.”

Carla Crespo

Didie se levantó aquella mañana, como todas las que habían transcurrido en las cinco semanas que hacía que se había despedido de Will, como si hubiese pasado la noche sirviendo de alfombra a una manada de elefantes. Y no era extraño que así fuese, pues aunque intentaba soportar los días ocupándolos en ayudar a Marguerite en la tienda, las noches, con sus eternas horas de silencio y hastío, las utilizaba su mente para recrear cada uno de los momentos vividos con William. Y, sobre todo, y de manera recurrente, las últimas cuarenta y ocho horas junto a él.

No pegaba ojo. Pasaba cada minuto dando vueltas y, de vez en cuando, cuando la necesidad de verlo se hacía más acuciante y agobiante, se dejaba llevar por el dolor y caía en un llanto roto que la ayudaba a liberar el torbellino de emociones que la consumía.

Tenía que darse una ducha, pensó dirigiéndose al baño. Era lo que necesitaba en ese momento; agua templada que cayese por sus doloridos músculos y revitalizase su turbio estado de ánimo. Con la esperanza de que así fuese, abrió la puerta del baño frotándose aún los ojos, cuando la sorprendente imagen de un Vince medio desnudo, en su baño, inundó sus retinas haciendo que pegase un grito y cerrase de nuevo la puerta corriendo.

—¡Oh, Dios mío! ¿Qué demonios...? —quiso preguntar estupefacta, sin poder creer que él estuviese allí.

—¡Didie, Didie, tranquila! No pasa nada, soy yo —dijo Vince abriendo de nuevo la puerta e intentando tranquilizarla.

Salió del baño y se puso frente a ella, que se había dado la vuelta para evitar

mirarlo.

—¡Ya sé que eres tú, Vince! —gritó tapándose los ojos con las manos—, pero estás medio desnudo en mi baño. ¿Qué demonios haces aquí?

—No se me ve nada, voy en calzoncillos. Solo iba a darme una ducha...

Didie entreabrió los dedos y comprobó que decía la verdad. Estaba cubierto por unos *boxer* ajustados en color verde lima que acentuaban el color moreno de su piel.

—¿Una ducha? —preguntó sin entender su explicación.

—¿Qué está pasando? —inquirió Marguerite saliendo de su cuarto y frotándose los ojos como ella segundos antes.

En cuanto vio a Vince en mitad del pasillo exhibiéndose en ropa interior, su rostro enrojeció, presa de la mayor de las vergüenzas.

—Pues no lo sé. No tengo ni idea de lo que está pasando —incredó Didie a Vince.

—Bueno... yo... —balbuceó él, que enrojecía de manera inmediata.

—*Oh, mon dieu!* —exclamó Marguerite avergonzada—. No es culpa suya, Didie. Debí decírtelo, pero como estabas tan triste...

—¿Qué debiste decirme? ¿Qué me ocultáis? —preguntó sin entender una palabra.

Y entonces Vince fue hasta su amiga y le rodeo la cintura con uno de sus brazos. En cuanto la tuvo pegada a su cuerpo, la besó en la frente y su francesita dejó escapar una sonrisa boba de sus labios.

—¡Oh, Dios mío! ¡Estáis juntos! Pero... ¿Cuándo ha pasado? ¿Por qué no me habíais dicho nada? ¡Me alegro tanto por vosotros! —Dejó escapar cada una de las ideas que pasó por su mente totalmente alucinada.

Marguerite se abrazó a Vince y se encogió de hombros, encantada.

—Chicas, yo tengo que irme, pero, ¿qué tal si os preparo un buen desayuno antes y así os ponéis al día?

—¡Eso sería fantástico! —exclamó la francesita—. ¡Eres el mejor! —le dijo antes de recibir un beso en los labios de Vince que la miró con adoración.

Didie se quedó impactada por la escena y sonrió feliz como hacía semanas que no había podido hacer.

Vince se metió en el baño bajo la atenta mirada de las dos mujeres y, en cuanto hubo desaparecido, Didie se giró a interrogar a su amiga enarcando una ceja. Marguerite se tapó inmediatamente el rostro con las manos.

—¡Madre mía, Marguerite, qué engañada me tenías! Yo preocupada por ti y tú inflándote a chocolate —le dijo riendo.

—¡Eres terrible! —se quejó la francesita.

—Sí, sí, terrible, y tú llevas ocultándome una cosa como esa, ¿desde cuándo? —preguntó cruzándose de brazos, fingiendo estar enfada.

Aunque le resultaba imposible disimular lo feliz que le hacía la noticia de la relación de sus dos mejores amigos.

—Desde hace poco más de un mes —contestó Marguerite. Inmediatamente la tomó de las manos—. Pero, por favor, no te enfades. Es que fue el fin de semana que te fuiste a Chicago con William. Y cuando volviste... Estabas tan triste que no me pareció bien exhibir mi felicidad cuando tú lo estabas pasando tan mal.

—¡Oh, Marguerite! No me habría importado, de veras. Verte feliz es para mí, con creces, el mejor regalo. Te lo mereces tanto, os lo merecéis tanto...

Didie abrazó a su amiga, emocionada.

—¿Y lleváis un mes viéndoos a escondidas? —preguntó separándose de ella de repente.

Su amiga asintió, mordiéndose el labio, mortificada por habérselo ocultado.

—Me moría por decírtelo. Hemos estado tentados de hacerlo muchísimas veces en este tiempo, pero luego te veíamos tan alicaída que no sabíamos si era buena idea. Llevas muchos días sin ser tú misma. Nos tienes realmente preocupados.

Didie miró al suelo. Era cierto, no había estado muy comunicativa desde que volvió de Chicago. Y con su actitud errática solo había conseguido alejar a las personas a las que más quería. No había sido una buena amiga.

—Lo siento mucho, de veras. He estado tan sumida en mi dolor que no he sido capaz de ver vuestra felicidad, de compartirla con vosotros. Siento que creyeseis que

me lo teníais que ocultar, porque nada me hace más feliz que veros como hace unos segundos. Marguerite, ¡estás radiante! Nunca te había visto así. ¡Es maravilloso!

—Soy muy feliz —dijo su amiga bajando la mirada.

—Me alegro tanto... Sabía que seríais la pareja perfecta.

Didie volvió a abrazar a Marguerite, conmovida.

Se sentía en partes iguales feliz por sus amigos y apenada por no haber sido capaz de compartir su felicidad. Y aquello no hacía más que ratificar la decisión que había tomado hacía un par de días.

Se marcharía de allí una larga temporada.

CAPITULO 28

“Las musas sugieren los lugares a los que vas, y nunca están en el mapa. Así que olvida el mapa.”

Jim Henson

—¡Esto es una estupidez tremenda! —protestó Marguerite por enésima vez—. ¡No puedes hacerlo, no dejaremos que lo hagas! —En esta ocasión se cruzó de brazos, mostrando lo contrariada que estaba con su decisión.

—Es lo que necesito, y lo voy a hacer —dijo Didie sin detenerse.

Había llevado varias cajas hasta su dormitorio y estaba guardando sus cosas, seleccionando cuáles se iban con ella en su viaje y cuáles se quedarían allí de momento.

—No si te encerramos en el trastero hasta que entres en razón —replicó su amiga soplándose el flequillo.

—No digas tonterías. Sé que la idea de mi marcha te ha pillado por sorpresa, pero de veras, lo he pensado mucho y lo tengo claro. Además, es lo mejor para todos.

—¡Ni se te ocurra insinuar una barbaridad como esa! ¡Lo mejor para mí es que te quedes aquí conmigo!

Didie la miró con una escueta sonrisa.

—Cariño, vosotros sois ahora una pareja y necesitáis vuestro espacio. Cuando pensé en la posibilidad de marcharme, me preocupaba dejarte sola y por eso no me lo planteé en serio. Pero ahora que sé que Vince estará contigo, no tengo la menor duda.

—Si lo llego a saber no te contamos nada...

—Me habría gustado ver cómo explicabas entonces la presencia de Vince en nuestro baño en ropa interior, cada mañana —contestó riendo.

Marguerite hizo una mueca.

—Lo que está claro es que estás equivocada, nosotros no necesitamos ningún espacio de pareja. Estamos fenomenal así.

—Vince se queda a dormir casi todos los días, te oigo andar a hurtadillas cada noche y contener las risas por miedo a despertarme...

Marguerite se ruborizó al descubrir que no conseguían disimular ante su amiga.

—Además, tenéis que empezar a salir como pareja y no con mi presencia constante como carabina.

—No eres nuestra carabina y nos encanta salir contigo. Vince dice que es la envidia de toda la ciudad, saliendo con dos chicas como nosotras del brazo —rio Marguerite ante la ocurrencia de su novio.

Didie sonrió con ella, pero no cedió un ápice en su argumentación.

—Saber que estás con Vince me deja tranquila, pero esto lo hago por mí. Necesito salir de aquí, distraerme, dejar de visitar sitios que me recuerden constantemente a Will...

—¿No has vuelto a saber nada de él?

Bajó la vista.

—No, estará escribiendo sin parar. Lo tenías que haber visto en el avión. Estaba exultante, feliz, con mil ideas en su mente que luchaban por salir.

—Seguro que sí, eres la mejor musa del mundo. —Marguerite fue hasta ella y la rodeó con su brazo en un gesto reconfortante—. Pero seguro que además de escribir mucho, también piensa en ti.

—No tendría por qué hacerlo. Ya no está bajo mi influjo. Ahora es libre. En lo último que debe de pensar es en mí, y así debe de ser —afirmó separándose de su amiga. Dándole la espalda fue hasta la estantería que tenía sobre el escritorio y tomó el globo terráqueo que tenía allí como recuerdo de sus años de colegio.

No quería seguir pensando en William. Necesitaba salir de la ciudad cuanto antes, porque la desesperación por verlo la estaba consumiendo. Saber que no iba a volver a sentir los labios exigentes sobre los suyos la mataba lentamente. Mientras permaneciese allí, una parte de ella seguiría aferrándose a la ilusión de que Will

apareciese en cualquier momento en su puerta diciéndole que la añoraba tanto como ella a él.

Pero eso no iba a pasar. Cada día y cada noche, desde que se separaron, había revisado su teléfono a todas horas, esperando un mensaje, una llamada... Algo, cualquier cosa. Pero él no había dado señales. Y eso solo confirmaba que ella tenía razón: William se había sentido atraído por culpa de su influjo.

—¿Qué haces con ese trasto? —preguntó su amiga al verla limpiar la superficie esférica de papel pergamino de su bola del mundo.

—Voy a elegir destino, ¿me ayudas?

—¿Vas a elegir destino a suertes?

—¿Se te ocurre mejor forma que dejándolo al azar?

—Desde luego, cualquier forma me parece mejor que la de arriesgarse a que te toque un país en conflicto, o uno sin buena cobertura móvil para recibir mis llamadas, o simplemente arriesgarte a que no haya una pastelería cada doscientos metros para satisfacer tus necesidades de azúcar.

Didie le sacó la lengua y Marguerite le devolvió el gesto.

—Salgamos de dudas y veamos qué me tiene preparado el destino.

—Que conste que esta idea tuya me parece ridícula, pero si sale San Francisco tendrás que aceptar quedarte aquí conmigo —apuntó Marguerite cruzándose de brazos.

—Si sale San Francisco, quizás me planteé echarlo a suertes al mejor de tres.

La pelirroja la observó entornando la mirada.

—Estoy a punto de ir a por las cuerdas para atarte en el trastero —le advirtió levantando un dedo.

Se limitó a sonreír. Fue hasta su cama y se sentó en el colchón con el globo en las manos. Durante unos segundos lo miró en sus manos. Los nervios se apoderaron de su estómago haciendo que este le doliese de forma instantánea.

No se lo iba a reconocer a su francesita, pero separarse de ella, de su vida juntas, de esa ciudad de la que adoraba los miles de rincones mágicos que tenía para ofrecer, de sus recuerdos... Era lo más duro que iba a tener que hacer jamás. Pero

solo pensar en la posibilidad de quedarse allí y seguir viviendo la agonía en la que se había sumido su vida desde que se separó de Will, era el revulsivo que necesitaba para convencerse de que aquello era lo que tenía que hacer.

Además, siempre había querido viajar y aquella era una oportunidad estupenda para hacerlo. Daría cien vueltas al mundo si con ello conseguía apaciguar el dolor de su corazón.

—¿Te estás arrepintiendo? —preguntó Marguerite, esperanzada.

Negó con la cabeza.

—En absoluto. Vamos a ello —dijo mientras tomaba el globo por la base con una mano y posaba la otra sobre su superficie.

Cerró los ojos y, tras tomar aire profundamente, lo contuvo en los pulmones mientras hacía girar la bola con velocidad. Al cabo de un par de segundos, colocó un dedo sobre la superficie, deteniéndola, y abrió los ojos.

Marguerite fue corriendo junto a ella para ver el resultado de aquel juego estúpido y casi se le salen los ojos de las órbitas.

Didie sonrió al ver su destino en el mapa y soltó con alivio el aire de los pulmones.

—Es una señal... El destino —dijo, y ambas se quedaron mirando aquel punto en el mapa, hipnotizadas.

CAPÍTULO 29

“¿Qué son las musas? Amigas incansables que me acompañan en la apasionante aventura que es escribir, susurrándome los argumentos de novelas en las que el amor es capaz de vencer cualquier obstáculo.”

Azahara Vega

William paseaba impaciente por el salón mientras Gina, tumbada en su sofá, leía con una concentración absoluta el manuscrito que le había entregado el día anterior.

Desde que comenzó la lectura se había mantenido en un absoluto mutismo que por momentos lo estaba volviendo loco. No le había dado ni una pista de lo que su último trabajo le estaba pareciendo. En todas aquellas horas, tan solo se había movido del sofá para cambiar de postura, ir al baño, o comer lo que él le preparaba con una mano mientras con la otra sostenía sobre sus piernas el taco de quinientas trece páginas en el que había materializado su obra.

Ya estaba llegando al final. Le quedaban unas pocas páginas y el corazón estaba a punto de reventarle en el pecho esperando el veredicto.

Caminó por el salón intentando aplacar su estado de nervios. Estiró sus músculos y volvió hasta el sofá. Gina exhibía un gesto concentrado, mezcla de sorpresa y ceño fruncido que no le aclaraba en absoluto lo que pensaba. Volvió hasta la cocina y sacó de la nevera una botella de agua fresca, se sirvió un vaso y lo bebió de un trago. Observó a Gina que se tumbaba en el sofá y cruzaba las piernas por los tobillos, acomodándose para enfrentarse a la lectura del último capítulo.

—Voy a darme una ducha —anunció a su agente, decidiendo hacer algo útil.

Gina se limitó a batir su mano contra el aire dándole a entender que hiciese lo que quisiese pero que no la molestase.

Con gesto contrariado se marchó de allí y entró en su habitación. Fue al armario y sacó la ropa; después se dirigió a la ducha directamente. Gina no tardaría

en leer esas páginas finales y quería estar preparado para cuando esto ocurriese. Abrió el grifo del agua y, tras desnudarse, se metió bajo el chorro reconfortante del agua templada que resbaló por su cuerpo en una cascada. Cerró los ojos un momento, sintiéndose acariciar por el agua, y su mente se vio invadida inmediatamente por el rostro de Didie. La recordó frente a él con los ojos cerrados, apoyada en la pared de la chimenea, intentando resistirse a su beso.

Por supuesto, tal y como él había imaginado, no lo consiguió. Tal vez se había equivocado aquella noche apartándose de ella. Durante esas semanas se había preguntado en innumerables ocasiones si no había sido así. En aquel momento, ella estuvo más que dispuesta a entregarse a él, a compartir la pasión que los devastaba, pero a pesar de terminar siendo la prueba más dura de autocontrol de toda su vida, prefirió separarse de ella y demostrarle así que todo aquello que tenían los dos, era real.

Aunque no había servido de nada, ella lo había obviado por completo. No la entendía. Y aquella actitud suya tan fría, deshaciéndose de él como “el que se quita una tirita”, fue la que hizo que finalmente decidiese marcharse de su puerta esa tarde.

Pero los días, y sobre todo las noches, se habían convertido en una auténtica tortura con su ausencia. Tan solo era capaz de respirar cuando estaba frente al ordenador y dejaba de pensar en sí mismo para dejarse llevar por la historia de sus personajes. Es curioso cómo cambian las cosas. Hasta que conoció a Didie aquella asfixia se la provocaba sentarse a escribir, pero ahora, hacerlo era la única salida para sobrevivir a aquellos días de agonía e impotencia.

Finalmente decidió hacerle caso y escribir, solo escribir, dejar salir cuanto llevaba dentro sin pararse a pensar. Y aquella obsesión por terminar la novela le permitió seguir adelante aquellas semanas, pero ese mismo día todo terminaría. En cuanto Gina diese por concluida su lectura, todo terminaría. Su libro estaría terminado y no habría nada más que le impidiese hacer lo que tenía que hacer.

Finalizó la ducha y salió a afeitarse. Tenía un aspecto deplorable después de aquellas semanas de reclusión. Cuando terminó de acicalarse fue a vestirse, optando por uno vaqueros azules, una camisa blanca y una americana gris perla que iba a la perfección con el conjunto. Se miró en el espejo bastante satisfecho con el resultado y, tras tomar aire un par de veces, salió al salón en busca de su veredicto.

Cuando llegó a la sala lo primero que llamó su atención fue la postura de Gina en el sofá, de espaldas a él. Se había sentado y se sostenía la cabeza, gacha, con las manos.

“Vale, esto no pinta nada bien”, pensó. Pero sin dejarse amedrentar se acercó y se sentó en la mesa baja de madera, frente a ella.

—¿Es un desastre? —le preguntó.

Gina levantó la mirada enrojecida.

—¡Vaya, estás guapísimo! ¡Qué cambio! —le dijo con gesto compungido, secándose los ojos.

Will la miró consternado.

—Estás llorando... ¿Por qué estás llorando? ¿Tan mal lo ves?

—Dios mío, William, ¿cómo puedes preguntar eso? Tenías razón, no has escrito nunca nada ni remotamente parecido a esto —dijo Gina posando una mano sobre la pila de folios.

—Y eso es...

—Y eso es fantástico. No tengo palabras para expresar lo que me has hecho sentir. He descubierto a un escritor nuevo en ti. Esos personajes poseen una profundidad, son tan... ¡Ahhh! —gritó emocionada. Se levantó del sofá para caminar mientras se dejaba llevar por las miles de emociones que le había transmitido su historia—. Y la trama... ¿Cómo se te ocurrió mezclar acontecimientos tan dispares? ¡Es simplemente genial! Original; fresca pero intensa. Me ha sido imposible dejar de leer hasta que llegado al final.

—¿Entonces ves un *bestseller*?

—Veo otro Anthony en tu estantería.

William sonrió complacido.

—Tienes que estar muy orgulloso, William, has hecho un gran trabajo. No sé qué es lo que habrá hecho la musa contigo, pero el cambio ha sido espectacular. Has vuelto a ser tú, pero mucho mejor.

—Me ha devuelto la vida, Gina.

La agente lo miró atónita.

—¿Recuerdas aquella corbata por la que discutimos cuando estábamos juntos, la que cambiaste de lugar y yo me enfurecí por ello?

—Sí, claro. ¡Cómo olvidarlo! Fue una de nuestras peores discusiones — contestó Gina sin entender a qué venía recordar ese momento.

—Siento mucho haberme comportado ese día así contigo. Me enfurecí porque esa corbata era lo único que tenía de mí padre. Fue la corbata que mi madre intentó ponerle el día que él decidió abandonarnos.

—¡Oh, vaya! No tenía ni idea, William. Si me lo hubiese dicho...

—Lo sé, pero no quería hablar de ello. Durante toda mi vida he pensado que, si no lo pensaba, si no lo compartía, de alguna manera no sería real. Dejaría a un lado el dolor y la decepción que todo aquello me produjo. Estaba lleno de rabia y frustración, hasta que llegó Didie —resopló y se levantó de la mesa—. Ella me obligó a enfrentarme a los fantasmas. A aceptar lo que pasó y compartirlo. Liberó mi carga y me ayudó a entender que las cosas pasan por algo. A ser capaz de ver el lado bueno de las cosas. Ahora tengo un hermano, ¿sabes?

—¿Tienes un hermano? —preguntó Gina alucinada.

—Sí, es un chico fantástico. Hablo con él cada día y pronto volveré a verlo.

—No tenía ni idea. Me has dejado... Pero me alegro por ti. William, mereces ser feliz y es evidente que estás en el camino.

—Puede ser, pero mi felicidad no será completa sin ella. La necesito a mi lado.

Gina sonrió.

—Entenderás que no me quede a celebrar contigo lo de la novela, ¿verdad?

—Me han dejado plantada por motivos menos contundentes que este —dijo ella con una mueca de falso fastidio.

—Gracias —le dijo Will dándole un beso en la mejilla—. Eres la mejor agente del mundo.

—Te perdono porque me vas a hacer millonaria con las ventas de este libro. Anda, ¡corre a por ella! —lo animó.

Y William, pletórico, salió en busca de su musa.

CAPITULO 30

“Las musas son caprichosas. La mejor musa es la que te acompaña cada día, la que te demuestra todo su amor y la que te entrega su corazón sin pedir nada a cambio.”

Javier Romero

Didie subió al avión con el corazón encogido por la pena.

Marguerite y Vince habían insistido en acompañarla al aeropuerto, y la despedida de sus mejores amigos había sido demasiado intensa y agotadora. Necesitaba azúcar en vena, pensó; si no el largo viaje de casi once horas hasta París iba a ser una tortura.

El destino de su viaje había sido una sorpresa total, y aunque la idea de viajar a la ciudad del amor cuando su corazón lloraba añorando al suyo pudiese parecer algo masoquista, lo cierto era que le ilusionaba conocer la ciudad que era la cuna de su pequeña francesita. Marguerite le había hablado tanto de las calles de París que, de alguna forma, sentía que ya formaba parte de ellas.

Intentando impregnar sus pensamientos con esa ilusión, hizo el camino por el largo pasillo del avión hasta su asiento. Antes de sentarse colocó su bolsa de mano, de cuero rojo, en el compartimento portamaletas sobre los asientos. Se estiró bien para asegurarla en su sitio, no sin dificultades, pues en dos ocasiones la empujaron contra los respaldos otros pasajeros que pasaban tras ella en busca de sus sitios.

Cuando finalmente lo consiguió resopló con alivio y se apartó un mechón de cabello suelto de su recogido. Se sentó junto a la ventanilla decidiendo dedicar los últimos minutos antes del despegue a admirar la actividad del personal del aeropuerto en la pista. Unos minutos más tarde, casi todos los pasajeros la habían imitado y se anticipaba en el ambiente la excitación por el inminente despegue.

Era el momento perfecto para relajarse y cerró los ojos. La imagen de Will el primer día que lo vio en el muelle llegó a su mente, y su corazón comenzó a latir

desenfrenado con su simple recuerdo. Su mente viajó entonces al primer beso que se dieron en el cine y sus sentidos se llenaron del tacto de la piel de William, el sabor de sus labios exigentes, el sonido de su gemido ronco y el aroma masculino y amaderado de su piel. Tomó aire intentando recuperar el control, pero el aroma de William se hizo tan real para ella que sintió ganas de llorar, sobrecogida.

—Perdón, creo que está sentada en mi sitio —aseguró una voz masculina a escasos centímetros.

El corazón de Didie se desbocó en una dolorosa y atropellada carrera. No quería abrir los ojos, porque entonces descubriría que se había vuelto loca del todo. Completamente desquiciada. Contuvo el aire en los pulmones hasta que sintió unos labios exigentes, cálidos y únicos sobre los suyos, regalándole un beso tan sutil como el aleteo de una mariposa. Y entonces, como el peor de los castigos, los labios se separaron de ella dolorosamente.

Didie abrió los párpados y se quedó petrificada en el asiento. Era una visión, estaba segura. Will no podía estar allí, con ella, a escasos centímetros y arrebatadoramente guapo y sexy.

—Will...

—Hola —saludó él con una sonrisa.

—¿Qué haces aquí? —consiguió preguntarle a pesar de que tenía un nudo en la garganta que amenazaba con asfixiarla.

—He venido a contarte las buenas noticias —añadió sentándose a su lado.

Didie no podía creer que estuviese allí, debía estar alucinando, pensó.

—He terminado la novela —le dijo Will, perdiéndose en su mirada castaña.

La miraba como si fuese la primera vez que lo hacía, recorriendo su rostro grabándolo en su mente.

—Me alegro mucho por ti...

—Alégrate por nosotros —la interrumpió.

Tomándola de la mano, entrelazó los dedos largos y elegantes con los suyos más finos, y Didie sintió que se quedaba sin aliento. Él estaba allí, de veras estaba allí.

—¿Por nosotros? —pudo preguntar a pesar de que la caricia estaba haciendo estragos en su sistema nervioso.

—Querías que escribiera y lo he hecho. Querías que me separase de ti, que dejase de estar bajo tu influjo, y lo hice. Y después de acatar todas tus órdenes, he vuelto y estoy aquí para decirte que, tal y como yo pensaba, estabas equivocada.

Didie frunció el entrecejo y arrugó la nariz con gesto ofuscado. William no pudo menos que reírse.

—Ya sé que debe ser sorprendente para ti averiguar que no eres infalible, pero lo cierto, cariño, es que no hay mayor influjo para mí que el infinito amor que siento por ti.

El corazón de Didie se detuvo en seco. ¿Él acababa de decir que la amaba?

—Pero yo pensé que me habías olvidado...

—Olvidarte... Cómo si eso fuera posible. ¿Crees que podría olvidar estos labios? Tengo tu sabor a cereza metido en las venas —confesó acariciando su labio inferior con el pulgar.

Por primera vez en su vida, no sabía qué decir.

—Pero...

—Creo que no me has oído bien. No pasa nada, tenemos once horas por delante para repetírtelo todas las veces que necesites. Lo bueno de estar en este avión es que no tienes escapatoria. No puedes inventar ninguna excusa y alejarte de mí.

Will sonrió complacido ante la sorpresa de Didie. Sabía que ella reaccionaría así desde que habló con Marguerite y esta le contó, hacía varios días, los planes de su musa. Entonces supo lo que tenía que hacer. Y ahora que la tenía allí no pensaba desistir hasta que ella aceptase lo que sentía por él.

—No tengo intención de huir —dijo ella soltando su mano y levantándose del asiento, ofendida.

—Eso está bien. Ahora solo tienes que admitir lo que sientes por mí —añadió él.

Tiró de su mano y la sentó sobre su regazo, sorprendiéndola. En cuanto la tuvo entre sus brazos la apretó contra su cuerpo. Quería ser consciente de cada una de sus

curvas, aunque sentir su trasero respingón torturando su entrepierna estaba despertándole una erección que ella no tardaría en sentir.

—¡Will, suéltame! —le pidió ella.

—Solo cuando confieses que estás irremediablemente enamorada de mí —le dijo frente a los labios, y Didie no pudo evitar sonreír.

—Señores, tienen que tomar asiento, estamos a punto de despegar —les llamó la atención la azafata.

—Lo siento, señorita, pero me temo que no podré soltar a esta mujer hasta que acepte casarse conmigo —contestó a la azafata, que se quedó perpleja ante el comentario y los miró alternativamente sin saber qué argumentar al respecto.

Will aprovechó la confusión de la auxiliar y volvió su atención a una Didie turbada, que lo miraba sin parpadear.

—Tira del palito —dijo William mientras le señalaba el bolsillo delantero de su americana.

Didie miró donde le indicaba y vio que por el bolsillo asomaba un pequeño palo blanco. Tiró de él y sacó una piruleta de cereza de la que colgaba, atado con una cinta, un precioso solitario presidido por un diamante con forma de corazón.

Se quedó sin palabras.

Abrió los ojos desorbitadamente, consciente solo de Will, que la mantenía entre sus brazos. Ni siquiera se percató de que la declaración había generado cierto revuelo en la cabina y los ocupantes de los asientos más cercanos se habían levantado para ver qué ocurría. Solo pudo perderse en la mirada azul y electrizante de William, que esperaba una respuesta con una enorme sonrisa.

Miró sus labios, llenos y exigentes, y levantando una mano dibujó su perfil masculino y perfecto trazando una línea desde su entrecejo hasta sus labios.

—Cariño, por mucho que disfrute teniéndote entre mis brazos, tu silencio me está matando...

Didie le regaló una de sus sonrisas infinitas y lo besó con toda el ansia y el anhelo contenidos durante aquellas semanas. En cuanto sus labios se encontraron, cada célula de su cuerpo lo reconoció como suyo; su amor, su hogar, su vida, su

futuro y supo que jamás podría separarse de él.

—Sí, Will, me casaré contigo —contestó justo antes de perderse de nuevo en su mirada.

—Perfecto. Y ahora, dame esa boca de cereza —le ordenó frente a sus labios.

Didie lo besó como si fuesen los únicos pasajeros del vuelo y Will la apretó contra su cuerpo mientras el resto del pasaje coreaba entre aplausos y silbidos aquel dulce beso.

FIN

Estimado lector, ante todo, mil gracias por haber elegido mi libro de entre los miles a tu disposición. Espero que hayas disfrutado mucho con su lectura. Si deseas dejar tu comentario en Amazon, no solo sabré qué te ha parecido, sino que podrás ayudar a otros lectores indecisos.

Y si te has quedado con ganas de saber cómo les irá a Didie y Will en un futuro, y conocer la historia de Gina, te animo a leer Besos de mariposa. A continuación, te dejo el primer capítulo para ir abriendo el apetito...

SOBRE LORRAINE COCÓ

Es autora de ficción romántica desde hace casi veinte años. Nacida en 1976 en Cartagena, Murcia. Ha repartido su vida entre su ciudad natal, Madrid, y un breve periodo en Angola. En la actualidad se dedica a su familia y la escritura a tiempo completo.

Apasionada de la literatura romántica en todos sus subgéneros, abarca con sus novelas varios de ellos; desde la novela contemporánea, a la paranormal, o distópica. Lectora inagotable desde niña, pronto decidió dejar salir a los personajes que habitaban en su fértil imaginación.

En Mayo del 2014 consiguió cumplir su sueño de publicar con la editorial Harlequin Harper Collins, su serie *Amor en cadena*, que consta de ocho títulos. Además de ésta, tiene la que denomina su “serie oscura” dedicada a la romántica paranormal y de la que ya se pueden disfrutar, *La Portadora*, *DAKATA*, y *Las hermanas De’Marsi y sus extraordinarias formas de amar*.

En septiembre del 2015 publicó *Se ofrece musa a tiempo parcial*, galardonada en 2016 como mejor comedia romántica, en los Premios Infinito. En 2015 recibió el Premio Púrpura a la mejor autora romántica autopublicada. En 2016 publicó *Besos de mariposa*, continuación de *Se ofrece musa a tiempo parcial*, y los títulos de la Serie Bocaditos: *Hecho con amor* y *Eres la nata de mi chocolate*. En 2017 publicó serie de suspense romántico que consta de cuatro novelas: *Lo que busco en tu piel*, *Lo que encuentro en tu boca*, *Lo que quiero de tí*, *Lo que tomo de tí*.

Lorraine sueña con seguir creando historias y viajar por todo el mundo, recogiendo personajes que llevarse en el bolsillo.